

ANNA
CAMPBELL

*El beso
de Navidad
del Highlander*

El beso de Navidad del Highlander

Anna Campbell



coralia press

SÍGUENOS EN



[@coraliapress](#)



[@CoraliaPress](#)



[@coraliapress](#)

Capítulo 1

A Elspeth Douglas le gustaban muchas cosas: Su familia, su caballo Chester, su casa en el hermoso Glen Lyon, los narcisos, las galletas de mantequilla, las novelas de Walter Scott, los días de lluvia acurrucada en el sofá junto al fuego...

Y Brody Girvan, laird de Invermackie.

Pero para él, muy a su pesar, era como si ella no existiera.

Ahora, sentada frente al espejo de su tocador, en su precioso dormitorio del castillo de Achnasheen, admitía la amarga verdad. En lo que respectaba al amor, había puesto sus miras demasiado altas. El encantador laird de Invermackie nunca la vería como algo más que una conocida lejana, una más entre la multitud, nadie especial...

Aceptar este desagradable hecho le destrozó el corazón, pues había estado bajo el hechizo del cautivador y tunante Brody Girvan desde su primer encuentro con él cinco años atrás. Por aquel entonces, Elspeth no había cumplido los dieciséis aún. Una edad en la que las muchachas suelen ser bastante impresionables y propensas a encapricharse de cosas inalcanzables...

Elspeth, con su alma soñadora y romántica, era más susceptible que la mayoría a las poderosas pasiones de la adolescencia. Los ojos profundos y oscuros de Brody, sus rizos salvajes de color azabache, y su afición a montar el caballo más ingobernable del establo, hacían vibrar su inocente corazón.

Por supuesto, como en aquellos días era una quinceañera regordeta, con espinillas y tímida, y Brody era un veinteañero muy pagado de sí mismo, él apenas había reparado en ella. Ni siquiera se había dado cuenta de que Elspeth se había pasado todo el verano suspirando alrededor de Glen Lyon, desesperada por verle.

Casi todas las chicas superaban sus fantasías juveniles a medida que maduraban. Pero, aunque los granos habían desaparecido del cutis de Elspeth, y su figura se había vuelto esbelta —a pesar del malvado influjo de las galletas—, su enamoramiento se había mantenido intacto. Su corazón pertenecía a Brody desde el momento en que lo vio haciendo saltar por encima de una valla a un semental supuestamente imposible de montar, para luego correr por las colinas con un abandono temerario que la dejó sin aliento.

Para su desgracia, en los años transcurridos desde aquel día trascendental, el corazón de Brody tampoco había cambiado. Seguía encantado de flirtear con todas las mujeres atractivas que se le cruzaran, de entregarse a maldades desconocidas en Edimburgo y de ignorar a la chica callada que le adoraba en la distancia.

Elspeth miró su anodina imagen en el espejo y decidió que realmente no podía culpar a su amado por no caer rendido a sus pies y declararle su amor. El laird de Invermackie era extraordinario en todo.

Mientras que ella... no lo era en nada.

Elspeth era el pájaro cuco en una familia de pavos reales. O mejor dicho, el humilde

gorrión. Los cucos se hacían notar más que ella...

Su madre era una de las dos famosas hermanas Macgrath, notables bellezas que habían deslumbrado a la sociedad londinense antes de contraer brillantes matrimonios con ricos escoceses. La madre de Elspeth se había convertido en una mujer poderosa, y su influencia había ayudado a su marido a ascender en la Oficina de Guerra. Había tenido cinco hijos: Las hermanas mayores de Elspeth, Grace, Charity y Prudence, y el heredero largamente esperado, Hamish. Ocho años más tarde llegó ella, como una sorpresa tardía para su madre.

Y desde entonces, Elspeth siempre había sido la última en todo.

La mayor parte del tiempo no le había importado. La vida como único miembro tranquilo de su ruidosa, brillante, testaruda y físicamente hermosa familia, tenía sus compensaciones. Le permitía quedarse sentada y observar. Le permitía hacer exactamente lo que quería, porque nadie le prestaba atención.

Pero cuando se trataba de atraer al hombre que amaba, su insignificancia era una completa catástrofe.

Insatisfecha, hizo recuento de sus mediocres atributos físicos. Ojos marrones. Pelo castaño. Rasgos insulsos. No era fea, su cara era bastante agradable, pero tan memorable como una patata.

Elspeth suspiró y se mordió el labio, diciéndose a sí misma que ya había llorado bastante por Brody Girvan. Las lágrimas nunca le habían hecho ningún bien.

Pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Hamish, en Glen Lyon, cerca de Oban. Su hermano había rehusado seguir los pasos de su padre en la administración del Estado para vivir como un auténtico escocés en sus ricas propiedades, cuando no estaba deslumbrando a la clase intelectual de Londres con sus descubrimientos astronómicos. Unas cuantas veces al año, él y su primo Diarmid se reunían con su gran amigo Fergus Mackinnon, laird de Achnasheen. A menudo acudían varios miembros de la familia para unirse a la diversión.

Brody Girvan era primo de Fergus. No siempre asistía a las reuniones sociales, pero estaba allí lo bastante a menudo como para recordarle a Elspeth que ningún otro hombre sería jamás rival para él.

Lo que le hacía mucho bien.

Este año, la fiesta de Navidad era más exclusiva de lo habitual y, por primera vez, Fergus y su esposa, una famosa artista, eran los anfitriones de los festejos navideños en Achnasheen. Brody había llegado con Diarmid aquella tarde, y Elspeth tuvo la sensación de que le había costado recordar su nombre cuando él la saludó en el abarrotado gran salón.

Elspeth se observó en el espejo. Ya estaba harta de sentirse rechazada y menospreciada. Las cosas también iban a cambiar para ella. Tenía veinte años, y era hora de madurar y olvidarse de estúpidos enamoramientos.

No más corazones rotos. Era una mujer madura, y actuaría como tal.

«Y eso haré, Brody Girvan».

Elsbeth aceptaría el hecho de que siempre sería aburrida y previsible. Ya no se afligiría por lo que nunca podría tener. Una vida nueva comenzaba hoy para ella, y que la arrastraran por los cardos en camión antes de pasar un solo minuto más suspirando por jóvenes apuestos que desperdiciaban sus mejores años en la ociosidad y el libertinaje.

Para demostrar que había tomado la iniciativa, la mujer madura que ya era le sacó la lengua a la tímida jovencita que la miraba desde el espejo.

Brody había pasado su primera noche en casa de su primo con Hamish y Diarmid, bebiendo demasiado del excelente whisky de Fergus. Se había alegrado de ver a sus amigos, pero se despertó por la mañana con dolor de cabeza y el sombrío pensamiento de que había malgastado su vida y su juventud en placeres que empezaban a desvanecerse.

La sensación había ido creciendo en él durante meses. Al principio, la había dejado a un lado. Después de todo, ¿qué más podía desear un hombre, aparte de un montón de mujeres dispuestas a calentar su cama y la libertad de entregarse a cualquier capricho que se le antojara?

Pero su acechante descontento no iba a desaparecer tan fácilmente. Últimamente, su comezón había crecido hasta el punto de que le costaba más esfuerzo ignorarlo que cualquier otra cosa que él hubiera hecho en su vida hedonista e inútil...

Dios mío, ¿así era como describía su dorada existencia?

Se negaba a admitirlo. Pero la noche anterior, y muchas otras noches, se había quedado bebiendo hasta tarde con sus amigos, mientras en realidad solo deseaba irse a la cama con un buen libro.

Qué vergonzosa revelación para un libertino como él...

Era innegable que hoy no había dormido hasta mediodía, como era su costumbre. Por el contrario, se había despertado a las ocho, algo inaudito en él. El diablo sabría por qué. Nadie más parecía ansioso por enfrentarse a la nevada mañana. El castillo estaba tan silencioso como una tumba y, como solía ocurrir en Escocia en diciembre, afuera aullaba un vendaval. Incluso un maldito vicario podría encontrar una excusa para no salir de la cama en un día tan frío.

Brody entró en la sala y refunfuñó al percibir el olor del tocino y los arenques y cualquier otro instrumento de tortura que su primo Fergus había dispuesto como desayuno. Su estómago se rebeló. Una náusea con sabor a bilis ascendió por su garganta, y Brody se dijo a sí mismo que de ninguna manera iba a empezar el día vomitando.

De todos modos, estaba culpando a la persona equivocada. Debería culpar por aquel menú a la bruja de ojos negros y mitad italiana con la que Fergus se había casado hacía poco más de un año.

Pero eso no sería justo. A Brody le gustaba Marina, la esposa poco convencional de Fergus. Aunque no podía evitar darse cuenta de que su actual incomodidad respecto a su vida perfectamente cómoda se debía a haber visto a su primo, que siempre había sido un hombre autosuficiente, esclavizado por una mujer. Y para colmo, tan feliz como un escocés en una

fábrica de *haggis*.^[1]

Maldita sea, a este paso, él mismo empezaría también a pensar en el matrimonio.

Al principio creyó que la sala de desayunos estaba vacía, lo cual era muy conveniente a su pésimo humor. Entonces vio a una chica que le observaba desde un rincón sombrío junto al aparador.

—Esta habitación es tan oscura como una maldita mina de carbón en el Hades —gruñó Brody, antes de recordarse a sí mismo que se suponía que era un caballero, con al menos un básico conocimiento de los modales.

—Buenos días a ti también, Brody —dijo la chica en tono llano, llevando su plato a la mesa. Eligió un asiento con vistas al paisaje cubierto de nieve y al lago.

Era la hija pequeña de los Douglas, la callada de las hermanas. La única morena en una familia de muchachas de cabello rubio.

—Lo siento. Tengo la cabeza algo espesa esta mañana —se excusó él, preguntándose si confesarle sus excesos de la noche pasada a una jovencita de buena familia era lo correcto.

—Entonces, no te sientas obligado a entablar conversación —dijo ella en un tono trivial.

Sorprendido, Brody se detuvo en su camino hacia el aparador, al que se dirigía en busca de la cafetera. Ella le había hablado como si él no mereciera su atención, cuando lo habitual era que, en cuanto él ponía un pie en una sala, todas las muchachas le ponían ojitos y lo miraban risueñas para animarlo a que se acercara.

Brody frunció el ceño. Esta chica parecía cualquier cosa menos risueña y coqueta. De hecho, no mostraba ningún placer por estar en su compañía.

Qué extraño...

La chica empezó a comer sus gachas con tenaz determinación, como si él no estuviera allí. La sorpresa lo dejó sin aliento. Demonios, lo estaba ignorando por completo. Y las chicas nunca lo ignoraban.

No debería estar molesto. Pero lo estaba.

Con un humor peor aún, Brody cogió la cafetera y se giró con rapidez, esperando sorprenderla observándolo. Para su mayor consternación, no era así. Ella tenía los ojos fijos en el cielo blanquecino al otro lado de la ventana, que, a cuatro días de la Navidad, prometía una buena nevada.

—¿Te apetece un café? —le preguntó él.

Ella volvió la cabeza en su dirección y le miró como miraría a un caracol en su ensalada.

—Me llamo Elspeth.

Ahora sí que estaba enfadado. Brody pensó que quizá se debía a la resaca, pero una noche de juerga nunca le había afectado.

«Porque siempre te sales con la tuya», le dijo una vocecita desagradable en su interior.

Esa vocecilla desagradable había aparecido al mismo tiempo que su insatisfacción general.

—Ya lo sé —le contestó él con una nota de impaciencia—. Eres la hermana pequeña de Hamish.

Ella apretó los labios, y Brody se preguntó si había dicho algo malo.

—No estaba seguro de que acordases de mí.

—Claro que te recuerdo. Nuestras familias se reúnen dos o tres veces al año. Tendría un grave problema de memoria si no me acordara de ti.

Brody agitó la cafetera hacia ella, deteniéndose justo antes de derramar su contenido.

—Bueno, Elspeth, la hermana pequeña de Hamish, ¿quieres un poco de café?

—No, gracias —dijo ella de un modo que no debería haber sonado ofensivo.

Como el resto de su familia, Elspeth hablaba con acento inglés, el cual hizo parecer aún más fría su insincera cortesía. Los Douglas eran tan escoceses como Brody, pero se habían criado en Londres, donde el difunto laird de Glen Lyon había sido una figura importante en la Oficina de Guerra durante el conflicto con Francia...

Cuando Brody se sirvió el café, volcó un poco en el platillo. Eso también le molestó. ¿Por qué estaba tan torpe?

Dio un sorbo con tanta rapidez que se quemó la boca. Aún molesto, apuró su taza, se levantó para servirse otra y luego se sentó en la silla frente a Elspeth.

Esta vez bebió con más cuidado, aprovechando la oportunidad para estudiar a la muchacha. Las reuniones familiares solían ser caóticas y concurridas. Aunque siempre había sabido que esa chica estaba allí, nunca le había prestado demasiada atención.

Era sorprendentemente agradable a la vista, ahora que se tomaba la molestia de fijarse. Parecía una de esas Madonnas de los retablos renacentistas, con su rostro ovalado y su pelo castaño oscuro recogido en un sencillo moño. Piel clara y una figura con curvas generosas. Un bonito pecho, también, aunque su vestido verde musgo con el cuello hasta la barbilla no hacía nada para mostrar su atractivo.

A Brody no le gustaban las chicas demasiado delgadas. Le gustaban las chicas con formas exuberantes a las que agarrarse, justo como las de la señorita Douglas.

Un pensamiento que no debería tener sobre la hermana de su amigo...

Cuando ella tensó la boca, Brody supo que era consciente de su escrutinio, y que este no le gustaba. Junto a sus redondos senos, su boca era su mejor rasgo.

Llena y expresiva, con un tentador toque de pasión no despertada.

—Es de mala educación mirar de esa forma.

Según su experiencia, a las chicas les gustaba que él las mirara. De hecho, lo alentaban activamente. Parecía que tendría que poner a Elspeth Douglas en una categoría diferente a la de las mujeres que había conocido hasta ahora.

—Estaba pensando que, aunque te conozco desde hace años, esta es la primera vez que hablamos a solas.

Con un gesto de sorpresa, ella le clavó sus grandes ojos marrones.

Un marrón tan profundo como para ahogarse en él. Sus pupilas tenían un brillo de inteligencia y estaban enmarcados por gruesas pestañas oscuras. Brody decidió que, tal vez, sus ojos eran su mejor rasgo.

—En realidad, no estamos hablando —dijo ella.

—Me disculpo por mi falta de concentración. —Tras dos tazas de café, Brody consiguió sonreír—. No estoy acostumbrado a estar levantado a estas horas intempestivas.

—No —dijo ella, sin devolverle la sonrisa—. Nunca te he visto en el desayuno.

—Quizá madrugue más a menudo, ahora que sé qué encantadora compañía me espera.

Era el tipo de comentario galante que él hacía sin pensar y que siempre provocaba una entusiasta reacción en la destinataria. Elspeth se limitó a lanzarle una mirada poco impresionada y después se levantó para servirse tocino y huevos revueltos.

Brody comenzaba a sentirse mejor. La vista de la comida en el plato de ella le provocó apetito, en lugar de náuseas.

—¿Vas a salir a montar a caballo, Elspeth? —le preguntó él—. Fergus y Marina sugirieron que fuéramos a dar un paseo por las colinas, si el tiempo no empeora.

Brody no sabía por qué intentaba entablar conversación. Cada vez que él hablaba, la chica se ponía rígida, como si temiera que él intentase atraerla hacia alguna maldad. Quizá había oído hablar de su reputación de mujeriego...

¿Quizá? Por supuesto que lo había hecho. Brody sabía la manera en que los miembros de su círculo cotilleaban unos de otros.

¿Acaso la muchacha tendría miedo de que estuviera coqueteando con ella? No le daba esa impresión. En cambio, sí le daba la sensación de que ella pensaba que él era un maldito incordio y que preferiría que se marchara.

Por muy extraño que fuese, él no estaba de humor para darle ese gusto.

¿Por qué diablos sentía de repente tanta curiosidad por esta gatita huraña, cuando el mundo estaba lleno de chicas complacientes?

Elspeth se tomó su tiempo para examinar su pregunta en busca de significados ocultos, y luego respondió con cautela.

—Sí, voy a salir a montar.

Brody le sonrió de nuevo, y ella tampoco le devolvió la sonrisa en esta ocasión.

—Quizá podamos cabalgar juntos —dijo, y se preguntó por qué la imagen que inundó su mente era la de un tipo de equitación muy distinta. La joven no era su estilo en absoluto, salvo por aquella figura voluptuosa, aunque cubierta con demasiada modestia. Él tendía a perseguir presas mucho más dispuestas a ser cazadas que esta.

«Por eso te aburres tanto con tus conquistas», dijo la horrible e insistente voz de su cabeza.

«Cállate», pensó él, sin ninguna esperanza de que aquella voz le obedeciera.

Tras una breve pausa, Elspeth le contestó.

—Tal vez.

Brody iba a tratar de presionarla para conseguir una respuesta más definitiva, cuando entró una criada con café recién hecho. Él agachó la cabeza y empezó a comer, sorprendido de lo hambriento que estaba.

Cuando volvieron a quedarse solos, Brody tenía otra taza de café sobre la mesa, mientras Elspeth sorbía su té.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Achnasheen? —le preguntó él, sin saber por qué estaba siendo tan insistente.

—Hasta después de Año Nuevo —dijo ella.

Hasta ese momento, Brody había tenido la intención de irse después del día de Navidad.

—Yo también —dijo.

—Entonces, tu estancia será más prolongada de lo habitual —dijo Elspeth con voz neutra.

Brody no pudo evitar sentirse complacido por su muestra de atención.

—Esta es la primera Navidad que Marina y Fergus nos acogen aquí, quiero pasar más tiempo con ellos.

—Sí, ha sido un cambio, ¿no? —Elspeth por fin sonaba casi amistosa.

Brody estaba a punto de tirar de ese hilo para seguir conversando cuando Diarmid entró de pronto en el comedor. Su amigo irradiaba muy buen humor, lo cual parecía injusto, dado todo lo que él había bebido también la noche anterior.

—Elspeth, debería haber sabido que ya estarías desayunando. ¿Cómo has dormido? Yo he dormido como un bebé. —Brody vio cómo el alto, guapo y encantador bastardo se adelantó y besó la mejilla de la chica con una familiaridad que él mismo no podía reclamar. Al fin y al cabo, eran primos, mientras que él no era más que un amigo de la familia—. Espero que no nieve aún. El plan es ir a montar a caballo más tarde.

Elspeth sonrió por fin.

—Buenos días, Diarmid —le saludó ella con expresión afectuosa. Diarmid le devolvió la sonrisa y se volvió hacia Brody—. Buenos días, muchacho. Creí que te dolía la cabeza.

—En absoluto —dijo Brody con frialdad, deseando que su amigo se fuera al infierno.

—Supongo que es una de las ventajas de esta vida disoluta —dijo Diarmid, antes de ir a coger un plato.

Brody deseó que mantuviera la maldita boca cerrada. La forma en que un hombre vivía su vida era asunto suyo. Más que eso, maldijo a Diarmid por interrumpir lo que empezaba a ser una cálida conversación, después de un primer momento tan gélido.

En cuanto Elspeth sonrió —no a él, maldita sea—, Brody comprendió por qué había decidido aplazar su partida. Los próximos días ofrecían interesantes posibilidades, y él era el

hombre adecuado para aprovecharlas.

Capítulo 2

El tiempo empeoró a medida que avanzaba el día. Elspeth estaba agradecida. Ahora que había decidido renunciar a su estúpido enamoramiento de Brody Girvan, le parecía cruel verse obligada a salir a montar a caballo con él. No creía que le hubiera hablado en serio cuando le pidió que lo acompañara.

Durante años le había observado tan de cerca como solo una adolescente puede observar al objeto de sus afectos. A Brody le gustaba coquetear con todas las mujeres guapas de su entorno. Esta mañana en el desayuno, él no tenía ninguna a mano, así que tuvo que conformarse con ella.

A Elspeth no le importaba. O no demasiado. Al fin y al cabo, una chica que incluso en su propia familia era algo secundario, no se hacía ilusiones sobre su capacidad para atraer la atención de un caballero.

Menos mal que la llegada de Diarmid puso fin a su bochorno. Tampoco el repentino interés de Brody le había hecho perder la cabeza. En otro tiempo, podría haber tomado su invitación como una señal de atracción. Pero después de la estimulante charla consigo misma de la noche anterior, había aceptado que él nunca se fijaría en ella.

Tras la cena, los invitados se relajaban en el gran salón. Enormes hogueras ardían en las dos chimeneas, calentando el ambiente a pesar de las inhóspitas condiciones del exterior.

Sentada en un sofá, Elspeth observó a los presentes. Hamish, Fergus, su madre y su hermana Charity jugaban a las cartas en un rincón. Prudence tocaba villancicos en el piano y su marido Charles estaba detrás de ella pasando las páginas. Donald, el marido de Charity, leía un libro junto al fuego. Diarmid estaba sentado frente a un escritorio bajo las ventanas escribiendo cartas. Después de un día entero corriendo y gritando por el castillo, los sobrinos de Elspeth dormían en el piso de arriba.

Aunque Elspeth no quería prestarle especial atención, no pudo evitar buscar con la mirada a Brody. Con un vaso de whisky en la mano, estaba solo junto a una de las altas ventanas góticas, mirando caer la nieve.

Elspeth supuso que estos entretenimientos familiares debían parecerle abismalmente aburridos, comparados con la vida disipada que llevaba en Edimburgo y Londres. Le sorprendió que pensara quedarse tanto tiempo en Achnasheen. Tenía por costumbre hacer acto de presencia y marcharse después del día de Navidad. Tal vez había cambiado de planes este año porque las

celebraciones tenían lugar en el castillo de su primo. Antes, todos habían celebrado la Navidad en la finca de Hamish, con su madre como anfitriona y sus tres hermanas mayores y sus familias.

Recordándose a sí misma que ya no le interesaban las andanzas de Brody Girvan, Elspeth volvió a su novela, aunque no podía recordar ni una palabra de lo que ya había leído.

—¿Puedo acompañarte, Elspeth? —preguntó Marina, su anfitriona, desde al lado del sofá.

Elspeth levantó la vista con una sonrisa. No conocía bien a la mujer de Fergus, pero le gustaba.

—Por supuesto.

—Si estás disfrutando de tu libro, estaré encantada de sentarme a tu lado sin hablar. Nunca he dado una gran fiesta en casa. *Per Dio*, es un trabajo mucho más duro que ser un invitado.

—Estoy segura de ello —le dijo Elspeth con una sonrisa.

Al sentarse, la gracia instintiva de Marina hizo que Elspeth se pusiera verde de envidia. Qué suerte tenía Marina de ser tan alta y esbelta. Una flacucha como ella misma nunca podría aspirar a esa elegancia.

—¿Es un buen libro? —Marina sacó un lápiz y un pequeño bloc de dibujo de su bolsito y lo abrió por una página en blanco.

Elspeth soltó un resoplido.

—No tengo ni idea. Llevo una hora intentando concentrarme en él.

—Las acogedoras tardes de invierno propician la languidez. —Marina empezó a esbozar un vívido retrato de los jugadores de cartas, utilizando solo unos pocos trazos. Fascinada, Elspeth observó cómo los rápidos movimientos del lápiz captaban a Fergus con todo su atractivo, al igual que al moreno y apuesto Diarmid.

—Tienes suerte de poder dibujar así.

Marina sonrió distraídamente y esbozó el contorno del extravagante vestido de terciopelo bronce de la madre de Elspeth.

—Sí, eso creo.

—Fergus me ha dicho que vas a hacer una exposición en Edimburgo en abril. Debe de ser emocionante.

—Lo es. Paisajes, por supuesto. Solo hago retratos como pasatiempo. Espero que vengas.

—Me encantaría. —Elspeth hizo una pausa, decidiendo que tenía que ser valiente y decir lo que pensaba—. Sobre todo, si me dices dónde compras tu ropa. Me encanta tu vestido.

Si Elspeth ya envidiaba gracia y el talento de Marina, mataría por llevar un vestido de noche como el suyo, de seda carmesí.

—*Grazie*. —La mano de Marina se quedó quieta, apoyando el lápiz sobre el dibujo a medio terminar—. ¿Estás diciendo que quieres renovar tu guardarropa y... tal vez tu aspecto?

Elspeth lanzó una mirada despectiva a su vestido azul de lana.

—Así es.

—Tu madre siempre va vestida *à la mode*. ¿No te ayuda a elegir la ropa?

—Tiene otros peces que freír. Peces de la variedad Tory o Liberal^[2], para ser precisos.

Marina sonrió ante la pequeña broma sobre las actividades políticas de *lady* Glen Lyon.

—Pero tú eres su hija.

La sonrisa de Elspeth era afectuosa, pero irónica.

—Cuando yo nací, mamá ya no tenía interés en criar a otra niña. Mi llegada fue una sorpresa. Hamish es ocho años mayor que yo. Y con unas hijas tan hermosas como las que ya tenía, supongo que pensó que no podía hacer mucho por mí.

Marina frunció el ceño y jugueteó con el lápiz entre los dedos.

—Estás siendo injusta contigo misma.

Elspeth negó con la cabeza.

—No lo creo, aunque sé que debo sonar terriblemente apenada.

Marina le sonrió.

—Un poco, quizás. Pero te perdono.

Elspeth le devolvió el gesto, cada vez le gustaba más esta mujer fuera de lo común.

—Gracias.

Marina le dirigió una mirada apreciativa.

—¿Sabes?, si dejaras de ser tan reservada, podrías competir con tu familia.

Elspeth se rio con incredulidad.

—Qué amable eres.

—En absoluto. Te miro como una artista. Con los otros Douglas, el ojo va directo a esa belleza dorada y a su formidable estatura. Y por supuesto, todos son orgullosos como leones y saben que son hermosos. Mira a tu madre. Sigue siendo una gran belleza, aunque ya no es joven. Está acostumbrada a que el mundo le rinda pleitesía, y lo ve como algo natural. Tú, en cambio, tiendes a quedarte al margen a observar lo que pasa, como si no tuvieras derecho a participar.

Elspeth hizo una mueca.

—El ojo de un artista puede ser muy despiadado, ¿verdad?

—A veces soy demasiado franca. —La mano que sostenía el lápiz hizo un gesto de disculpa—. Seguro que es porque soy medio italiana. Siento si te he molestado.

—No, tienes razón —le respondió Elspeth. ¿No había pensado ella algo parecido la noche anterior en su dormitorio, cuando había renunciado a su anhelo por Brody Girvan?

Este había apartado la vista de la ventana para observarla. Pero ella no le iba a prestar atención. La nueva Elspeth Douglas no lo haría.

Para su disgusto, su anfitriona se dio cuenta de que ella estaba mirando a Brody.

—Cielo, estos highlanders son hombres espectaculares. Cuando vi por primera vez a Fergus, estaba segura de que no podía haber un hombre en el mundo que pudiera igualarle en

atractivo. Luego conocí a su hermano, rubio y poderoso como Apolo. Y al moreno e intrigante Diarmid, con una mirada del estilo del famoso lord Byron.

Elspeth puso los ojos en blanco.

—Sigues pensando que Fergus es el más guapo. Los dos brilláis cuando estáis juntos.

La suficiencia de Marina era encantadora.

—Quizá soy parcial. —Señaló a Brody con la cabeza—. Aunque tu joven laird de Invermackie es un buen rival para su primo.

Aunque Elspeth había dejado de considerar a Brody algo más que un amigo de la familia, sus mejillas se encendieron.

—No es mi laird en absoluto.

Marina parecía confundida.

—Entonces ¿por qué te mira de esa manera?

Elspeth miró a Brody, que esta noche estaba espectacular. Todos los caballeros llevaban kilt[3], y ella no pudo evitar pensar que Brody lucía con especial distinción el tartán verde y azul de su clan. En traje de noche convencional, era peligrosamente atractivo, pero, con el traje tradicional de las Highlands, parecía indómito y misterioso, como este antiguo castillo con su historia de guerra y romance. Incluso para una chica que no era más que una amiga de la familia, aquella visión era suficiente para dejarla sin aliento.

Sus ojos se cruzaron y él levantó una ceja con gesto interrogante. Ella pensó que su rubor no podía ser mayor. Y resultó que sí. Nerviosa, se giró para ver a Marina con una expresión de complicidad que a Elspeth no le gustó.

—Debe de estar mirándote a ti, Marina. —No es que Elspeth pudiera culparle. Marina era tan bonita y exótica... Dudaba que Brody tuviera intenciones serias de conquistar a su prima política. Los rumores que Elspeth había oído lo ponían al límite del honor, pero nadie podía reprocharle a un hombre que admirase a una mujer hermosa...

—Oh, querida —dijo Marina en tono de asombro. Elspeth se preparó para oír más tonterías sobre que Brody se había fijado en ella, pero Marina guardó silencio...

Elspeth bajó la vista hacia el libro que tenía entre las manos y volvió a mirar a Brody. Este se había girado de nuevo hacia la ventana, y la caída de sus hombros sugería descontento.

Le resultaba extraño. Siempre que se encontraban, él rebosaba buen humor. Parecía extraño que no se hubiera unido a los jugadores de cartas ni invitado a los otros caballeros a una partida de billar...

Tal vez esta íntima reunión navideña le había dejado desorientado. Cuando Hamish organizó la fiesta, toda la familia Douglas fue a Glen Lyon y, durante unos pocos días, la vida fue un amontonamiento de parientes ancianos, niños alborotadores, y perros. Ahora, los únicos perros eran los collies de Fergus: Brecon y Macushla, y solo había cuatro de sus sobrinos.

Tal vez Brody todavía estaba sufriendo por los excesos de la noche anterior...

Y tal vez, ya era hora de que ella pensara en otra cosa.

Elspeth se encontró con la aguda mirada de Marina. Se preparó para escuchar algún comentario socarrón sobre su interés por Brody, pero la mujer de Fergus se limitó a mirarla como si fuera un paisaje para pintar.

—Tienes un gran potencial —declaró—. Tienes buena piel y unos ojos preciosos, pero los colores que eliges no los resaltan. —Hizo una pausa, dando a Elspeth la oportunidad de disfrutar del placer de oír aquellos halagos—. Si no te importa que te lo diga, vistes como una niña. Eres una guapa muchacha, pero nadie lo diría bajo esa ropa de colegiala.

Elspeth se mordió el labio, molesta.

—Nunca paso mucho tiempo pensando en lo que me voy a poner.

Marina suspiró, impaciente.

—Entonces ya es hora de que lo hagas. ¿Cómo esperas llamar la atención de un apuesto laird, si parece que aún te coges de la mano de tu institutriz para cruzar la calle?

Elspeth se removió, incómoda, y empezó a desear haberse pegado a su libro en vez de prestarse a esta conversación.

—Brody es amigo de mi hermano.

Marina arqueó las cejas.

—Yo no me refería solo a Brody.

Como si hubiera oído su nombre, este volvió la cabeza en su dirección una vez más. Elspeth bajó la voz a un murmullo.

—No soy el tipo de chica que él encuentra atractiva. Le gustan... otra clase de mujeres.

Marina sonrió.

—Claro que le gustas, pero quizá le gustarías aún más si sacases la nariz de detrás de las páginas de tu libro.

—Me gusta leer.

—Pero estás escondiendo tu luz. Es hora de que salgas y brilles.

Elspeth apartó la vista. ¿Podría ella brillar? A lo largo de los años, su madre y sus hermanas habían hecho intentos poco entusiastas por sacarla de su caparazón, pero siempre le había resultado más fácil retirarse y volver a ser una tortuga...

Anoche, algo había cambiado en ella. Había renunciado a sus fútiles sueños infantiles y había decidido madurar. Tal vez, aprovechar al máximo sus escasos encantos era parte de ello.

—Te he disgustado. Lo siento —dijo Marina.

Sorprendida, Elspeth miró a aquella mujer tan llamativa, tan abierta, y tan servicial.

—No lo has hecho. Es vergonzoso pensar cuánta razón tienes. Te agradezco que seas tan valiente como para decírmelo.

A Marina se le iluminaron los ojos.

—Bien. Si de verdad quieres cambiar de estilo, sube conmigo mañana después del desayuno y veremos qué podemos hacer.

La emoción invadió a Elspeth. Con la ayuda de Marina, podría estar en camino de

convertirse en una nueva versión de sí misma. Llevaba demasiado tiempo descontenta con la versión original.

—Me encantaría. Gracias.

—¿Qué demonios haces aquí cavilando solo, muchacho? —preguntó Diarmid, sacando a Brody de su ensoñación—. ¿Te ha rechazado alguna dama en Edimburgo? Has estado como un maldito perro perdido esta semana.

En realidad, Brody no estaba tan malhumorado como esta mañana. O como en cualquier otro momento del último año. De pie junto a la ventana, podía observar a la chica sin que esta se sintiera incómoda. Ella siempre levantaba la vista cuando sabía que él la estaba mirando.

¿Cómo había podido pasar por alto que Elspeth Douglas era tan guapa? Su atuendo era bastante austero y solía quedarse en segundo plano, pero él se consideraba un conocedor de la belleza femenina. Debería haberse fijado en ella antes.

Ella tampoco era del estilo que solía gustarle. Pero la dulzura de su expresión le atraía con más fuerza que los atractivos más visibles de sus anteriores amantes. De hecho, se estaba cansando de los atractivos tan evidentes. Quizá había llegado el momento de buscar algo más sutil.

—¿Brody? Por Dios, hombre. Es peor de lo que pensaba. Estás perdido en tu propio mundo.

Sin mucho interés, Brody se volvió hacia Diarmid.

—No me había dado cuenta de que eras el alma de la fiesta.

Diarmid se encogió de hombros, sin sentirse ofendido. Era el hombre más ecuánime que Brody conocía. Eran amigos desde niños, y poco después conoció a Fergus. Pero el primo de Hamish seguía siendo un misterio en muchos sentidos.

—Nadie espera de mí que tenga que deslumbrar. Tú, en cambio, tienes una reputación de granuja que mantener.

Brody se mordió una respuesta irritada. Lo que había dicho Diarmid era cierto. Brody era considerado un hombre con buen ojo para las mujeres. ¿Significaba eso que no era nada más? Hasta no hace mucho le habría gustado la idea de que el mundo lo considerara un tipo desenvuelto. Ahora se preguntaba si eso significaba que era demasiado superficial para disfrutar de la felicidad duradera que su primo había encontrado con Marina.

—Oh, ya basta, Diarmid. ¿No puede un hombre estar tranquilo pensando un rato, sin que sus amigos se burlen de él?

Las negras cejas de Diarmid se arquearon en señal de burla.

—Pensando, ¿eh? ¿En la hermana de Hamish?

Maldita sea, Brody esperaba que su repentino e inesperado interés por Elspeth Douglas hubiera pasado desapercibido. Pero ya sabía que a Diarmid no se le pasaba mucho por alto.

Este le dedicó una sonrisa burlona.

—Aunque debo decirte que ella es demasiado buena para un libertino como tú.

Sorprendido y furioso, Brody fulminó con la mirada al hombre al que llamaba amigo.

—¿Qué demonios estás tratando de decir?

Diarmid permaneció impasible.

—Es encantadora, y no se merece que un mujeriego declarado le rompa el corazón.

Brody entrecerró los ojos y habló en voz baja y amenazadora.

—¿Me estás diciendo que ella te interesa, Mactavish?

No pudo evitar recordar que Elspeth no se había alegrado demasiado de verle a él en el desayuno, mientras que se había iluminado como un maldito faro cuando Diarmid había aparecido...

—¿Me estás diciendo que a ti sí, Girvan?

—Eres su maldito primo —le espetó Brody, aun sintiendo náuseas al pensar en Elspeth en brazos de Diarmid, primo o no. Fue una sorpresa darse cuenta de que no quería a Elspeth Douglas en otros brazos que no fueran los suyos.

—Sí, por eso debo mantenerla alejada de las garras de los canallas mujeriegos —le espetó Diarmid.

—¿Qué demonios está pasando? —ladró Fergus. Brody había estado tan metido en la discusión que no había advertido que la partida de cartas había terminado y que su primo se acercaba—. Se supone que es una época de buena voluntad y, sin embargo, parecéis dispuestos a mataros.

La tensión abandonó a Diarmid como si esta nunca hubiera existido, mientras Brody seguía siendo enfermizamente consciente de que el tipo no había respondido a la pregunta sobre su interés por Elspeth. También era consciente de que, por debajo de los celos que no tenía derecho a sentir, le dolía que Diarmid tuviera tan mala opinión de él. Siempre había apreciado y respetado al otro hombre, pero parecía que la estima no era mutua.

—Solo un pequeño desacuerdo filosófico —dijo Diarmid, y Brody envidió la rapidez con que su amigo había recuperado su compostura habitual. Todavía se sentía a punto de estallar como la pólvora a la primera provocación.

—Salid fuera.

—Está nevando, joder —protestó Brody.

—Lo sé —dijo Fergus con una sonrisa malvada—. Así os refrescaréis.

Marina se acercó y pasó su brazo por el de Fergus. Brody se preguntó si tenía razón al sospechar que ella y Elspeth habían estado hablando de él. Esperaba que sí.

—Tesoro, ¿bailamos? Charles se ha ofrecido a tocar, así que habrá el mismo número de hombres que de mujeres.

Fergus sonrió a su esposa, una mujer testaruda e independiente que era todo lo contrario a cualquier chica que él hubiera perseguido en sus treinta y tantos años.

—Mientras pueda bailar contigo, *mo chridhe* [4], estoy de acuerdo.

—*Bene*. Podemos bailar algunos vales y cuadrillas, y tal vez un *reel* [5] o dos.

Marina dio una palmada y pronto todos se alinearon frente a frente. Charles empezó a tocar una animada melodía en el piano y comenzó el baile. Brody acabó frente a Charity. A él no

le importaba. Uno de los placeres de estos bailes campestres era que un hombre podía formar pareja por turnos con todas las damas. Elspeth estaba a tres parejas de distancia, con Hamish. Si ella estuviese con ese bastardo condescendiente de Diarmid, Brody habría sido menos optimista...

Seguía pareciendo que las damas tardaban una eternidad en avanzar por la fila, pero Brody por fin alargó la mano para coger la de Elspeth, y ella lo miró con sus ojos castaños muy abiertos. Tal vez ella estaba respondiendo al contacto como él. A Brody le latía el corazón como un gran tambor y un calor chisporroteante ascendió por su brazo.

¿Sentía ella la misma atracción? La sensación había sido demasiado breve para que él pudiera estar seguro de que existía. Aquellas preciosas pestañas se agitaron y ella volvió a sumergirse en el misterio.

Debido al número impar de parejas, él y Elspeth se turnaron mientras los demás seguían bailando. La cogió de la mano, aunque no era estrictamente necesario. Sus dedos revolotearon entre los de él, pero ella no se apartó.

—Creo que deberíamos charlar mientras esperamos —sugirió Brody.

Otro parpadeo de aquellos ojos extraordinarios en su dirección. Cada vez que ella se fijaba en él, Brody tenía la incómoda impresión de que Elspeth veía más allá de su apuesta fachada. Al igual que hacía Diarmid, ¿lo consideraría ella un inútil? ¿O habría encontrado alguna cualidad que lo redimiera? Brody esperaba desesperadamente que así fuera.

—¿Adónde irás cuando dejes Achnasheen? —preguntó ella.

«A dondequiera que tú vayas».

Pero él no podía decirlo. Al menos, todavía no.

—Volveré a Invermackie.

Cuando ella se lamió esos labios carnosos, otra oleada de calor lo sacudió.

—¿No... no irás a Edimburgo?

Brody sacudió la cabeza, evitando la mirada de Diarmid mientras este bailaba con la madre de Hamish.

—Estoy un poco cansado de Edimburgo.

Elspeth volvió a mirarle con aquella expresión seria. No estaba acostumbrado a que las chicas no intentaran coquetear con él. No sabía muy bien cómo actuar.

—Tal vez Londres te proporcionaría un mejor entretenimiento.

—Lo dudo. —Brody apretó los labios—. Siempre es más de lo mismo, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—No sabría decirte. Debes de estar muy hastiado. Edimburgo y Londres suenan emocionantes. Llevo una vida tranquila en Glen Lyon.

La nota de nostalgia en su voz le conmovió. Le apretó la mano y apenas se contuvo de besarla. ¿Eso no pondría a Diarmid en un aprieto?

—Me encantaría enseñarte esos lugares algún día, Elspeth.

Ella lo miró sorprendida, pero él no tuvo que explicar su comentario, ya que era su turno para reunirse con los bailarines. Brody se encontró cara a cara con Marina, la mujer que había provocado su hirviente descontento.

Lástima que le gustara tanto.

Cuando él la hizo girar en el centro de la pista y luego se paseó por la fila, Marina le sonrió.

—Ella te gusta.

A pesar de sus años de libertinaje en los salones de Edimburgo, Brody se sonrojó como un colegial. Claro que Elspeth le gustaba. Pero un hombre tenía su orgullo.

—¿Quién? —preguntó, con una naturalidad que no convenció a la mujer de su primo. Ni siquiera le convenció a él.

—El gato de la cocinera, por supuesto. —dijo Marina con brusquedad—. ¿A quién crees que me refiero? Empiezo a pensar que me equivoqué al subestimar tu buen gusto.

Brody frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

Marina arqueó las cejas.

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

A su pesar, Brody lo sabía.

—A ella le gusta Diarmid —dijo sombríamente.

Marina miró hacia donde este bailaba con Elspeth.

—Sí, por supuesto. Cielos, es un diablo tan guapo...

Las damas sentían debilidad por los tipos misteriosos y melancólicos. Era una pose que Brody también había adoptado con notable éxito.

Los enérgicos movimientos del baile hicieron que Elspeth se ruborizara. No se parecía en nada a la tímida muchacha que él siempre había creído que era. Ella se rio de algo que dijo Diarmid.

Los celos le escocían, sobre todo, porque que era una emoción desconocida.

—No me haces sentir mejor —dijo Brody con amargura.

Puede que él no hiciera reír a Elspeth, pero no había duda de que la divertía. Deseó que eso contara algo.

—Anímate. Quizá empiece a notar tus buenas cualidades.

—No estoy seguro de tener ninguna —dijo Brody antes de poder contenerse.

Unos brillantes ojos negros le lanzaron una mirada crítica.

—*Per pietà*, tendrás que esforzarte si quieres cortejar a esa encantadora chica. Tus perversas maneras de Edimburgo no te harán ganar ninguna batalla en esta lucha.

¿Qué sentido tenía discutir? Ella tenía razón. Cuando se colocaron a la cabeza de la fila, él miró fijamente a Marina.

—¿De qué hablasteis Elspeth y tú en el sofá?

—¿Cuando no podías quitarle los ojos de encima?

Brody ignoró su comentario.

—¿Hablabais de mí?

Marina puso los ojos en blanco.

—No. Estábamos hablando de ropa.

—Oh —dijo él, incapaz de ocultar su decepción.

—Ánimo, Brody. Si ya eres mayorcito para fijarte en Elspeth, ya eres mayorcito para saber cómo conquistarla.

Antes de que pudiera protestar, volvieron a cambiar de pareja y él quedó de nuevo frente a Charity.

Capítulo 4

Cuando Charles empezó a tocar un vals, Elspeth casi se había recuperado de su asombrosa conversación con Brody. Entonces, su corazón, que apenas había vuelto a la normalidad, empezó a acelerarse de nuevo cuando vio que el hombre al que ya no quería amar caminaba en su dirección. Elspeth se quedó sin aliento y la sala se estrechó como un túnel a su alrededor.

—¿Me concedes este baile, hermanita?

Elspeth parpadeó para aclarar su visión. Hamish estaba de pie frente a ella, con la mano extendida. Ella asintió y se levantó de la silla antes de que el gran peso de la decepción pudiera

aplastarla. Para una mujer que no amaba a Brody Girvan, no tenía derecho a sentirse desolada por no tener la oportunidad de dar vueltas por la habitación en sus brazos.

Brody se detuvo a unos metros y le pidió a Prudence que bailara con él.

Elspeth se obligó a sonreírle a Hamish.

—Por supuesto.

El baile improvisado de Marina fue un gran éxito. Cuando Donald se sentó al piano para que Charles pudiera bailar con su mujer, Elspeth ya había bailado el vals con todos los hombres de la sala, excepto con Brody.

Al final de un cotillón lo vio acercarse del brazo de Marina, que parecía sonrojada y feliz. Una punzada de lo que podrían haber sido celos, si todavía le importara Brody, golpeó a Elspeth antes de que se diera cuenta de que Fergus se dirigía a grandes zancadas hacia su mujer. Estaba claro que toda la sonrosada alegría de Elspeth provenía de la perspectiva de bailar con el hombre que amaba.

—He cumplido con mi deber, *mo chridhe* —dijo Fergus—. ¿Ahora puedo bailar con mi esposa?

Marina se rio y le lanzó una mirada coqueta por debajo de sus largas pestañas negras.

—Si me lo pides amablemente, querido.

Fergus le dedicó una sonrisa.

—Voy a arrojarte a mis brazos y te llevaré a la pista de baile, te guste o no.

«Marina es afortunada», no pudo evitar pensar Elspeth. Brody se apartó de su anfitriona mientras esta cogía la mano de su marido.

—Me muero de ganas —dijo Marina.

Fiel a su palabra, Fergus la tomó por el brazo, dejando a Elspeth a solas con Brody. Lentamente, ella levantó los ojos para mirarle y, a pesar de todo, no pudo reprimir una emoción ante la expresión de triunfo que vio en ellos.

—Yo también he cumplido con mi deber. Ahora quiero bailar contigo.

Por el rabillo del ojo, Elspeth vio a Diarmid, que se dirigía hacia ella con gesto decidido. Elspeth tendió la mano hacia Brody con rapidez.

—Será un placer.

Cuando él le cogió la mano con un apretón despiadado, la expectación la recorrió hasta los dedos de los pies, enfundados en sus zapatillas de baile de raso azul.

Tampoco pudo contener otra emoción cuando él deslizó la mano alrededor de su cintura. Empezaron a moverse al ritmo de la música. Diarmid se había girado hacia un lado y ahora bailaba con su madre.

Elspeth temía tropezar, pero ahora bailaban juntos. En el pasado, la sola mención del nombre de Brody bastaba para que se volviera tan torpe como un potro recién nacido. Decidir que ya no lo amaba hizo maravillas por su aplomo. Sus pies siguieron el ritmo del vals con la misma naturalidad que si hubiera nacido para bailar con el laird de Invermackie.

La sala era grande, así que Elspeth y Brody tenían espacio de sobra para moverse sin preocuparse por las demás parejas. La música que los envolvía era la melodía más dulce que Elspeth había oído jamás. Que Dios la ayudase, era como volar entre las estrellas.

En cuanto se dio cuenta de que no iba a pasar vergüenza en la pista de baile, lo miró a los ojos. Él la estudió con una concentración que hizo que Elspeth se agitara con una excitación prohibida.

—Nunca hemos bailado el vals —dijo él, mirándola como si fuera la chica más guapa del mundo.

Qué galante era. No podía evitarlo. Ahora que ella se había distanciado un poco de sus anhelos adolescentes, era fácil ver cómo Brody había persuadido a todas esas damas a pecar.

—Las fiestas de la familia Douglas siempre han sido demasiado sosegadas para un nuevo baile tan escandaloso. —Gracias a Dios que podía hilvanar algunas palabras sin sonar como una idiota con la lengua trabada. Era bueno para ella no estar enamorada. Debería haberlo intentado hace mucho tiempo—. Si hubiera habido un vals en una de las fiestas de Navidad de Hamish, a tía Agatha le habría dado un ataque. No aprueba el baile en el mejor de los casos.

El calor del tacto de Brody parecía impregnar todo su cuerpo. Cuando su gran mano se movió para acercarla hacia sí, ella percibió su aroma sobre la savia fresca de las ramas de pino que adornaban la habitación. Jabón de sándalo. Algo intrigante y picante que ella sospechaba que podía ser su esencia personal.

Compartir su olor era impresionantemente íntimo, a pesar de que todavía había unos centímetros entre ellos, lo que hacía que el baile fuera casi decoroso.

—Dios mío, a tía Ágatha le daría un infarto si viera toda esta licencia desenfundada de esta noche —dijo Brody—. ¿Gente abrazada? ¡Qué asco!

—Siempre le he tenido miedo. Está acostumbrada a sermonearme sobre la corrección.

—Al diablo con la vieja bruja, entonces.

Elsbeth le dirigió una mirada insegura. Brody no podía estar insinuando que quería que ella se portase mal. Cielos, ni siquiera la había mirado antes de esta noche, y Elspeth era muy consciente de que no era el tipo de chica que un libertino encontraría interesante.

—Marina marcará el comienzo de muchos cambios, creo —dijo Elspeth en tono neutral.

—Dios bendiga a Marina. —Cuando Brody sonrió a Elspeth, su corazón dio otro salto. No podía evitarlo, y se negó a disculparse por una reacción femenina que no significaba nada más allá de disfrutar del momento. Cuando un hombre tan guapo desplegaba sus encantos, cualquier dama sentiría mariposas en el estómago.

—Siempre pensé que Fergus se casaría con una mujer dócil y obediente. Es una sorpresa encantadora.

Brody efectuó un giro brusco. Para cuando Elspeth recuperó el aliento, los pocos centímetros que los separaban se habían reducido a una minúscula distancia que horrorizaría a la

tía Ágata. Elspeth hizo un tímido intento de distanciarse, pero el firme agarre de Brody en su cintura no cedió.

—No es la única sorpresa agradable —dijo él.

Esta vez, ni siquiera una mujer decidida a aferrarse a la cordura pudo malinterpretar su significado. Elspeth le dirigió una mirada represiva.

—Brody, no pierdas el tiempo coqueteando conmigo. Soy terriblemente aburrida.

Él se rio, y Elspeth vio que Diarmid le dirigía una mirada de desaprobación. Luego, Elspeth miró a Marina, y esta le sonrió.

Los sensuales labios de Brody se curvaron con una amplia sonrisa.

—No estoy perdiendo el tiempo, chica extraña y encantadora.

Por un momento, todo desapareció a su alrededor y lo único que Elspeth vio fue aquel rostro moreno y llamativo, con sus brillantes ojos verdes y su recta nariz. Entonces recordó que se había jurado a sí misma ser razonable cuando se trataba de ese hombre.

—Estás intentando confundirme.

Brody arqueó una ceja.

—¿Estoy teniendo éxito?

—No —dijo ella, aunque no estaba segura—. Debes de tener mejores objetivos a quien dirigir tus encantos.

Él seguía sonriéndole.

—¿Crees que soy encantador?

Esta avalancha de interés masculino era demasiado embriagadora para ella. E injusta. Por no decir un poco cruel. Porque, aunque Elspeth había desterrado sus ridículas tendencias adolescentes por él, no era inmune del todo. Sin embargo, cada minuto demostraba que, cuando se había fijado en él, había estado apuntando mucho más allá de sus posibilidades...

El resentimiento tiñó su respuesta.

—¿Importa lo que yo piense, cuando estás tan pagado de ti mismo?

Él pareció sorprendido y, por un momento, ella vislumbró lo que podrían ser sentimientos heridos. Entonces, Brody la miró de una forma que le produjo un escalofrío de inquietud.

—Hay más en ti de lo que parece, ¿verdad, Elspeth?

—Eso espero —respondió ella.

—Estoy deseando desvelar todas esas capas.

Brody parecía tener una imaginación desbordante. Aunque Elspeth sabía que él no podía haber querido decir esas palabras literalmente, no pudo evitar imaginárselo desnudándola y...

Elspeth tropezó y él la agarró por la cintura. Esperaba no estar ruborizándose, pero cuando se encontró con sus ojos oscuros y penetrantes, estaba segura de haberlo hecho.

—Cuidado donde pisas —murmuró Brody.

—Oh, lo siento —dijo ella, recuperando el equilibrio.

Elspeth esperó otra respuesta burlona, pero en lugar de eso, él la condujo por una serie de giros vertiginosos que hicieron que su corazón se acelerara. Casi era peor cuando él no hablaba. El silencio la hacía demasiado consciente de aquel cuerpo alto y elegante que se movía cerca del suyo.

Como el baile era informal, no llevaban guantes como en un baile de sociedad. Con su mano en la de él, no pudo ignorar su calor y su fuerza. Cada bocanada de aire que daba estaba teñida del aroma de Brody. Menos mal que había decidido superar su amor por él, porque si no, pronto se habría vuelto loca.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él en voz baja.

—El paisaje —dijo ella, lo cual era cierto, al menos en parte.

Brody soltó un breve resoplido de diversión.

—Es una pena. Cuando bailemos, quiero que pienses en mí.

Ella le dirigió una mirada crítica.

—Estás coqueteando de nuevo.

Él se encogió de hombros y la arrastró a otro giro.

—No puedo evitarlo. Cada vez que lo hago, pareces un ciervo asustado.

Ella fue quien se rio ahora, aunque con un deje de fastidio.

—Considerando que no podías recordar mi nombre esta mañana, no puedes culparme por encontrar tu comportamiento un poco desconcertante —dijo.

Él no sonrió, pero le dirigió una mirada apreciativa que la hizo sonrojarse de nuevo.

—Por supuesto que recuerdo tu nombre. —Brody hizo una pausa—. Y si he sido culpable de pasarte por alto en el pasado, es porque tú querías que lo hiciera.

Su percepción la sorprendió. Siempre había admirado su espectacular aspecto. Ahora se preguntaba si había juzgado mal el cerebro que había detrás de esos fríos ojos verdes. Fergus era inteligente. No era descartable que Brody también lo fuera.

¿Podría ser que lo hubiera subestimado tanto como él a ella?

El vals terminó, evitándole a Elspeth la necesidad de responder a su último comentario incómodo. Donald terminó la música y se levantó del piano. Marina y Fergus se devoraban con los ojos. Los demás se quedaron hablando y riendo.

Elspeth esperó a que Brody la sacara de la pista de baile, pero él mantuvo su mano en su cintura.

—Supongo que debería dejarte ir.

Maldita sea. Esta vez estaba segura de que parecía un ciervo asustado, por mucho que le disgustara la descripción.

—Es hora de irse a dormir.

Brody simuló un gemido de frustración.

—Lo sé.

Elspeth frunció el ceño.

—Te estás portando mal otra vez.

—Sí, es cierto. —Él le sonrió de nuevo—. ¿Puedo verte mañana?

Debería alejarse, volver con su madre, pero, a una parte de ella, débil y femenina, le gustaba el peso posesivo de su mano en la cintura.

—Claro que me verás mañana. No me perderé entre la multitud. Solo hay once personas en la fiesta, si no cuentas a los niños.

Brody la miró como si quisiera comérsela, casi del mismo modo en que Fergus miraba a su mujer.

Elspeth se estremeció. Su interés romántico por Brody había sido la ferviente pasión de una joven por un hombre inalcanzable, algo esencialmente inocente. Pero hoy algo había cambiado entre ellos. La atracción que sentía —que sentiría cualquier mujer, se aseguró a sí misma—era mucho más madura.

Ya no soñaría con que Brody cayera de rodillas ante ella y le declarara devoción eterna. Ahora que lo conocía mejor, se daba cuenta de que ese no era su estilo. En su lugar, Elspeth tuvo el inoportuno presentimiento de que, esta noche, soñaría con sus manos sobre su cuerpo y con sus besos hambrientos.

—Sabes lo que quiero decir —dijo él con calma.

No era cierto del todo, pero Elspeth tenía cierta idea.

—Sí, puedes verme mañana.

—No puedo esperar. —Brody la soltó y, antes de que ella pudiera arrepentirse de su promesa, él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Por un momento, sintió el calor de su boca sobre su piel, luego se sintió libre.

—Buenas noches, dulce Elspeth. Sueña conmigo.

Maldita sea, ella tenía la terrible sensación de que lo haría.

—Buenas noches —balbuceó, luego se sintió aliviada cuando su madre se acercó...

—*Lady Glen Lyon* —dijo Brody, haciendo una reverencia—. Ha sido una velada encantadora.

—Así es. —Su madre miró a Brody unos instantes antes de coger a Elspeth del brazo y llevarla hacia la puerta—. Vaya, vaya —le dijo a su hija una vez estuvieron solas—. Ese Brody Girvan es un hombre guapo.

—Sí, lo es —dijo Elspeth, esforzándose por mantener la voz firme. Aún le hormigueaban los dedos tras el breve roce de los labios de Brody en su mano.

—Y cómo le gusta encandilar a las damas. Espero que no le resulte demasiado aburrida esta fiesta, donde las únicas mujeres solteras son una mujer lo bastante mayor como para ser su madre y un ratoncito tímido como tú.

Sin más, la felicidad incipiente en el corazón de Elspeth se redujo a una amarga ausencia. Cuando había estado bailando, sus pies le habían parecido más ligeros que el aire.

Ahora los sentía como si alguien le hubiera atado barras de plomo a los tobillos.

Qué tonta tan patética era... Brody había sacado lo mejor de una mala situación. ¿Cómo no se había dado cuenta de que las oportunidades en Achnasheen eran escasas para un hombre al que le gustaba la atención femenina?

Todo ese ardiente enfoque en ella había sido un juego. Era la única mujer disponible. O al menos, la única lo bastante joven. Por supuesto, su interés no era real.

Como si pudiera serlo...

Cuando la desagradable realidad clavó sus garras en Elspeth, algo en ella se rebeló contra el hecho de ser constantemente menospreciada. Brody la había dejado en ridículo esta noche, pero no volvería a encontrarla tan fácil de ignorar...

Puede que su madre se burlara de sus escasos encantos, pero Marina le había dicho que ella tenía potencial, y Marina era lista y perspicaz.

Que la ahorcasen si permitiría que alguien volviera a llamarla ratoncita.

Capítulo 5

El ánimo rebelde de Elspeth sobrevivió a una noche agitada en la que se repitió a sí misma que se merecía la humillación. ¿No había jurado que Brody Girvan ya no tendría ningún poder sobre sus emociones? Pero en cuanto vio esos ojos verdes y brillantes, se encaprichó de él como nunca.

Como nunca más...

Elspeth consiguió mantener la cabeza fría cuando se reunió con ella para desayunar. Para su sorpresa, Diarmid no se quedó atrás. En las reuniones navideñas, ambos jóvenes solían quedarse dormidos, después de haber estado bebiendo y jugando al billar hasta mucho después de que todo el mundo se hubiera ido a la cama.

No fue el único cambio. También había una cierta incomodidad entre Diarmid y Brody.

Elspeth sintió curiosidad. ¿Qué demonios estaba pasando? Fergus, Hamish y Diarmid

eran los mejores amigos, desde que Fergus había rescatado a los dos chicos más jóvenes cuando estos se habían perdido en las montañas más allá de Achnasheen. Brody siempre había encajado en el grupo como si perteneciera a él. Pero esta mañana, Elspeth no pudo evitar alguna clase de fricción entre ellos.

De pronto, Marina entró en la sala matinal y se llevó a toda prisa a Elspeth a la torre sur.

—Madre mía, estás en la cima del mundo, ¿verdad? —dijo Elspeth, asombrada, al entrar en el amplio y ventilado salón con ventanas que daban a los cuatro puntos cardinales. Nunca antes la habían invitado a los aposentos privados del laird de Achnasheen. Se detuvo para admirar las vistas al mar, con los Cuillins nevados de Skye a lo lejos.

Marina se rio.

—A menudo le digo a Fergus que solo me casé con él porque ningún artista podría resistirse a la idea de vivir en un lugar tan hermoso.

—Seguro que no te cree —dijo Elspeth con convicción.

Los llamativos rasgos de Marina se suavizaron, haciéndola parecer más bella aún

—No, no lo cree.

—¿Y tú crees que puedes hacer algo por mí? —preguntó Elspeth, con las manos nerviosas retorciéndose alrededor de su cintura.

—*Coraggio, cara* [\[6\]](#). —Marina dio un paso atrás para estudiar a Elspeth con aquella intensa mirada que se le había hecho familiar después de la noche anterior—. ¿Estás segura de que estás preparada para esto? Cuando termine, ya no estarás acechando en las sombras. Aunque sospecho que las sombras a veces son un lugar acogedor.

Elspeth recordó a su madre llamándola ratona, sin un ápice de malicia, y a Brody conformándose con su compañía porque no tenía otra mejor.

—Tienes razón. Las sombras son seguras.

—Sí, lo son. —Marina la observó como si leyera su mente.

—Pero pueden convertirse en una prisión —dijo Elspeth lentamente. Levantó la barbilla y cuadró los hombros antes de encontrarse con los penetrantes ojos negros de Marina—. Estoy lista para ser libre.

—Bravo. —Marina le sonrió y se giró para abrir una puerta que conducía a un vestidor—. Tenemos trabajo que hacer, Sandra —le dijo a su criada, también italiana y tan elegante como su señora, con un conjunto gris ribeteado de terciopelo negro. La muchacha llevaba un montón de ropa en sus manos, la cual arrojó sobre el respaldo de un bonito sofá tapizado en brocado azul.

—Toda esa ropa es mía... —dijo Elspeth, conmovida.

—Espero que no te importe. —Marina hizo un gesto de disculpa—. Pensé que primero veríamos si valía la pena arreglar algunas de tus cosas. Sandra trabajaba para mi modista en Florencia. Cuando decidí mudarme a Escocia, la invité a ser mi modista. Es un genio con la

aguja.

—*Buongiorno, signorina* [7] —dijo Sandra, haciendo una elegante reverencia—. La vamos a dejar *bellissima*.

Elspeth entendía lo justo de italiano y se estremeció ante la imposibilidad del plan. Pero se mordió cada palabra de protesta. El primer paso para reclamar confianza era fingir que ya la tenía. Se volvió hacia Marina y extendió las manos en señal de confusión.

—Creía que solo ibas a prestarme un vestido.

Marina sonrió.

—No tenemos el mismo estilo en absoluto, o lo haría.

—Eres mucho más esbelta que yo —dijo Elspeth, antes de recordar que iba a fingir seguridad en sí misma. Se ahorró un momento de arrepentimiento por todo el bizcocho que había comido a lo largo de los años.

—Tienes una figura magnífica. Eres una auténtica Venus. —Antes de que Elspeth pudiera asimilar tan extravagante y asombroso cumplido, el tono de Marina se volvió práctico—. Aunque nadie pueda imaginarlo bajo esos vestidos de colegiala.

Elspeth lanzó una mirada dubitativa al aburrido montón de vestidos. En esta preciosa habitación, y en comparación con la ropa de moda que llevaban las otras mujeres, sus trajes parecían más sosos que nunca.

—¿Crees que podrás salvar alguno?

—Un recorte aquí, una puntada allá... Te sorprenderás. Eso no es todo lo que haremos. Tienes que cambiar los colores que usas. Basta, no más marrones y beige y nada aburrido. No me extraña que desaparezcas en el papel pintado con vestidos del color del barro. Deberías llevar rojos, azules, rosas y amarillos. Colores fuertes que resalten tu piel blanca y tus ojos brillantes. Tengo algunos rollos de tela de Milán y Florencia que podemos usar para algunos vestidos nuevos. Pero no estarán listos hasta esta noche.

Atónita, asustada y conmovida a partes iguales, Elspeth se quedó mirando a Marina. No recordaba que nadie se hubiera tomado tantas molestias por ella.

—Eres demasiado generosa.

Marina se rio y se frotó las manos con evidente entusiasmo.

—Disfrutaré convirtiéndote en una belleza. Es un proyecto artístico. Y Sandra se estaba aburriendo de tenerme solo a mí para mimarme. —Se volvió hacia la criada y le dirigió unas palabras en italiano, que Elspeth supuso que era una traducción de lo que acababan de decir.

Sandra estudió a Elspeth con la misma férrea concentración de Marina, y luego esbozó una sonrisa que añadía encanto a sus delicadas facciones. Respondió en el mismo idioma, y lo único que Elspeth pudo entender fueron palabras como «bella» y «pronto».

—Sí, sí, es cierto. —Marina se volvió hacia Elspeth—. Ahora, vamos a quitarte esos feos trapos y a ver con qué podemos trabajar.

Antes de que Elspeth pudiera protestar, Sandra empezó a tirar de los corchetes de la

espalda de su vestido de lana parda. Elspeth se sujetó el corsé con pudor.

—No está tan mal, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo Elspeth. Había venido aquí porque quería un cambio, pero no podía evitar sentir miedo. Vio una vez más la sonrisa de Marina antes de que Sandra le pasara el vestido por encima de la cabeza.

—Anímate. Un corazón débil nunca ganó a un hombre apuesto.

Al menos, Elspeth podía culpar de su sonrojo al hecho de que ahora estaba de pie en medio de la habitación con nada más encima que su ropa interior.

—Te lo dije, no estoy interesada en Brody.

La expresión de Marina era sospechosamente inocente mientras rodeaba a Elspeth, como si inspeccionara una estatua desde todos los ángulos.

—Brody Girvan no es el único laird del mundo —dijo Marina.

Hasta ahora, bien podría haberlo sido para Elspeth. Se puso derecha y se dijo a sí misma que dejara de ser tan tonta. Ya había decidido hacer algunos cambios. Y tenía que comenzar por su aspecto.

—No, no lo es —convino al fin.

—Bien dicho.

Sandra se apartó, sin dejar de observar a Elspeth. Cuando se dirigió a Marina en italiano, esta se quedó pensativa. Acto seguido, se acercó a Elspeth y comenzó a soltarle el cabello.

—Magnífico —dijo Sandra mientras una melena de pelo castaño oscuro caía alrededor de los hombros de Elspeth.

—Qué pelo tan bonito tienes... —dijo Marina, cogiendo un mechón brillante y pasándolo entre los dedos—. ¿Por qué demonios te lo recoges de esa forma tan apretada?

Abrumada por la confusa mezcla de elogios y críticas, Elspeth bajó la mirada. Sus pechos se apretujaban contra su camisa de lino blanco y se sintió menuda al lado de Marina y Sandra, tan altas y elegantes. Se rodeó la cintura con los brazos en actitud defensiva.

—No tengo la figura adecuada para la moda actual.

La sonrisa afectuosa de Marina la llenó de calidez.

—Podemos arreglarlo.

—El talle alto me hace parecer una caja.

Marina le dijo algo en italiano a Sandra, Elspeth adivinó una traducción de su comentario autocrítico. Sandra respondió con algo que sonó a desacuerdo.

Sin dejar de sonreír, Marina se volvió hacia Elspeth.

—Con tu precioso pecho y tu pequeña cintura, la moda de hace treinta años habría sido perfecta para ti.

—Te lo dije —dijo Elspeth, temerosa de que su mentora decidiera que, después de todo, era un caso perdido.

Marina volvió a estudiarla. Elspeth se estaba acostumbrando a ello.

—Pero con un tejido más ligero y alguien que sepa lo que hace, como Sandra, lo conseguiremos.

—¿Hacer un monedero de seda con un trozo de arpillera? —preguntó Elspeth antes de poder contenerse.

Esperaba que Marina se riera, pero su anfitriona la miró con el ceño fruncido, preocupada.

—Elsbeth, eres una chica preciosa y puedo enseñarte a sacar lo mejor de ti misma, pero el mundo no creerá que has pasado de ser una oruga a ser una mariposa hasta que tú también lo creas. Te prohíbo que vuelvas a decir algo despectivo de ti misma.

Incómoda, Elspeth evitó aquellos penetrantes ojos oscuros mientras luchaba por hacerse a la idea de que alguien la llamara guapa. ¿Sería posible? Cuando aceptó la ayuda de Marina, albergaba la modesta esperanza de que eso la salvara de estar siempre en un segundo plano. Hermosa era un paso más allá inimaginable.

Por otra parte, ¿qué tenía que perder?

—Sí, Marina —murmuró Elspeth.

—Un poco más de gusto, *per favore, bella*. —Marina sacó del rincón un espejo de pie y lo colocó frente a ella.

Elsbeth observó sus ojos en el reflejo, con una expresión insegura. Le recordaban a los de anteanoche, cuando se había prometido a sí misma dejar de correr detrás de Brody y tomar las riendas de su vida. Levantó la barbilla y miró a la mujer del espejo.

—Sí, querida —dijo Marina en voz baja—. Mírate bien.

Marina decía que podía ser bella. Marina era una mujer elegante, sofisticada y con ojo de artista. Si ella lo decía, tal vez era verdad.

Incluso alguien tan autocrítica como Elspeth podía ver en su austero vestido que sus curvas no eran regordetas, sino gráciles y generosas. Su pecho se elevaba por encima del corsé, firme, redondo y nacarado. Su cintura era pequeña y sus caderas se ensanchaban sobre unas piernas torneadas. Un cabello espeso y brillante le rodeaba la cara, añadiendo un toque de misterio a unos rasgos que siempre le habían parecido irremediablemente ordinarios. Ahora veía unos ojos grandes y brillantes y una boca de labios carnosos.

No se parecía a su madre ni a sus espectaculares hermanas. El color oscuro le venía del lado paterno de la familia. Pero tampoco parecía una mujer a la que el mundo debiera ignorar. Parecía... voluptuosa.

Una sonrisa tentativa ensanchó sus labios. Quizá Marina tenía razón y había algo con lo que trabajar...

Marina hizo un gesto de aprobación al ver cómo el rostro de Elspeth se iluminaba con una nueva vitalidad.

—Sí, querida. Ahora ves lo que yo veo y sabes que lo conseguiremos. —Se giró hacia

Sandra y volvió a hablar en italiano antes de dar un paso atrás con expresión decidida—. Manos a la obra.

Capítulo 6

A medida que avanzaba el día, Brody se mostraba inquieto, aburrido y desorientado. El tiempo había empeorado y todo el mundo estaba encerrado en el castillo. Había recorrido los pasillos buscando a Elspeth, pero, a pesar de la promesa de ella de la noche anterior, se había mostrado esquiva. La había visto en el desayuno —lo que hizo que otro madrugón mereciera la pena—, pero Diarmid había llegado unos minutos después que él y Brody no quería coquetear en su presencia.

Cuando lo hizo la noche anterior, Elspeth había sido una deliciosa mezcla de confusión y satisfacción. Estaba deseando provocarla de nuevo.

Si es que podía encontrarla...

Para cuando todos se reunieron para cenar, Brody estaba a punto de subirse por las paredes por la frustración. ¿Dónde demonios se escondía Elspeth? ¿Le estaba evitando? Juraría que se sentía tan atraída por él como él por ella. No le había pasado desapercibido su tímido placer ante sus atenciones, ni cómo se le iluminaban los ojos cuando lo miraba.

Brody entró en el salón, abarrotado de gente, enfurruñado. Incluso antes de entrar, pudo

oír el murmullo de una charla excitada. Una vez dentro, comprendió por qué. Inesperadamente, el padre de Marina, Ugolino, había llegado de Italia.

Y Ugolino no había venido solo. A su lado había una mujer de mediana edad, agradablemente regordeta, de rostro amable y cabello oscuro salpicado de canas. ¿Podría ser que Ugolino se hubiera casado de nuevo? No traería aquí a una amante, no a una fiesta familiar. Un rápido vistazo a la sala le indicó que Elspeth aún no había bajado. Pero todos los demás estaban ansiosos por oír lo que pasaba.

Brody podría estar preocupado por sus propios intereses egoístas, pero incluso él entendía que una nueva madrastra apareciendo sin avisar sería una gran sorpresa para Marina. Echó un vistazo para ver cómo se tomaba ella la noticia.

—Qué tiempo, hija mía. Qué tiempo. —Ugolino y la dama debían de haber llegado en ese momento. Se quitó el abrigo mojado por la nieve y se lo entregó a uno de los criados. Ugolino, con una fornida figura vestía a la última moda—. ¿Por qué no pudiste casarte con un hombre del sur de Francia?

—Ningún hombre del sur de Francia me lo pidió, papá —dijo Marina, adelantándose para abrazar a su padre—. No nos dijiste que vendrías.

Ugolino se encogió de hombros con su habitual encanto despreocupado. Había pasado años recorriendo Italia, acompañando a su hija en su carrera artística. Desde su matrimonio, él se había convertido en su agente en Florencia, donde había tenido un gran éxito vendiendo los cuadros de Marina a los jóvenes ricos que hacían su Grand Tour[8].

—Estaba sentado en casa junto al fuego y te echaba de menos, así que decidí darte una sorpresa.

—Desde luego que lo has hecho —dijo Fergus, adelantándose para estrechar la mano de su suegro—. No menos importante es que no hayas venido solo.

Ugolino pareció avergonzado y buscó la mano de la dama a su lado. Con su instinto teatral natural, esperó a tener la atención de todos.

—Amigos y familia, os presento a mi esposa, Giulia.

El rostro de Marina se quedó tan inmóvil que parecía uno de sus retratos.

—¿Tu mujer? —preguntó al fin.

—Iba a escribirte, querida —dijo Ugolino—, pero luego me pareció mejor idea traer a Giulia a Escocia para que te conociera. Ha oído hablar mucho de ti.

Se hizo un silencio incómodo, hasta que Fergus lo rompió.

—Entonces nos lleva ventaja —murmuró este.

—Giulia es la viuda del conde de Massona, un noble de Verona. La conocí hace dos meses cuando ella y su hijo, el actual conde, me hicieron llamar para comprar uno de tus paisajes de las Highlands. Fue un flechazo mutuo. Nos casamos hace tres semanas. *Per carità*, a nuestra edad no tiene sentido esperar.

—Te dije que esa no era forma de contarle a tu familia lo de nuestra boda, querido. —

Giulia dirigió a su nuevo marido una mirada irónica que expresaba una mezcla de afecto y fastidio—. Antes de ir a ver al cura, deberíamos haber escrito a tu hija, o tal vez incluso esperar a que me conociera.

Ugolino se llevó los dedos de Giulia a los labios y la miró con sus ojos oscuros y brillantes.

—Pero, querida, yo no podía esperar tanto.

Brody, que se había preguntado si la riqueza y el estatus aristocrático de la condesa explicarían la atracción del italiano por ella, se dio cuenta de que el hombre estaba realmente enamorado de su nueva esposa.

El asombro de Marina pareció desvanecerse y sonó casi como ella misma cuando habló.

—Condesa, su inglés es excelente.

Era cierto. Aunque Giulia hablaba con un acento encantador, su inglés era fluido y coloquial.

—*Grazie*. Tuve una institutriz escocesa cuando era pequeña, y ahora, con todos esos lores ingleses viajando por Italia, estoy practicando mucho. Con la esperanza de causar una buena impresión a la hija de Ugolino, también he estado trabajando mi inglés durante el viaje.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Ugolino, mirando a su hija con una modestia que Brody sospechaba que era simulada, al menos en parte.

—Claro que no, papá, pero siempre estás lleno de sorpresas. —Marina esbozó una sonrisa, pero Brody se dio cuenta de que aún no se había recuperado de la noticia. Aun así, Marina era una criatura galante y trató de sacar lo mejor de la situación. Se adelantó y besó a su nueva madrastra en la mejilla—. Bienvenida a la familia, condesa. Espero que usted y mi padre sean muy felices juntos.

La nueva señora Lucchetti dirigió a Marina una mirada escrutadora, pero lo que vio en ella debió de tranquilizarla. La calidez de su sonrisa la hacía parecer años más joven.

—Es muy amable. Espero que seamos amigas.

—Yo también —dijo Marina con sinceridad.

Ugolino sonrió a su hija, visiblemente aliviado.

—Quiero que pasemos la Navidad todos juntos, como una familia.

—Deja que te presente a todos. —Marina señaló a Fergus, que parecía descontento con la situación. Siempre fue muy protector con su mujer. Se pondría furioso si las acciones impulsivas de su padre hirieran sus sentimientos.

Mientras los demás presentaban sus respetos a Giulia, Brody se preguntaba por el paradero de su pequeño gorrión. Parecía extraño que no estuviera ya aquí abajo. Esperaba que no estuviera enferma. Parecía estar perfectamente bien esa mañana.

El ambiente en la sala se había vuelto cordial cuando Ugolino hizo una señal a los criados para que trajeran una gran caja. Fergus había ordenado que sirvieran champán y parecía

reconciliado con la llegada de Giulia. Marina y la condesa estaban sentadas juntas en un sofá, charlando en italiano con cordialidad. El resto del grupo parecía haberse recuperado de su sorpresa ante la llegada inesperada de los recién casados.

Pero aún no había rastro de Elspeth.

Brody se apoyó en la repisa de la chimenea y observó con fastidio a la alegre multitud. La mayoría de los años se alegraba de ver a todo el mundo en Navidad. Este año solo le interesaba la hermana de Hamish.

Este se acercó a él.

—Pareces deprimido esta noche, muchacho..

Aunque Hamish era escocés, se había criado en Londres y había estudiado en Eton y Cambridge. Como resultado, era casi agresivamente nacionalista y estaba decidido a demostrarlo, a pesar de que hablase con un marcado acento inglés que a Brody le recordaba más a Mayfair que a Inverness...

—Me siento atrapado —dijo Brody, aunque esa fuera la menor de sus preocupaciones.

—Sí. El tiempo no ha sido bueno. Ugolino y su condesa tienen suerte de haber llegado. Deben de haber estado desesperados por llegar a Achnasheen antes de Navidad.

«Desesperados por comunicarles a Marina y Fergus un hecho consumado en una época del año que fomenta la buena voluntad», pensó Brody.

—¿Dónde está tu hermana? —le preguntó a Diarmid a continuación.

Este le dirigió una mirada curiosa.

—¿Elspeth?

La irritación hizo que Brody sisease entre dientes.

—Por supuesto, Elspeth.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Ella y Marina han estado encerradas juntas la mayor parte del día.

Al menos eso explicaba que no la hubiera encontrado. Hamish le miró fijamente, empezando a comprender.

—No me digas que tienes malas intenciones con Elspeth. Lamentaría tener que dispararle a uno de mis mejores amigos en el campo del honor...

—Yo no seduciría a la hermana de un amigo. —Brody se removió, incómodo, pues temía que eso fuera exactamente lo que haría si le daba la oportunidad—. Tengo algo de integridad.

—Asegúrate de mantener las manos quietas. —Hamish hizo una pausa—. No es que Elspeth vaya a hacer ninguna estupidez solo porque se lo pidas. Puede actuar como un ratoncito, pero es una chica de mente fuerte y no es tonta.

Brody lanzó a su amigo una mirada de disgusto.

—No es ni mucho menos un ratoncito. Tú y tu familia la subestimáis. Siempre la habéis subestimado.

—Siempre, ¿verdad? —Las cejas rubias oscuras de Hamish se alzaron con fingida sorpresa—. ¿Cuándo empezaste a fijarte en las mejores cualidades de mi hermana? Apostaría la mitad de Glen Lyon a que hace un mes ni siquiera sabías su nombre.

—Entonces perderías —dijo Brody.

—Dios mío, hablas en serio... —El asombro en los brillantes ojos azules de Hamish se hizo palpable—. Tienes a la pequeña y tranquila Elspeth en el punto de mira.

¿La tenía? Algo había cambiado en los últimos días. Brody pensaba en Elspeth como nunca había pensado en ninguna otra mujer. Su sutil belleza le gustaba. Más que eso, le cautivaba. Su dulzura era una agradable calma para su alma atormentada.

Se encontró con la mirada firme de su amigo y habló con una convicción que a él mismo le sorprendió.

—Si lo hiciera, ¿te opondrías?

Hamish frunció el ceño hacia su copa de champán. Cuando lo miró al fin, Brody estaba a punto de estallar.

—Brody, me gustas —dijo Hamish lentamente—. Sabes que me gustas. Somos amigos desde hace años. Hemos pasado muchas noches salvajes juntos.

Con el estómago anudado por el resentimiento y el dolor, Brody miró con los labios apretados al hombre que esperaba que se convirtiera en su cuñado.

—Si me caso con tu hermana, dejaré todo eso atrás —declaró.

—Una promesa fácil de hacer. —Hamish aún parecía preocupado—. Y difícil de mantener.

Brody suspiró. Suponía que se lo merecía. Pero era humillante descubrir que ni Diarmid ni Hamish, hombres a los que siempre había considerado sus amigos, le consideraban un pretendiente digno para Elspeth.

—He tenido mis andanzas como cualquier joven, pero debes de estar de acuerdo en que no hay vicio real en mí. Seré un buen marido para Elspeth, lo juro. Si no lo fuera, dejaré que me dispare.

Esta extravagante oferta no aligeró el sombrío estado de ánimo de Hamish.

—Es muy repentino.

—Eso no significa que esté mal. Mira a Ugolino y Giulia. De todos modos, conozco a la chica desde hace años.

—Entonces, me pregunto qué habrá cambiado.

Brody se encogió de hombros y admitió la desagradable verdad.

—Quizá sea hora de que madure.

Hamish suspiró.

—Todavía no estoy convencido de que esto no sea solo una fase pasajera. Has estado de un humor diabólicamente raro durante el último año.

A Brody le sorprendió que su amigo se hubiera dado cuenta. Creía haber ocultado su

descontento.

—¿Estás diciendo que no me darás permiso para cortejar a tu hermana?

—Eso depende de Elspeth. —Por primera vez, una pizca de diversión apareció en los brillantes ojos azules de Hamish—. Si puedes convencerla de que eres el indicado, no me interpondré en tu camino.

Una oleada de alivio inundó a Brody, y luego una pesada sospecha lo aplastó.

—Es muy deportivo por tu parte —dijo con los ojos entrecerrados—. Salvo que no crees que ella me acepte, ¿verdad?

Hamish se encogió de hombros, imperturbable ante la acusación de Brody.

—Si lo hace, es porque ve más en ti de lo que yo nunca vi. Es una chica sensata. Las palabras bonitas y una cara atractiva por sí solas no la convencerán de entregarse a un hombre.

—Lo sé —dijo Brody, y luego no pudo evitar expresar su enfado—. No sabía que tuvieras tan mala opinión de mí.

La expresión de Hamish era inusualmente severa.

—Eres un buen compañero para una noche de diversión. Pero ahora hablas de casarte con mi hermana.

—Lo hago —dijo Brody y, a pesar de las inesperadas objeciones de Hamish, algo en su interior tomó forma. Al fin estaba al mando del timón y dirigía el barco en la dirección correcta.

Brody miró a su alrededor en ese momento y no se sorprendió al ver a Elspeth de pie junto a la puerta. Ella era su destino, su puerto seguro, su refugio. La mujer que daría sentido a su vida caótica y sin rumbo.

Entonces la miró bien y su corazón se hundió en su pecho. Maldita Marina. Podría estrangular a esa mujer de ojos almendrados. Con su ayuda, y en el espacio de un día, su pequeño gorrión se había convertido en alguien nuevo, y todas las felices esperanzas de Brody se desmoronaron en el acto.

Capítulo 7

Frente al espejo del piso de arriba, Elspeth había quedado encantada con la transformación que Marina y Sandra habían obrado en ella. Contempló a la chica guapa que se reflejaba en el espejo y decidió que ya no se escondería más en las sombras.

Pero a medida que se acercaba la hora de la cena, su coraje había decaído y había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para obligarse a bajar las escaleras. ¿Y si todo el mundo odiaba los cambios en su aspecto?

¿Y si le gustaran a todo el mundo?

De alguna manera, eso parecía peor, como un desprecio a la persona que ella había sido toda su vida.

Bajó las escaleras en el último momento y se preparó para entrar en el salón, pero se encontró con que nadie le prestaba atención. El padre de Marina, un hombre al que había visto una vez, había llegado con una dama a la que no conocía, y el ambiente estaba lleno de alegría.

—Elspeth, te has perdido la noticia —dijo Prudence, acercándose y tendiéndole una copa de champán—. Ugolino nos ha traído a su nueva esposa por Navidad sin avisar a nadie.

La dama italiana del otro lado de la habitación era menuda y regordeta, vestida con ropa cara y elegante. A su lado, Ugolino se veía inequívocamente enamorado.

—Me alegro por él —dijo, aliviada y decepcionada a la vez por haber conseguido colarse en la sala sin ser vista—. ¿Cómo se tomó Marina la noticia?

—Se sorprendió, como todos nosotros. Pero ahora ella y Giulia parecen llevarse muy bien. —Prudence bajó la voz—. Me preocupaba que Fergus fuera a darle un puñetazo a Ugolino cuando este entró fresco como una lechuga y anunció su matrimonio. Estaba claro que Marina intentaba ocultar su sorpresa por tener una nueva madrastra.

Marina estaba junto a las ventanas con su marido, su padre y la novia de su padre. Si seguía disgustada, lo disimulaba muy bien.

Prudence observó a Elspeth.

—Estás muy guapa. ¿Te has cambiado el peinado?

Elspeth ahogó una carcajada incrédula. ¿Todo un día acicalándose y esto era lo mejor que podía hacer Prudence?

—Quería probar algo diferente.

—Te queda bien. Deberías llevarlo así todo el tiempo.

Prudence se fue a buscar a Charles. Elspeth se encontró mirando directamente a Brody Girvan, que la observaba con una expresión ilegible en su mirada de halcón. Elspeth levantó una mano insegura hacia el peinado de rizos sueltos que Sandra se había pasado una hora arreglando.

En el piso de arriba le había encantado el efecto, pensando que le daba un aspecto elegante y sofisticado. Tal vez se equivocaba. Tal vez solo parecía absurda.

Brody cruzó la sala hacia ella.

—Estás preciosa, Elspeth —le dijo, levantando la copa en su dirección.

Ella frunció el ceño. El tono de él tenía un matiz que no acababa de entender.

—Marina me ayudó.

—Que Dios bendiga a Marina —dijo Brody apurando su copa.

—¿No... no te gusta? —Luego se maldijo por sonar tan inocente. ¿Qué importaba si Brody lo aprobaba o no? No se había tomado tantas molestias por él, sino por sí misma.

—Que el diablo me lleve, claro que me gusta. —El examen detallado que Brody hizo de ella la quemó, y ella ocultó un escalofrío. Aquellos ojos evaluadores no pasaron por alto ni un centímetro de la recién transformada Elspeth Douglas—. Pero no puedes culpar a un hombre por lamentar que ya no seas su tesoro secreto.

Elspeth se esforzó por encontrarle sentido a aquel sorprendente comentario. Brody había adquirido la costumbre de dejarla sin palabras. Marina había dicho que estaba guapa, y algo en la inquebrantable atención de Brody le decía que él estaba de acuerdo. La confianza que ella había perdido ante el público empezó a renacer.

—¿Qué es lo que...?

Ugolino aplaudió en ese momento para llamar la atención del público.

—Muchas gracias, muy amables. *Grazie mille*. Gracias por la cálida bienvenida que nos habéis dado a mi bella esposa Giulia y a mí en esta fría noche escocesa.

Elspeth ocultó una sonrisa. Teniendo en cuenta lo que había dicho Prudence, Ugolino había puesto un broche de oro a su recibimiento cuando llegó. Fergus debía de estar furioso por la falta de tacto con que su suegro había presentado al nuevo miembro de la familia.

Ugolino continuó.

—Hace muchos años, la madre de Marina me enseñó una encantadora costumbre navideña inglesa que me gustaría traer aquí, al norte de la frontera. —Señaló con la cabeza a los lacayos italianos —supuestamente los sirvientes de la condesa—, que estaban junto a una gran caja en un rincón. Elspeth no se había fijado en ellos—. Con gran dificultad y mucha correspondencia, arreglé que esto nos estuviera esperando en Glasgow cuando llegáramos.

Elspeth ladeó la cabeza para ver cómo los criados abrían la caja y dejaban al descubierto una sábana blanca. Cuando Ugolino se adelantó y tiró de la sábana, apareció una corona de hojas verdes y bayas blancas.

—Muérdago... —dijo Elspeth al mismo tiempo que Marina.

—Papá, qué regalo tan maravilloso. —Marina se volvió hacia Fergus—. Era una tradición en casa de la familia de mamá en Inglaterra cuando ella era pequeña. En Navidad se cuelgan ramas de muérdago por toda la casa y cuando alguien se pone debajo, recibe un beso. Es muy divertido.

Fergus parecía desconcertado y no muy impresionado.

—Me parece una loca idea de los *sassenach*[\[9\]](#).

Marina se inclinó para arrancar una ramita y sostenerla sobre su cabeza. Agitó las pestañas exageradamente.

—¿No va a besarme, amable señor?

Fergus se rio y la cogió por la cintura.

—Sí, voy a besarte, *lassie*[\[10\]](#), pero no porque que agites sobre mí ese muérdago inglés.

Fergus besó a Marina y luego sonrió a su suegro sin rastro de su antigua hostilidad.

—Mi esposa está de acuerdo con su sugerencia —declaró.

Ugolino sonrió y cogió otra ramita.

—Mañana colgaremos el muérdago por toda la casa y podrán empezar los besos. Pero primero, yo besaré a mi esposa.

Giulia parecía encantada cuando Ugolino se apartó, y Elspeth se sorprendió al ver una sonrisa de aprobación en el rostro de Brody. Ella habría pensado que todas estas tonterías eran demasiado rústicas y poco sofisticadas para distraer a un hombre de su reputación.

—¿Conocías esta tradición? —le preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

—No. No es una planta que crezca aquí. Si eso me da una excusa para besarte, me parece bien.

—Entonces será mejor que me ande con cuidado —respondió Elspeth, luchando contra el asombro que le producía la idea de que él quisiera besarla, con muérdago o sin él...

—Sí, asegúrate de que sea justo debajo del muérdago.

Ella lo ignoró, aunque la perspectiva de los besos de Brody la dejaba sin aliento. Claro que sí. Nunca la habían besado antes, y a él se le debería de dar muy bien, dada su experiencia anterior. La suya propia comenzaría con un maestro.

—Siempre lo colgamos en nuestra casa de Londres cuando estamos allí por Navidad —dijo Elspeth.

Él arqueó una elegante ceja y el brillo de picardía en sus ojos la hizo temblar.

—¿Estás diciendo que eres una veterana en lo que se refiere a los besos?

En otra ocasión, ella podría haberse sonrojado y tartamudeado, pero la admiración que Elspeth vio en su rostro le dio el valor para burlarse de él.

—Eso deberás de averiguarlo tú.

—Has besado a cientos de hombres, estoy seguro.

—Tal vez no a cientos. —Era una niña cuando la familia celebraba fiestas de Navidad en Londres. Su padre aún vivía, y los besos eran un juego infantil, como buscar manzanas.

—Estoy deseando ver lo que puedes enseñarme.

—No mucho, seguro. —Ella entrecerró los ojos—. He oído los cotilleos sobre ti.

Para su sorpresa, él no se rio.

—Un hombre puede pasar página. —Brody hizo una pausa—. Con el incentivo adecuado.

—¿A qué te refieres? —dijo ella, con los dedos apretados sobre su copa de champán y el corazón atascado en su garganta.

Brody miró a su alrededor y bajó la voz, aunque, por lo que ella podía ver, nadie les prestaba atención.

—Te lo contaré cuando te encuentre a solas bajo el muérdago. Por fin algo útil de Inglaterra.

—Brody... —dijo ella, sin saber si protestar o animarle. Para una chica que había renunciado a interesarse por él, era un juego peligroso.

Elspeth miró sus ojos verdes, que parecían enviarle un mensaje privado. Tardó unos instantes en darse cuenta de que su madre se había unido a ellos.

—Elspeth, estás preciosa esta noche.

La intensidad desapareció de la expresión de Brody y volvió a ser el caballero que encandilaba a todas las damas sin pensar en decantarse por una en particular.

—*Lady Glen Lyon*, Elspeth siempre está encantadora.

La dama le sonrió.

—Eres un chico encantador, Brody. —Volvió a mirar a su hija—. Te has cambiado el peinado.

—Marina me prestó a su criada para la noche.

Su madre se tocó su elegante recogido.

—Quizá me dé algunos consejos. Te ha cambiado mucho, querida. —Frunció el ceño—. ¿Y ese vestido es nuevo? No recuerdo haberlo visto antes.

Elspeth miró la seda azul oscuro que se había puesto cientos de veces y ocultó una sonrisa. Marina y Sandra la habían hecho sentirse orgullosa. En lugar de un vestido liso que se abotonaba como una soga alrededor de su cuello, las tijeras mágicas de Sandra habían creado un favorecedor escote cuadrado que dejaba ver más piel de la que Elspeth estaba acostumbrada a mostrar...

A pesar de las protestas de Elspeth por el extravagante regalo, Marina había confeccionado un exquisito encaje de Bruselas para suavizar las duras líneas del vestido. El color suave y pálido daba a su piel un brillo cremoso. Ya había notado que los ojos de Brody se detenían en sus senos, pero era lo bastante cínica para saber que los hombres lascivos tenían la costumbre de inspeccionar los pechos de las mujeres. Y el suyo propio no le parecería nada especial.

—Es un vestido viejo que me han arreglado —dijo Elspeth palpándose el medallón de oro que colgaba de su cuello. Había pertenecido a su abuela y no lo llevaba a menudo. Su anterior forma de vestir no requería muchas joyas.

—Debería prestarte mis zafiros. Quedarían perfectos con este color. Me alegro de que

cuides más tu aspecto. Antes no te importaba.

—¿No está Elspeth preciosa esta noche? —Marina se acercó y sonrió a su protegida con franca aprobación.

—Impresionante —dijo Brody con lo que parecía auténtico fervor, y Elspeth tuvo que recordarse a sí misma que los cumplidos formaban parte del arsenal de un conquistador. Él no pretendía decir nada más allá de la cortesía, aunque lo pareciera...

—Así es. —Para asombro de Elspeth, su madre se inclinó hacia delante y le besó la mejilla—. Debo felicitarte, Marina. Por más que lo intenté, nunca conseguí que mi hija se quitara esa ropa horrible y raída. Siempre ha sido tan tímida... En la ciudad, nunca puedo mantener a Grace, Prudence y Charity lejos de las tiendas, mientras que apenas logro convencer a Elspeth de entrar en una.

—Podemos ir de compras la próxima vez que estemos en Edimburgo —dijo Elspeth con cautela, sorprendida por el entusiasmo inmediato de su madre. Quizá se había acomodado demasiado a su lugar en la familia y quizá la negligencia benigna de su madre no era fruto del egoísmo.

—Me gustaría mucho.

Elspeth escuchó distraída cómo su madre y Marina discutían sobre la moda italiana, mientras se preguntaba si este nuevo aspecto podría mejorar su relación con su madre. No era lo que esperaba, pero era un cambio que agradecería.

Cuando Brody se sentó a cenar, ya casi se entendía con su anfitriona. El hecho de que Marina le hubiera colocado junto a Elspeth contribuyó en gran medida a mitigar su resentimiento. Al igual que el asombro palpable de Elspeth ante la avalancha de cumplidos que había recibido por su nuevo aspecto. Asombro y alegría floreciente. Ugolino y Giulia seguían siendo el centro de atención, pero a nadie se le escapaba lo elegante que estaba la joven señorita Douglas vestida de seda azul noche y encaje crema.

Brody no tenía derecho a enfadarse. En nombre de Elspeth, había llegado a resentirse por la forma en que su familia la pasaba por alto. Pero algún elemento indigno dentro de él se había regodeado en que solo él era lo bastante perspicaz para darse cuenta de su belleza y encanto...

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja, mientras el pescado sustituía a la sopa y la alegre charla de la fiesta zumbaba a su alrededor.

—¿Perdón? —preguntó.

—No dejas de mirarme.

—Eres una chica a la que vale la pena mirar.

Aquellos labios carnosos y rosados se apretaron con desagrado.

—Nunca lo habías pensado.

Le dirigió una mirada poco impresionada y cortó su filete de lenguado con salsa de limón.

—Sabes que eso no es verdad. Te miré mucho antes de que decidieras convertirte en un diamante de primera agua.

Cohibida, se tocó el elaborado conjunto de rizos que enmarcaban su rostro.

—¿No te parece bien?

Con un gruñido de diversión, levantó su vaso de corvejón en un brindis burlón que en realidad no lo era en absoluto.

—No seas tonta, Elspeth. Claro que te apruebo. Eres preciosa.

Una tenue rosa coloreó sus mejillas y sus pestañas se agitaron.

—Gracias.

—Me gusta lo que has hecho con tu pelo. Me dan ganas de llevarte a la cama.

Ella soltó un suave jadeo y volvió a mirarle a la cara.

—Estás siendo travieso otra vez. No puedes evitarlo.

Se encogió de hombros.

—Cuando te veo, desde luego que no. Imagino que esa es la reacción que quería la criada de Marina. —Hizo una pausa—. Aunque, para ser justos, quise llevarte a la cama cuando tu pelo estaba tan recogido que me hizo estremecerme. Y desde luego alabo la magia que hayas hecho con tu vestido azul. Siempre pensé que tenías un gran pecho. Ahora el resto del mundo puede ver lo suficiente de ti para estar de acuerdo conmigo.

El rubor de Elspeth se hizo más intenso. Brody se preparó para una reprimenda. Se la merecía. Después de todo, se estaba comportando como un canalla, teniendo en cuenta que ella era una joven soltera y la hermana de su amigo, y él estaba sentado a la mesa familiar. Pero le encantaba cómo le brillaban los ojos cuando se burlaba de ella. Eso no había cambiado, aunque Elspeth estaba vestida para deslumbrar...

Pero en lugar de hacer un comentario, ella le miró con curiosidad.

—¿Nunca tienes una conversación normal y sensata con una mujer? ¿Algo sobre, no sé, lo que ha hecho hoy, o su familia, o los libros que lee? ¿Siempre son tonterías coquetas?

Se movió incómodo bajo su mirada penetrante. Sobre todo porque, si bien era cierto que sus bromas habituales con las mujeres eran tonterías, cuando le dijo a Elspeth que la deseaba, no eran tonterías en absoluto.

—¿Te gusta?

Brody esperó a que ella dijera que no. Para su sorpresa, los ojos de ella volvieron a parpadear y se concentró en su comida.

—Claro que me gusta. Soy tan susceptible a los halagos de un hombre guapo como cualquier otra mujer, como bien sabes, de lo contrario no estarías haciendo esto. Pero todas estas bromas y burlas hacen que sea imposible llegar a conocerle de verdad. Quizá por eso lo haces.

—Qué valoración tan sombría. —Sus labios se curvaron hacia abajo mientras soportaba otra punzada, más aguda, de incomodidad. Su percepción no era del todo bienvenida—. Pero sé justa, muchacha. Sé lo que has estado haciendo todo el día. Sé todo lo que necesito saber sobre tu familia. Si hablamos de libros, descubrirás lo lamentablemente ignorante que soy y decidirás que no valgo la pena. No puedo permitir eso. ¿Qué más hay? Podría contarte algunas historias escandalosas sobre mi última visita a Edimburgo, pero no son adecuadas para una compañía educada.

—¿De verdad? —Para su sorpresa, captó una chispa de interés en su expresión cuando levantó la vista de su pescado—. Me gustaría saber más sobre la vida en Londres.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—No lo creo.

—¿Pero podrías hablarme de ello más tarde?

—Puede que sí. ¿Pero dónde nos deja eso ahora? Podría hablar de tus pechos.

Su turno para una sonrisa irónica.

—Seguro que has pasado bastante tiempo mirándolos.

—Merece toda una vida de estudio —dijo apasionadamente, cada palabra sincera.

Tras lanzarle una mirada desdeñosa, su expresión se tornó seria.

—Podrías hablarme de Invermackie. Nunca he estado allí y siempre he sentido curiosidad.

Sacudió la cabeza confundido.

—Eres una chica extraña.

Sonrió.

—Un nuevo corte de pelo no me ha cambiado tanto.

Él le devolvió la sonrisa.

—Ya veo.

Bebió un sorbo de vino blanco.

—¿Es Invermackie como Glen Lyon?

—Bueno, es una finca de las Highlands, con colinas y lagos y vistas al mar, pero hasta ahí llega el parecido. Es salvaje y aislada, una cañada con un puerto secreto que mira directamente a las colinas de Harris. El río nace con cascadas en lo alto de la meseta detrás de la casa y se precipita desde Loch Mackie hasta encontrarse con el mar.

Los ojos marrones se volvieron aterciopelados de una forma que nunca lo hacían cuando él intentaba seducirla con cumplidos, maldita sea.

—Suenas hermoso.

—Sí, lo es. Cuando el viento del norte no te aúlla en los oídos y te los pone azules. — En realidad, pensaba que su casa era hermosa incluso con el peor tiempo, pero no esperaba que esa opinión fuera universalmente aceptada...

Elspeth hizo un ruido desdeñoso.

—Eso es cierto en toda Escocia. Todos sabemos que los días buenos compensan los malos. Cuéntame más.

Brody dejó los cubiertos y se quedó mirando al espacio, con la mente llena del espectacular lugar donde había nacido.

—Crecí en Invermackie House. Está construida sobre una playa de arena dorada, perfecta para pasear con el perro o galopar en un veloz caballo. Si tienes suerte, verás nutrias y águilas, focas y delfines. En huecos escondidos aún crecen viejos árboles. Existe la superstición local de que si el bosque desaparece de la finca, también lo hacen los *lairds*. Así que tenemos un gran interés en mantenerlo vivo. Los habitantes de Invermackie son resistentes y llevan sal marina en las venas y en la conversación. El suelo es delgado y la tierra solo sirve para las ovejas y el ganado, pero el mar ha sido generoso con nosotros. Se vive bien de la pesca. Si alguna vez hubieras probado un arenque ahumado de Invermackie, despreciarías las finas truchas de mi primo por ser de segunda categoría. Brody volvió al momento en que la vio mover los labios...

—No se lo digas a Fergus —dijo ella.

—No lo haré. —El calor inundó sus mejillas—. Lo siento. Parece que me estoy poniendo lírica, y mientras despotrico como una lunática, tu cena se enfría.

—Gracias por contarme todo esto. —Los ojos que ella le dirigió brillaron de interés—. Suenas maravilloso.

—Por las ventiscas que tenemos en enero, ni te lo imaginas —murmuró Brody, antes de recordar sus planes de convertir a Elspeth en la señora de Invermackie. Tal vez sería político evitar hablar demasiado del tiempo...

—Una buena excusa para quedarse en casa junto al fuego.

De repente tuvo una imagen vívida de Elspeth en el salón de Invermackie House, con un fuego crepitante en la chimenea. El viento podría estar gritando como una *banshee* alrededor de las vigas, pero a él no le importaría nada más que la hermosa mujer sobre sus rodillas. El estómago se le apretó con un anhelo casi doloroso. Deseaba que este sueño se hiciera realidad más de lo que jamás había deseado nada en su hedonista vida...

—Sí, lo es. ¿Puedo volver a mencionar las camas?

—No, no puedes. —Su desaprobación era encantadora—. Cuéntame más sobre la casa.

—No es un castillo como Achnasheen, pero es bonito. Vieja piedra gris, ventanas con parteluz que dan al mar, grandes habitaciones ventiladas con paneles de madera oscura. —Echó un vistazo al comedor de su primo, decorado a la moda con rayas doradas y verdes, y sonrió—. Unos toques modernos vendrían muy bien, si te soy sincero. Este lugar necesita desesperadamente un toque femenino. A mi madre no le gustaba mucho la moda antes de morir hace trece años. Mi padre creía en la tradición y le gustaba que las cosas fueran como siempre habían sido.

—¿Cuánto tiempo ha sido el señor de la mansión?

—Desde que tenía veintitrés años. Desde hace dos años.

—Tiempo suficiente para cambiar la decoración.

—Rara vez estoy allí.

Ella frunció el ceño.

—Qué triste, si te gusta tanto.

Así era. Amaba cada centímetro escarpado, árido, barrido por el viento y glorioso.

—Es más fácil jugar a ser un libertino en Edimburgo que el laird en Invermackie —dijo, antes de recordar que mencionar su villana reputación no era la mejor manera de promover su idoneidad como marido—. La finca está muy lejos de cualquier sitio.

¿Muy lejos? Se quedaba corto. Invermackie estaba a dos días a caballo al norte de Achnasheen. Y Achnasheen era el fin del mundo...

—Si es lo que quieres, está donde tiene que estar —dijo en voz baja, pero con una certeza pasmosa. Su sabiduría le golpeó en silencio mientras se preguntaba si alguna vez vería el hogar que tanto apreciaba.

A su otro lado, Donald hizo un comentario sobre el mal tiempo. Con sus buenos modales habituales, Elspeth se volvió para contestar a su cuñado. Sin mucho remordimiento, Brody admitió que la había monopolizado. Giulia se sentó a su lado, pero Ugolino y ella se dedicaron a mirarse con ojos de cordero.

Brody se quedó mirando el pescado y pensó en lo que había dicho Elspeth. Tenía razón. ¿Por qué demonios estaba dispuesto a exiliarse de su hogar y malgastar su juventud en actividades de mal gusto? No es que las actividades le parecieran chabacanas en aquel momento. Había disfrutado mucho de sus días de libertinaje, pero hacía tiempo que debía dedicarse a cosas

más maduras...

Tras la muerte de su padre, Invermackie le había parecido solitario y vacío, y Brody se había marchado para huir de su dolor. También se había sentido como un impostor cada vez que alguien se dirigía a él como el laird. Para Brody, el laird era su padre, aunque estuviera enterrado en el cementerio.

Pero durante los dos últimos años, la casa había esperado en su barranco oculto a que él regresara y la llenara de familia, risas y alegría. Por fin, ahora que había centrado su atención en Elspeth, vio la oportunidad de hacerlo.

Mientras empezaba a comer, rezaba para que su pequeño gorrión se casara con él y viviera en su finca y convirtiera de nuevo el triste y vacío cascarón de Invermackie House en un hogar...

La fiesta duró hasta tarde, ya que los invitados se quedaron abajo para celebrar la boda de Ugolino y Giulia. Cuando Elspeth hubo bailado su último baile y cantado su último villancico, estaba cansada. Por no hablar de su inestabilidad. No estaba acostumbrada a los licores fuertes y Fergus la había animado a brindar por la feliz pareja con uno o dos tragos de whisky.

Permaneció alerta. Había sido un día largo, lleno de emociones y nervios. Y los cumplidos sobre su aspecto, aunque la admiración en los ojos de Brody había sido lo que más la había convencido de que el cambio la favorecía...

Lo mucho que había disfrutado de su conversación durante la cena. Qué hombre tan interesante era, una vez que se había despojado de su cáscara de disoluto. Ya no lo añoraba, pero apreciaba la oportunidad de conocerlo mejor. La nostalgia en su voz cuando le hablaba de Invermackie le había hecho desear correr por aquellas arenas doradas con él a su lado...

Dijo que volvería a casa después de Hogmanay. Ella esperaba que, cuando lo hiciera, encontrara la paz que buscaba. En algún momento de los últimos días se había dado cuenta de que, a pesar de su aire de despreocupación cuidadosamente cultivado, era infeliz. Deseó poder hacer algo para aliviar sus preocupaciones, simplemente como amiga. A pesar de sus comentarios burlones sobre los besos, había renunciado a cualquier ambición de convertirse en su amante...

Tal vez ahora que había renunciado a sus sueños románticos, estaban avanzando hacia una verdadera amistad. Antes, había sido demasiado tímida y adoradora para entablar con él algo parecido a una conversación real...

Mientras los invitados recorrían el vestíbulo adornado de acebo en busca de sus camas, Elspeth buscaba a Brody. Le gustaría saber más de Invermackie y de cómo fue crecer allí. Pero debía de haber subido. O, más probablemente, se había escabullido para fumarse un puro y escapar de la interminable alegría estacional. No era un hombre al que le gustara acostarse temprano, se había dado cuenta.

Aun así, fue decepcionante no desearle buenas noches y deleitarse con su presencia. Una parte de la mujer que había en ella no podía evitar responder al encanto seductor de aquellos ojos verdes, tan llamativos con su cabello oscuro despeinado...

Sintiéndose un poco fuera de sí, lo cual era extraño cuando había pasado el resto de la noche en la cima del mundo, caminó hacia las escaleras. Entonces se detuvo cuando una mano fuerte rodeó su brazo...

—Ven conmigo, chiquilla —le murmuró al oído una voz ronca—. La noche aún no ha terminado para ti, pequeña Elspeth. Ni mucho menos.

Capítulo 9

—Brody —chilló Elspeth, sin hacer nada por evitar que él la arrastrara hasta la sala matinal, a la izquierda de la magnífica escalera de roble tallado—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Sh..., *lassie* —susurró—. Solo tenemos un minuto. Si llegas tarde arriba, la gente querrá saber por qué.

Cuando se estremeció, no estaba segura de si era por el frío o por la excitación. A través de la fina seda de su vestido, el agarre de su cintura era posesivo y cálido. Sin embargo, la habitación matinal no lo estaba. El fuego solo se encendía aquí durante el día.

—A mí también me gustaría saber por qué —dijo, manteniendo la voz en un murmullo. Levantó una ramita de algo verde y la agitó delante de ella.

—Quiero probar la planta mágica de Ugolino.

Esta vez el escalofrío fue de verdad. Un apuesto laird se abalanzó sobre ella para robarle un beso. Qué broche de oro para una velada en la que a nadie se le había ocurrido llamarla ratón.

—¿Quieres besarme?

—Así es. —Ella captó el destello de una sonrisa imprudente antes de que él cerrara la puerta de un portazo, atrapándola en la oscuridad, palpitante de expectación. En la habitación cerrada, el aroma a pino de la vegetación navideña que rodeaba las paredes era lo bastante embriagador como para marearla.

O quizás las ramas de pino no tenían nada que ver con su mareo.

—Nunca me habían besado antes —dijo en voz baja.

Su gemido provenía de algún lugar por encima de ella. Se había acercado. Sus ojos se ajustaron lentamente y distinguió la forma de su cuerpo alto y delgado contra el negro.

—¿Y todos esos besos bajo el muérdago de los que me hablaste?

—Tenía unos seis años. No creo que cuenten. —Hizo una pausa—. Supongo que encuentras chocante que nunca haya besado a un hombre como lo hace una mujer.

—No, impactante no, excitante. —Cuando él le rodeó la cara con las manos, se le quedó el aire en la garganta—. Y cruel cuando solo te tengo para mí durante un minuto o dos.

Las manos que le acariciaban la cara eran inestables y él estaba lo bastante cerca para que ella pudiera oír el ritmo errático de su respiración. Ni en sus sueños más salvajes había imaginado a Brody Girvan diciendo tales cosas o temblando de necesidad por ella...

El Brody de sus fantasías de niña había sido una criatura malhumorada, que soltaba mala poesía y suplicaba por el privilegio de cogerla de la mano. La versión real era mucho más

dinámica y excitante. Menos mal que ya no lo amaba, de lo contrario se habría vuelto loca y probablemente habría hecho alguna estupidez...

—Será mejor que aproveches esta oportunidad —se sobresaltó al oírse decir. La antigua Elspeth nunca se habría atrevido a alentar las atenciones de un joven. Parecía que el cambio de peinado y de ropa también había cambiado algunas otras cosas.

Y ya era hora.

—No tienes que pedírmelo dos veces, mi amor. —Con una risa ronca, le levantó la cara y rozó sus labios con los de ella.

Su primer beso. Y de un hombre tan hermoso como Brody. Qué maravilla. Un hormigueo la recorrió, tensando su piel y haciendo que los dedos de sus pies se enroscaran en sus zapatillas de raso azul. Le rodeó el cuello con los brazos y enredó los dedos en el sedoso vello de la base del cráneo.

Otro roce de sus labios le arrancó un gemido anhelante y ella se estiró para acercarse más. Esta vez él se demoró en el beso, pasando la lengua por el borde de sus labios...

Elspeth temblaba y sentía que se le iban a caer las rodillas. ¿Había dicho que tenía frío? Dudaba que volviera a tener frío. Un calor delicioso le lamía las venas, haciéndola sentir extraña y maravillosa. Y poderosa.

Brody le soltó la cara y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia su cuerpo. El beso se hizo más intenso e instintivamente ella separó los labios, buscando más de su sabor. Él soltó un profundo gruñido de satisfacción y su lengua se deslizó para bailar contra la de ella.

Qué extraño. Elspeth emitió una protesta ahogada y se puso rígida cuando las oleadas de placer tembloroso que la inundaban se convirtieron en necesidad palpitante...

Levantó la cabeza y, mientras hablaba, su aliento le llegó caliente a la cara. Ella percibió el ahumado matiz a miel del whisky de Fergus, el mismo sabor que había probado en los labios de Brody.

—Esto es una tortura. Quiero tenerte aquí para siempre.

Empezó a desearle de nuevo antes de darse cuenta de lo que había dicho.

—No puedo quedarme. —No intentó ocultar su pesar.

—Lo sé. —No sonaba más feliz que ella—. Pero siempre hay un mañana.

A lo lejos oyó que el reloj del vestíbulo daba las dos, seguido unos segundos después por el suave tintineo del reloj de ormolina de la repisa de la chimenea de esta habitación.

—Hoy.

—Aún mejor. —El acento más grueso le dijo que sonreía—. Pero aún así no te dejaré ir.

A pesar de su inocencia, a pesar de las buenas intenciones expresadas por él, sabía que con una palabra de aliento la habría tumbado de espaldas en la tumbona. Aunque le costara recordarlo, temblando en sus brazos, había besado a Brody como un experimento, no como parte de un compromiso que cambiaría su vida...

—Debes hacerlo. —Con valentía, se puso de puntillas y le besó brevemente en los labios. Entonces ella deslizó sus brazos libres y se volvió para abrir la puerta.

—¿Es seguro que nos vayamos? —murmuró mientras le besaba el cuello. Una oleada de sensaciones la recorrió y su respiración se entrecortó en un gemido ahogado. ¿Quién iba a decir que su cuello era un punto tan sensible?

—Sí... —Hizo una pausa, luego empujó la puerta hacia adelante hasta que solo un rayo de luz brilló a través de ella—. No.

—¿Estás realmente en paz con la decisión de tu padre, *mo chridhe*? —La profunda voz de Fergus era claramente audible desde el pasillo exterior.

—Sí, *certo* —dijo Marina. Ella y su marido estaban al pie de la escalera—. Fue una sorpresa, claro, pero Giulia parece una buena mujer, y no hay duda de que se quieren.

—Sí, está enamorado, sin duda. Pero Ugolino y tú habéis estado solos como familia durante mucho tiempo. Esta mujer está ocupando el lugar de tu madre.

—Caro, es muy amable de tu parte preocuparte por mí.

—Claro que me preocupo por ti, cabeza de chorlito. Te quiero.

—Y yo a ti, Mackinnon.

Hubo una pausa cuando Elspeth adivinó que la pareja se estaba besando. Era un momento privado. Se movió incómoda y sintió que Brody le rodeaba la cintura con el brazo. Él se inclinó para mordisquearle otra línea de besos en el cuello, y ella contuvo un grito ahogado cuando una plétora de terminaciones nerviosas cobró vida. Sus pezones se endurecieron contra la suave hierba de su camisa y los lugares secretos de su cuerpo se ablandaron y se volvieron líquidos.

—Basta —dijo de un tirón.

Como era de esperar, eso provocó otro beso, esta vez por debajo de la línea del cabello. Le temblaron las rodillas y se desplomó, agradecida de que el fuerte brazo de él la mantuviera erguida. Sería demasiado humillante desplomarse en un montón de placer femenino a sus pies.

—Podría haber dado la noticia mejor —dijo Fergus con un toque de tristeza.

—Conociendo a papá, esperaba evitar una escena presentándonos un hecho consumado. Sin embargo, me dio alguna advertencia. Antes de casarnos, me dijo que volvería a Florencia para encontrar una viuda agradable y cómoda. Yo había sido demasiado egoísta para darme cuenta de que se sentía solo, viajando conmigo como única compañía.

—Oh, tienes un corazón tan generoso, Marina. Me avergüenzas.

—Cielo, sube conmigo ahora, y si eres bueno, te mostraré lo generoso que soy, mi fino laird de las Highlands.

Se rio suavemente.

—Siempre soy bueno, *mo chridhe*. ¿Aún no te has dado cuenta?

—¡Oh, qué arrogante! —Su voz se apagó mientras subían las escaleras—. Por suerte para ti también eres encantador.

Cuando estuvo segura de que Marina y Fergus se habían marchado, Elspeth abrió la puerta con cuidado.

—Tengo que irme antes de que los criados empiecen a soplar las velas.

—Lo sé —dijo Brody, con el calor de su cuerpo quemándole la espalda. Volvió a besarle el cuello, con resultados previsibles. Cielo santo, ¿cómo iba a dormir después de toda esta excitación?

—¿Quieres dejar de hacer eso? —siseó ella, moviéndose contra él y haciéndole gemir.

—Te gusta.

—Claro que me gusta —dijo impaciente—. Ese es el problema.

Se rio.

—¡Shh!

Volvió a bajar la voz.

—¿Te veré mañana?

—Por supuesto.

Él seguía sin soltarla, aunque su agarre se estaba aflojando. Ella podía irse si quería, pero se estaba divirtiendo demasiado en ese momento. La perspectiva de que se fuera le hacía infeliz. Qué glorioso. Después de ignorarla durante tanto tiempo, no pudo evitar disfrutar de su repentino interés...

—¿Así sola?

—Ya veremos. En todos los años que había anhelado a Brody Girvan a través de una distancia insalvable, nunca había imaginado que se sentiría lo suficientemente valiente como para burlarse de él. Esta noche la distancia se redujo a nada.

Ella sabía que lo que estaban haciendo era un juego. Ninguno de los dos se lo tomaba en serio. Pero le habían encantado sus besos, y esperaba que la besara de nuevo antes de que acabaran las Navidades.

El deseo se hizo realidad antes de lo que ella esperaba. Brody le dio la vuelta y la besó en los labios.

—Deberías irte.

—Debería. —Realmente, ella tendría que hacer algo para fortalecer sus piernas si él iba a hacer un hábito de besarla. Sus rodillas estaban imitando cuerda mojada de nuevo—. Buenas noches, Brody.

—Buenas noches, *mo chridhe*.

Ella se estremeció en su abrazo. Él la llamaba su corazón y ella sabía que no lo decía en serio, como Fergus cuando usaba ese cariñoso adjetivo con Marina. Incluso una inocente como Elspeth entendía que las declaraciones poco sinceras formaban parte de un flirteo, pero esta le llegaba demasiado al hueso...

Le temblaba la voz al hablar.

—Trae tu muérdago la próxima vez que nos veamos.

—Está en mi bolsillo y ahí se quedará. —Su suave acento de las Highlands se hizo más cálido y profundo...

—Bien. Nunca se sabe, puede ser útil. —Hizo una pausa—. Por otra parte, puede que no.

—Elspeth, tú pequeña...

Se desató y esta vez salió del matinal sin que él se interpusiera. Brody no la siguió, lo cual fue una suerte. Las criadas, Kirsty y Rowena, salieron del vestíbulo con bandejas de vasos sucios...

Elspeth deseó buenas noches a las chicas y rezó para que la frágil luz de las velas ocultara cualquier indicio de que acababa de disfrutar de un beso de un pícaro laird.

O tal vez no lo suficiente. Volvió a estremecerse -había sido una noche bastante fría en general- recordando aquel momento extraño pero salvajemente excitante en el que la lengua de él se había introducido en su boca. Nunca se había imaginado a nadie haciendo algo así, pero saborearlo tan profundamente, por fugaz que fuera la incursión, había despertado su interés carnal. Lo que había sentido en los brazos de Brody estaba a un millón de kilómetros de sus fantasías cachondas.

Al menos esta noche había desterrado para siempre esos absurdos juveniles. Su dificultad ahora era evitar volverse adicta a sus caricias y asegurarse de que él no confundiera su voluntad de intercambiar unos besos juguetones con un deseo de ir más allá. Si la comprometía aquí, en una fiesta familiar, el resultado inevitable sería una proposición de matrimonio...

Perseguir un flirteo y preservar su virtud exigía un arriesgado equilibrio, por el bien de él y por el de ella. Elspeth no tenía intención de aceptar a un novio reacio.

Su curiosidad sensual tendría que seguir insatisfecha. Una conclusión tan inoportuna como inevitable.

¿Pero más besos? Más besos, si ella tenía cuidado, debería ser lo suficientemente seguro.

Cuando subió al rellano de la escalera y se dirigió a su habitación con pies más ligeros que el aire, sus labios se curvaron en una sonrisa codiciosa.

Capítulo 10

Al día siguiente el tiempo mejoró lo suficiente como para permitir el paseo prometido. Brody se alegró de salir del castillo. Por muy grande que fuera el alojamiento, los días encerrado dentro eran difíciles para un hombre de hábitos activos. Agradeció la oportunidad de galopar por las laderas cubiertas de nieve, de contemplar las amplias vistas de la finca de su primo y de respirar el aire de la montaña.

Por no hablar de la oportunidad de atraer a Elspeth lejos para más besos.

Hacía años que no perseguía a una dama sin más propósito que besarla. Para su vergüenza, tenía que remontarse a cuando tenía catorce años y estaba locamente enamorado de la guapa hija del molinero de Invermackie...

La bonita Polly Macrae seguía tan rolliza como una paloma. Vivía feliz en la finca con su marido John Robertson, el herrero, y cuatro hijos pelirrojos. El interés de Brody por Polly hacía tiempo que se había desvanecido, pero había conservado su temprana debilidad por un brazo suave de una mujer dulce. Un brazo suave como el de Elspeth Douglas. ¿Por qué diablos había tardado tanto en darse cuenta de que la hermana de Hamish era perfecta para él?

La perspectiva de poseerla le había mantenido despierto la mayor parte de la noche, picado por la frustración. Pero estaba dispuesto a superar su impaciencia y esperar hasta que fuera suya. Entonces, que el cielo la ayudara, se dispondría a satisfacer un apetito que no había hecho más que aumentar tras los atormentadores y deliciosos besos de la noche anterior.

Cuando la atrajo a la sala matinal, sabía que solo pasarían unos minutos juntos. Tenía que controlar sus pasiones. Ese plan había durado unos diez segundos, hasta el primer roce inocente de sus labios. La tentación de devorar su boca y explorar aquel cuerpo delicioso casi lo abrumaba. Seguramente el mismísimo Satanás había esculpido aquellas sinuosas curvas.

Se las había arreglado para comportarse como un caballero, o todo lo caballero que podía ser un muchacho que besaba a una mujer de buena familia a puerta cerrada. Pero mantener la reserva le había llevado al límite. Si Elspeth había prometido casarse con él, más le valía estar preparado para una ceremonia rápida. De lo contrario, temía que no fuera virgen la noche de bodas.

—¿Estás bien, primo? —preguntó Fergus con curiosidad, trotando sobre la gran yegua gris que siempre montaba.

—No he dormido muy bien —admitió Brody.

Sus vaporosas fantasías con Elspeth le mantenían rezagado respecto al resto del grupo. Por delante, los jinetes se alineaban en la ladera nevada. Todos habían salido esta tarde, excepto Ugolino y Giulia, que descansaban tras su largo viaje. Los niños se perseguían en sus ponis. Prudence y Charity cabalgaban juntas, con *lady* Glen Lyon un poco más atrás junto a Donald y

Charles. Marina galopaba delante. Brody se sorprendió de que Fergus no estuviera a su lado, como solía estarlo.

Elspeth se había ido con los demás. Ahora no podía verla.

Tampoco pudo ver a Diarmid. La sospecha le apuñaló con un tenedor afilado. ¿Estaba practicando sus nuevas habilidades besuconas con su apuesto primo? Brody decidió entonces que no toleraría ningún retraso a la hora de poner su anillo en el dedo de la chica. Mañana era Nochebuena. ¿Qué mejor día para pedirle matrimonio?

Él no era un romántico por naturaleza, pero sabía que Elspeth sí lo era. Todos los libros que devoraba estaban llenos de hazañas y héroes más grandes que la vida. Tenía que pedir su mano con el garbo adecuado.

Una vez que hubiera aceptado, debería dejar que esa serpiente de Diarmid intentara mirarla de reojo. Golpearía al bastardo hasta hacerlo papilla.

—¿Me has oído? —preguntó Fergus.

Con un sobresalto, Brody se dio cuenta de que su mente había divagado. Desde los tiempos de Polly, ninguna mujer le había distraído tanto.

—¿Qué estabas diciendo?

—Decía que no eres tú mismo estas Navidades. Lo que acaba de pasar lo demuestra. ¿Pasa algo?

Brody había asumido que había estado ocultando su reciente inquietud a sus amigos. Resultó que se había equivocado.

—Estoy pensando en hacer algunos cambios.

—¿Una nueva amante?

No podía culpar a Fergus por llegar a esa conclusión. Con un suspiro, decidió confesar sus planes. Se lo había dicho a Hamish, después de todo. Fergus también merecía saberlo.

—Una nueva esposa.

—Oh, es una gran noticia. —Fergus parecía encantado—. ¿Hay que felicitarte, viejo? ¿Quién es la afortunada? No había oído que estuvieras cortejando a nadie. Supongo que es una dama que conociste en Edimburgo.

Marina ya se había dado cuenta de su interés por Elspeth. Le sorprendió que no le hubiera confiado la noticia a Fergus.

—No en Edimburgo. Una vieja conexión familiar.

Fergus frunció el ceño.

—No me imagino quién.

Brody también frunció el ceño.

—Elspeth Douglas, por supuesto.

—¿Elspeth? —Fergus sonaba sorprendido. Y no especialmente complacido. Con una sensación de hundimiento, Brody reconoció una reacción similar a la de Hamish.

—Es una buena chica.

—Sí, lo es.

—Y será una buena esposa.

—Lo hará.

El silencio que se hizo fue tan aplastante como un desprendimiento de rocas. Finalmente Brody no pudo soportarlo más.

—Me vas a decir que soy demasiado egoísta y superficial para hacerla feliz.

Los rasgos cincelados de Fergus podían volverse atterradoramente severos. Nunca se había parecido tanto al laird de Achnasheen dictando sentencia como cuando, tras una pausa pegajosa, respondió.

—Creo que te conozco mejor que nadie.

—Sí —dijo Brody con cautela, consciente de que no era probable que un comentario así desembocara en una expresión de apoyo incondicional—. Es verdad.

—¿Quieres a Elspeth?

Brody volvió a fruncir el ceño. ¿Amor? Ni siquiera había pensado en ello.

—Te lo dije: ella es perfecta para mí.

—¿Pero la amas?

—Quiero hacerla mi esposa. Quiero vivir con ella hasta que sea viejo. Quiero que sea la madre de mis hijos. Si eso es amor, entonces la amo.

—Oh, es un comienzo, supongo. —Los sagaces ojos grises de Fergus se fijaron en él—. Pero si quieres mi consejo, no te casarás con esta chica a menos que la ames con todo tu corazón. Es lo que ella se merece. Si no la amas así, nunca la harás feliz.

Brody se movió incómodo en la silla. Nunca había tenido una conversación así con su primo. Ni con nadie. Su madre había muerto hacía tanto tiempo, y su padre, a pesar de ser un gran hombre y un buen señor, había evitado cualquier conversación incómoda sobre emociones.

—Quiero hacer lo correcto por ella. Seré fiel, no importa lo que piense Hamish.

Los ojos de Fergus se entrecerraron.

—¿Has hablado con Hamish?

—Sí. Tampoco está a favor del partido.

—¿Y qué dice la pequeña Elspeth?

Sus manos apretaron las riendas de Perseo. Esperaba que ella no estuviera diciendo «Bésame, Diarmid» ahora mismo.

—Aún no se lo he pedido. Me ha dado razones para tener esperanzas.

Una chica como Elspeth no besaría a un chico a menos que tuviera buenas intenciones. No era una coqueta empedernida como Brody.

Fergus aún parecía estar sentenciando a un ganadero ladrón de ovejas.

—Eres mi primo y mi amigo, Brody, pero si le rompes el corazón a esta chica, nunca te lo perdonaré.

—Dejaré mis costumbres salvajes. —Brody miró con el ceño fruncido al hombre alto y

de pelo castaño que cabalgaba a su lado—. Tengo algún honor.

Fergus parecía poco convencido.

—Hay más formas de herir a una mujer que tomar una amante.

He Supongo que sí, aunque no había pensado mucho en ello. Lo que no significaba que le gustara ver la lástima en los ojos de Fergus, como si su primo estuviera seguro de que Brody no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo...

—Estoy deseando casarme con Elspeth y demostraros a ti y a Hamish que puedo ser un marido ejemplar —respondió malhumorado.

—Asegúrate de hacerlo —dijo su primo, impulsando a su caballo al galope.

Brody se quedó mirando detrás de Fergus. Maldita sea, desde que se casó con Marina, su primo tenía amor en el cerebro. Y en algunas otras partes de su cuerpo también, apostaría. Marina y Fergus apenas podían quitarse las manos de encima, incluso después de más de un año juntos.

Si la lujuria era amor, sin duda él amaba a Elspeth. Pero tenía la sombría sospecha de que su primo hablaba de algo más profundo que el mero placer físico. Solo Dios sabía de qué. Hasta ahora, Brody se había contentado con rozar los límites de la emoción intensa. Hamish lo había acusado de superficial. Si no hubiera habido algo de verdad, no le habría dolido tanto.

¿Amaba Brody a Elspeth? Al diablo si lo sabía.

Ciertamente le importaba lo suficiente como para encontrar su ausencia con Diarmid cada vez más molesto.

Entonces debería haberse sentido aliviado al verla trotar de nuevo. Pero ella y Diarmid cabalgaban demasiado juntos, y la amistad entre ellos era demasiado evidente para que Brody se sintiera reconfortado por su reaparición. Clavó los talones en los costados de su caballo y galopó hacia donde los primos reían juntos...

—¿Ves algo interesante? Intentó sonar despreocupado, pero la pregunta iba acompañada de una nota sarcástica que hizo que Elspeth lanzara una mirada curiosa en su dirección. Estaba preciosa. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío y los vivos colores de la bufanda de cachemir que llevaba en la cabeza hacían resaltar sus brillantes ojos oscuros y su piel cremosa.

Diarmid le dirigió una mirada socarrona, como si percibiera las escabrosas sospechas que rondaban por la mente de Brody.

—Sí, tuvimos un interludio delicioso —dijo con voz sedosa—. Rara vez tengo a Elspeth para mí solo.

Y pensar que Brody había considerado amigo a aquel sapo baboso. Sus manos tiraron de las riendas, haciendo que Perseo se tambalease sobre la nieve en una protesta equina. La expresión de Elspeth seguía siendo de desconcierto. Para su alivio, no parecía una mujer a la que acabaran de besar...

—Diarmid me enseñó las vistas de Skye. Puedes ver los Cuillins desde donde

estábamos.

Malditos sean los Cuillins.

—Ya lo creo. —Brody deseó no sonar como un colegial enfurruñado...

Los tres se acomodaron en un tranquilo paseo, los primos recordando las vacaciones de la infancia. Brody sospechaba que Diarmid había elegido el tema para excluirle. Tras varios intentos infructuosos de Elspeth por atraerle a la conversación, le dejó solo.

En la cima de la colina se reunieron con el resto del grupo. Era uno de los lugares favoritos de Brody en la finca de su primo. El terreno se extendía hasta las torretas y almenas del castillo, con el mar y la isla de Skye a lo lejos.

—Aquí pinté mi primer cuadro de Achnasheen —dijo Marina con una sonrisa nostálgica.

—Sí, seguiste mi consejo en eso, pero no en mucho más —dijo Fergus secamente, acercándose a ella para apretarle la mano donde yacía suelta sobre las riendas.

—Por aquel entonces, aún no había descubierto que siempre tienes razón en todo, Caro. Sus ojos se entrecerraron en ella.

—No lo dices en serio.

Batió las pestañas teatralmente.

—¿No?

Se rio.

Brody se volvió hacia el resto del grupo.

—¿Alguien está interesado en una carrera? Es llano todo el camino hasta el acantilado, así que tendremos una pelea. —Levantó la voz para que los niños pudieran oírle—. Los niños van primero.

La sugerencia recibió una respuesta entusiasta. Mientras los miembros más jóvenes del grupo salían al galope, Diarmid empujó su caballo hacia delante, listo para la siguiente ronda.

—¿Quieres correr? —preguntó Elspeth a Brody cuando este no se movió.

—Oh, no. —Sacudió la cabeza—. Quiero estar a solas contigo.

Frunció el ceño en señal de desaprobación.

—No lo parece. Pareces fuera de ti.

Desde que Diarmid se había alejado del alcance de sus oídos, Brody ya no era tan gruñón como antes. Normalmente se le describía como un compañero tranquilo. Estos últimos cambios de humor le dejaban confuso y nervioso.

—No me gusta que te vayas con Diarmid —murmuró.

—Él es mi primo.

—Ya lo sé. Pero tiene su encanto con las damas. No puedo imaginar por qué. Es un maldito perro aburrido. Siempre hace lo correcto.

—Pensé que eran amigos.

—Si sigue haciéndote ojitos de cordero, seré amigo de una nariz ensangrentada.

Redondeó los ojos y se giró en la silla de montar para estudiarle.

—Dios mío, Brody. No me digas que estás celoso.

Brody nunca se sonrojaba, así que no podía ser un rubor lo que calentaba sus mejillas.

—¿Intentó besarte?

Ella seguía mirándole como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez lo había hecho. Si el amor significaba que la mente de un chico se desintegraba, ahora podía decirle a Fergus que estaba enamorado...

—Eso no es asunto suyo —dijo ella con frialdad, en un tono que él no habría creído oír de la jubilada señorita Elspeth Douglas hace dos días.

Cogió su brida.

—Muéstrame la vista de Skye.

—Puedes ver a Skye desde aquí —dijo con un resoplido desdeñoso.

Su mandíbula se endureció.

—Quiero ver la vista que Diarmid te mostró.

—Las rocas no cuentan cuentos —le espetó ella, manteniendo la voz baja para no llamar la atención—. Allí no encontrarás pruebas de flirteo.

No es que sus compañeros le prestaran atención. Estaban demasiado ocupados empujando a los niños chillones que corrían por la cresta...

—No, pero encontraré una chica que necesite un buen beso.

Se encogió de hombros despectivamente.

—No estoy segura de querer besarte cuando estás en este extraño humor...

—¿Me estás desafiando, Elspeth? —preguntó en voz baja y peligrosa.

Ella arqueó las cejas.

—No, estoy tratando de ponerte en tu lugar.

Él le sonrió, de repente ilógicamente feliz.

—Oh, lassie, mi lugar está en tus brazos.

—No si quieres pisotear como un oso enfadado, no lo es.

Agarró con fuerza la brida de su caballo.

—Prometo no dar más pisotones.

Le dirigió una mirada escrutadora. Algo en su rostro debió convencerla de que cediera, porque una leve sonrisa curvó aquellos labios rosados y deliciosos.

—En ese caso, Brody, puedes mostrarme la vista. Creo que será inolvidable.

Soltó una sonora carcajada de alegría -y un grado de alivio que se negaba a admitir- y dirigió sus caballos hacia los árboles helados.

—Me ocuparé de ello, mi niña bonita.

Capítulo 11

Elsbeth se esforzó por ocultar una sonrisa de suficiencia mientras Brody conducía su caballo a través de un bosquecillo de pinos escoceses y salía a la ladera, donde las huellas de los cascos en la nieve mostraban cómo Diarmid y ella habían tomado caminos separados. Si Brody la sorprendía demasiado satisfecha de sí misma, podría adivinar lo mucho que disfrutaba con sus sorprendentes celos...

Celos de ella. La sencilla y tímida Elspeth Douglas, el último pensamiento de la familia...

Anoche había decidido que los besos de Brody eran lo más delicioso que le había pasado nunca. Por el momento, su furiosa reacción al irse con Diarmid le estaba haciendo la competencia a esos besos...

Qué loco era Brody al preocuparse por Diarmid? Diarmid la protegía porque era su primo, no porque estuviera románticamente interesado en ella.

La irritada respuesta de Brody acabó con la teoría de su madre de que solo la perseguía porque no había nadie más atractiva. Cuando le preguntó qué había hecho con su primo, su temperamento casi se había evaporado.

Era indigno de ella regodearse, pero Elspeth no sería humana si no disfrutara de su confusión. Lo irónico era que, si hubiera seguido siendo aquella martillo pilón enamorada, a él le habría dado igual dónde le hubiera dado sus besos.

Este juego de coqueteo con Brody se volvía más intrigante por momentos.

Llevó a los caballos a una hondonada y desmontó con la gracia fácil que siempre había hecho que su yo más joven se desmayara de placer. La potencia suave y controlada de su descenso tuvo un efecto similar en la nueva Elspeth. Aunque se negó a desmayarse por miedo a perderse lo que vendría después.

—No veo a los Cuillins —se quejó, solo para atormentarle un poco más. Qué gatita se estaba volviendo.

Un gato era mejor que un ratón, por Dios.

—Oh, has visto a los Cuillins cientos de veces —gruñó, acercándose y agarrándola por la cintura. Su despiadado agarre le heló la sangre.

—Dijiste que me lo enseñarías. —Apoyó las manos enguantadas en sus anchos hombros.

La miró fijamente a la cara. Bajo el ala rizada de su sombrero, el fuego de sus ojos verdes amenazaba con derretir cada mancha de nieve de esta ladera.

—No necesitas ver los Cuillins cuando tengo la intención de mostrarte el paraíso.

—Valientes palabras —se burló, pero el temblor de su voz delataba el deseo que la recorría—. ¿Tienes tu muérdago?

—Al diablo con el muérdago. —La levantó de la silla para dejarla en el suelo nevado—. Bésame, Elspeth. Es en ti en lo único que pienso desde anoche.

Cielo santo. Ni siquiera la nueva Elspeth era capaz de resistirse a aquella apasionada declaración. Con un suspiro de rendición, curvó su cuerpo hacia el de él y enredó los dedos en su salvaje mata de rizos oscuros. El aire era frío y él era irresistiblemente cálido.

Le bajó la cabeza hasta que sus labios se encontraron con los suyos. Esta vez no tuvo que insistir. Su boca se abrió sobre la de ella y su grito de placer instantáneo invitó a la lengua de él a entrar en su boca. Ella sintió como si él intentara penetrarla. Con un gemido ahogado, se acurrucó más...

Levantó la cabeza.

—Devuélveme el beso, Elspeth.

Se lamió los labios. Después de la noche anterior, reconoció el sabor como el de Brody. Gimió y cerró los ojos un momento. Luego la cogió en brazos y empezó a pellizcarle y a jugar con sus labios, metiéndose el labio inferior en la boca y usando los dientes para provocarle un cosquilleo. Para cuando se atrevió a imitar lo que él hacía, estaba temblando y sus piernas eran tan poco fiables como siempre.

—Sí —murmuró—. Sí, eso es, Lassie.

Los besos se convirtieron en una provocadora competición que hizo que su corazón se acelerara de excitación. Cada roce avivaba el calor entre ellos hasta que él la levantó de puntillas y le llevó la boca a la suya. Esta vez, ella respondió al movimiento de su lengua con un movimiento de la suya. La emoción la dejó conmovida, excitada y deseosa de más.

Más...

Más la llevaron por caminos prohibidos. Incluso a través de la niebla de sensaciones carnales, Elspeth mantenía el suficiente contacto con la realidad como para saber que aquel apasionado beso la había llevado más allá del límite de la seguridad y a un territorio realmente peligroso. Lo que no le impidió soltar un pequeño gemido de decepción cuando se apartó de la cálida oscuridad del beso de Brody.

Sus manos se tensaron y ella quedó libre. Pero sus rodillas amenazaban con doblarse y se tambaleó. El frío de la nieve se filtró a través de sus botas y resbaló en el suelo helado.

—Que Dios me ayude —murmuró. La agarró por la cintura, evitando que se cayera. Al encontrarse con sus fieros ojos verdes, supo que él quería besarla de nuevo...

—No, Brody —dijo Elspeth temblorosamente, poniendo una mano igualmente temblorosa sobre su poderoso pecho.

Llevaba ropa de montar inglesa en lugar de su falda escocesa. El calor de su cuerpo irradiaba a través de la tela negra superfina, calentando la palma de su guante. En este día helado, la tentación de acurrucarse junto a él y tomar el sol como un gato frente al fuego era casi

irresistible.

Pero ya no era tan inocente como la noche anterior, cuando él la besó. A su pesar, sabía que cualquier toma de sol prometía más problemas de los que podía manejar.

—Lo sé. Estamos en medio de una ladera nevada y la mayor parte de tu familia está al otro lado de la cresta. —Brody parecía avergonzado y decepcionado, y endiabladamente encantador, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente. Una parte temeraria de ella quería rogarle que volviera a besarla, al Hades con las consecuencias.

—He llevado las cosas demasiado lejos. La próxima vez que hagamos esto, deberíamos estar dentro.

Dejó escapar una risa ahogada.

—Sería mucho más prudente que no lo volviéramos a hacer.

Sus expresivas cejas negras se juntaron y la estudió por debajo de aquella nariz señorial.

—No lo dices en serio.

—Debería. —Esperaba que él hubiera entendido que su flirteo era una mera distracción, pero la pasión de aquel beso le hizo preguntarse si no tendría que poner algunas reglas—. Brody, yo no...

La sonrisa afectuosa que torcía sus labios no hacía sino aumentar su encanto. Luchó contra el presentimiento de que estaba condenada a caer de nuevo bajo su hechizo.

No, nunca. ¿Qué demonios quería decir? Elspeth se negaba a confundir unos besos con toda una vida de devoción. Se estremecía ante la idea de volver a ser aquella criatura húmeda que suspiraba a la menor mirada de él. Estas Navidades, flirtear con Brody era una diversión, un soplo a la vanidad que había sido magullada con demasiada frecuencia y dureza. No era una puerta a nada permanente.

—¿Quieres decir que no vas a convertirte en mi amante?

La oleada de alivio hizo que sus rodillas se tambalearan de nuevo. Él comprendió.

—Eso es lo que estoy diciendo.

—Tengo algunos principios. —Dio un gruñido de irónica diversión—. De todos modos, Hamish tendría mis tripas por ligas si sedujera a su hermana.

—Lo haría. —Hizo una pausa—. Sin mencionar que la hermana podría tener algunas objeciones propias.

La afirmación era pura bravuconada. Así que se había tomado a la ligera la atracción que existía entre ellos. Ella tenía la sombría sensación de que si Brody alguna vez hacía un movimiento hacia ella con verdadera intención, se derretiría como mantequilla al sol. Su virtud, un pilar irreflexivo de su existencia, no sobreviviría a los primeros cinco minutos.

Hizo una pausa, como si se dispusiera a decir algo importante. Aunque ella no podía imaginar qué podía ser. Brody Girvan no hacía declaraciones trascendentales. Otra razón por la que sus sueños de declaraciones de amor eterno habían sido una tontería. A Brody le gustaba

patinar por la superficie de la vida. Lo que le convertía en el candidato ideal para una chica que probaba sus alas con un hombre por primera vez.

O eso creía Elspeth, hasta que el beso de hoy se había convertido en un hambre que la asustaba y la intrigaba a la vez.

—Ahí estáis. ¿Por qué os escondéis aquí?

La alegre voz de Hamish cortó la atmósfera ominosa entre Elspeth y Brody como un cuchillo a través de una cuerda. Brody se apartó de ella y se volvió hacia su hermano.

—Elspeth quería ver a los Cuillins.

Hamish galopó hacia ellos montado en un excelente caballo castrado alazán.

—No se ven los Cuillins desde aquí. Tenéis que subir la siguiente colina.

Elspeth forzó una sonrisa y rezó para no parecer tan desaliñada como se sentía.

—Pensé que mi caballo estaba cojo, así que nos detuvimos para comprobarlo. Resulta que está bien.

¿Alguna vez le había mentido a Hamish? No lo creía. Brody ya había tenido un efecto perjudicial en su moral...

Hamish dirigió a Brody una mirada significativa y no del todo amistosa. Oh, vaya, quizás parecía tan desaliñada como había temido. Qué vergüenza.

—¿Es así? —Hamish no esperó respuesta—. Todo el mundo va a volver al castillo para tomar vino caliente y cantar villancicos. ¿Vienes?

—Por supuesto —contestó Brody con una facilidad que a ella le molestaba, por poco razonable que fuera. Su desenfado era un incómodo recordatorio de que la intriga romántica era su pan de cada día. Elspeth Douglas no era más que otra dama de una larga lista. Le seguirían muchas conquistas más.

Cuando él le agarró la cintura, ella no pudo evitar ponerse rígida...

—¿Qué pasa? —susurró.

—Nada —respondió ella en voz baja, sabiendo que estaba siendo absurda. Él no le debía nada, y mucho menos lealtad eterna.

Aquellos ojos verdes buscaron.

—¿Estás seguro?

—Hamish está mirando.

—Ah. —Habló más alto—. Déjame ayudarte a subir a tu montura, Elspeth.

Con facilidad, la arrojó a la silla y le entregó las riendas.

—Nos vemos esta noche en la biblioteca —murmuró mientras comprobaba los estribos.

Sus manos se tensaron sobre las riendas.

—Esa no es una buena idea.

—No, no es una buena idea. —La brillante sonrisa que le dedicó hizo que su tonto corazón diera volteretas, y eso también la molestó—. Es una idea excelente.

—Brody...

Le cogió la mano enguantada y se la apretó. Aquellos ojos brillantes buscaron los suyos y los sostuvieron. Se le hizo un nudo en la garganta y la cabeza se le llenó de mil posibilidades extravagantes. Por un momento, no parecía un hombre que diera por sentadas las cosas buenas de la vida. Parecía un hombre estirado hasta la agonía en el potro del deseo.

—Por favor.

Sus labios se entreabrieron mientras luchaba por mantener el control de la realidad. Se resistía a confiar en sus instintos sobre Brody. Después de todo, hace unos días ni siquiera estaba segura de que supiera su nombre.

—Tal vez.

—Daos prisa, vosotros dos —espetó Hamish—. Hace más frío que la teta de una bruja aquí afuera.

Elsbeth por fin tenía algo más a lo que culpar de su sonrojo que a los besos.

—¡Hamish!

Se encogió de hombros, indiferente a su reprimenda.

—Me has oído decir cosas peores.

—A mi pesar, lo he hecho. Y no es nada de lo que estar orgulloso.

Brody se inclinó para recoger su sombrero de castor de copa plana. Oh, vaya. Debía de habérselo caído al besarle. Cómo esperaba que su diabólicamente inteligente hermano no se preguntara qué había hecho que se le cayera el sombrero a Brody. O que el pelo de Brody cayera en desordenadas ondas de ébano sobre su cara.

Lanzó una rápida mirada al rostro de su hermano y vio que sus esperanzas eran en vano. El calor le escocía en las mejillas mientras hacía ademán de acariciar a su caballo...

—Vámonos. —La voz de Hamish era tan fría como la nieve que se extendía a su alrededor. Sin esperar a que Brody montara, dio media vuelta y se alejó al galope. Para guardar las apariencias, por inútil que fuera el gesto, Elsbeth instó a su yegua a que la siguiera.

Capítulo 12

Era tarde cuando Brody vio a Elspeth salir del vestíbulo. Solo él la miró. La gente había estado yendo y viniendo toda la noche. Después de la cena, los invitados se habían dividido en grupos más pequeños y se habían dispersado por toda la casa, ayudando a sus malvados planes...

Como mañana era Nochebuena, los niños se quedaron hasta tarde en el vestíbulo, jugando a juegos como la gallinita ciega bajo la mirada indulgente —y la participación ocasional— de sus padres. Marina estaba sentada en el sofá junto al fuego, dibujando y manteniendo una conversación incoherente con *lady* Glen Lyon. Elspeth había jugueteado con algunos villancicos en el piano y luego se había retirado a un sillón con un libro. Fergus, Hamish y Diarmid estaban en la sala de billar. No tenía ni idea de adónde habían ido Ugolino y Giulia. Probablemente a algún rincón lejano del castillo, susurrándose dulces palabras en italiano.

Dondequiera que estuvieran, no les costaría encontrar una ramita de muérdago para animar sus besos. Antes de la cabalgata, todo el grupo había pasado una alegre mañana colgando trocitos de la planta por todo Achnasheen. El regalo de Ugolino había proporcionado mucha diversión y muchas excusas para hacer travesuras. Fergus había perseguido a una risueña Marina escaleras arriba y abajo, agitando un cuchillo y gruñendo como un villano de teatro. Charles y Donald habían arrebatado a sus esposas, mostrando un fervor que sorprendió a Brody. Siempre había descartado a ambos hombres como palos secos.

El caos no se le había pasado por alto. Así que había sido atraído, provocado y regañado para que besara a dos niñas, *lady* Glen Lyon, Giulia, Marina, Charity y Prudence. A todas menos a Elspeth, de hecho. No confiaba en sí mismo para besar a su gorrión sin traicionar intenciones que iban más allá de la autoridad del muérdago.

Toda la noche había luchado por no mirar a Elspeth, aunque sabía exactamente dónde estaba en cada momento. Si la miraba, el hambre en sus ojos le delataría. Era muy difícil luchar contra la tentación de mirarla fijamente, como un erizo de mar hambriento en el escaparate de una panadería...

No había hecho mucho por ayudar. Esta noche la chica estaba más guapa que nunca. Llevaba un vestido amarillo brillante que él no había visto antes, y su pelo era más sencillo que el de la noche anterior. El nudo suelto favorecía sus facciones suaves y le recordaba a una Madonna de Rafael.

Ahora, en aras de la discreción, contuvo su febril impaciencia y esperó diez minutos antes de seguirla. Mientras se movía, Marina levantó la vista y él hizo la mímica de golpear una bola con un taco de billar. Ella asintió, sonrió y volvió a inclinarse sobre su cuaderno de dibujo.

Gracias a Dios, el pasillo estaba vacío. Risas y gritos de emoción resonaban en el

vestíbulo, pero por lo demás el viejo castillo de piedra estaba en silencio...

Brody reflexionó sobre los cambios que los últimos días habían provocado en él. El matrimonio siempre le había parecido una perspectiva lejana y poco atractiva. Nunca había imaginado que la idea de atarse a una mujer le causara tanta excitación...

Hasta que miró a Elspeth y se dio cuenta de que la felicidad había estado a su alcance durante años. Solo que había estado demasiado ciego para verlo. Mañana le pediría que se casara con él. Diablos, había estado a punto de pedirle matrimonio en la colina.

Al abrir la puerta de la biblioteca, la expectación retumbó en su sangre. Anticipación y una pizca de incertidumbre. ¿Estaría Elspeth esperando? ¿O la pasión de la tarde la había hecho retroceder? No podía culparla por retroceder ante el calor que había surgido entre ellos. Le había escandalizado, y él estaba lejos de ser un simple inocente.

No había querido que sus besos se incendiaran como lo habían hecho. Una vez entre sus brazos, la estrategia se había convertido en cenizas y él solo podía pensar en su deseo ardiente. Cuando se casara con él, le demostraría que aquella poderosa atracción no era nada que temer. Por el contrario, su necesidad mutua era algo que celebrar.

La biblioteca estaba poco iluminada y se alegró de ver un fuego ardiendo en la chimenea. Aunque el encuentro de la noche anterior había sido maravilloso, la temperatura de la habitación matinal había amenazado con congelarle las pelotas...

Tardó un momento en localizar a Elspeth. Cuando lo hizo, una sonrisa lenta y satisfecha curvó sus labios.

—Me sorprendes, chica. Estaba convencido de que no volverías a encogerte entre las sombras.

Con una gracia que hizo que su corazón saltara como un cordero recién nacido, se levantó del asiento de la ventana.

—Las sombras son útiles cuando hago cosas que no debería.

Cerró la puerta tras de sí y cruzó la habitación para cogerle la mano.

—Estás temblando.

—Es una locura estar nervioso, lo sé. —Enormes ojos marrones buscaron los suyos—. Me has besado antes, pero esta es la primera vez que nos comprometemos de verdad.

Le gustaba cómo sonaba eso. Una asignación sugería actos traviesos.

Brody se obligó a recordar sus honorables intenciones. Tenía que tratar a Elspeth con cuidado. Era la hermana de su amigo. Era una invitada en casa de su primo. Seguía siendo inocente. Por mucho que quisiera conquistarla, le debía esperar a tener el anillo en el dedo...

—No tienes miedo de verdad, ¿verdad?

—Un agradable revoloteo de nervios, eso es todo. —El humor que curvó sus labios le dio ganas de besarla—. Confío en ti.

Las tres palabras lo rodearon como bandas de acero y lo dejaron sin aliento. No siempre había sido un buen hombre, pero rezaba por ser digno de esta encantadora muchacha de corazón puro y generoso...

—No te fallaré —dijo con voz áspera.

Sonaba como un voto de por vida. Sospechaba que lo era. Un precursor de los votos que haría ante el Ministro en un futuro no muy lejano.

Se inclinó hacia ella y la besó suavemente, sellando su promesa silenciosa de lealtad y protección. Unos labios suaves se movieron bajo los suyos antes de que ella suspirara y se acercara para enterrarle las manos en el pelo, profundizando el contacto.

La excitación, rápida y poderosa, se apoderó de él. Se le escapó un gemido de anhelo cuando la estrechó entre sus brazos. Pronto ella respondió a sus besos voraces con sus propios besos voraces. Cuánto había evolucionado desde aquella inocente asustada que no se atrevía a abrir la boca cuando él la besó por primera vez.

Elspeth había seguido siendo una inocente, aunque era difícil recordarlo cuando lo abrazaba tan fuerte que no cabía una hostia entre los dos. Cuando emitía pequeños sonidos estrangulados de placer femenino que sonaban en sus oídos más dulces que la música. Cuando sus manos ávidas le acariciaban la cara, el cuello, los hombros, el pecho, la espalda. Sentía como si ella quisiera poseerlo solo con el tacto.

Brody, el hastiado hombre de mundo, se estremeció de excitación ante su exploración. La deseaba más de lo que nunca había deseado a ninguna de sus aventureras damas de Edimburgo. Le costó resistir el impulso de tumbarla en el sofá y quitarle el elegante vestido. En lugar de eso, la empujó contra la pared y pasó las manos por su voluptuoso y redondeado cuerpo.

Con creciente placer, descubrió la sinuosa curva de sus pechos y caderas, las voluptuosas nalgas. Cuando sus dedos se hundieron en la suave carne de su trasero, jadeó en su boca. Cómo maldijo las capas de tela que le impedían tocar su piel.

Sabiendo que no debía, Brody empezó a subirle la falda. Esperó a que ella le detuviera, como estaba seguro que haría. Cada centímetro que levantaba la espuma de seda y césped se sentía como una victoria. Hasta que posó la mano sobre el delicioso arco de sus nalgas. Los frágiles calzoncillos aún formaban una barrera burlona, pero cuando amasó una mejilla redonda,

no pudo reprimir un gemido de agradecimiento...

Su aroma floral y femenino era más embriagador que un barril de clarete. La sangre caliente le golpeaba los oídos, haciéndole sordo a todo lo que no fueran sus jadeos ahogados de excitación. Brody la cogió por debajo de las nalgas y la levantó, apretándola contra él. Se estaba torturando por nada. Por mucho que lo deseara, esta noche no podría con Elspeth.

Cuando él la apretó contra su dolorida polla, ella gimió en señal de protesta y se apartó, agarrándose a sus hombros para mantenerse erguida.

—Brody, esto es malo —jadeó.

—Lo sé —gimió él, recorriéndole el cuello con los dientes, deseando que ya estuvieran casados y poder hundirse dentro de ella.

—Tenemos que parar. Se está volviendo... peligroso. —Ella se retorció, lo que no hizo nada para aliviar su excitación, maldita sea—. Por favor... por favor déjame ir.

Ella tenía razón. El calor entre ellos amenazaba con apoderarse de él. Tenía que retroceder o sería demasiado tarde. Nunca había estado tan cerca de la deshonra, pero sus intenciones nunca habían sido tan puras.

—¿Debo hacerlo?

Ella forcejeó de nuevo y luego se detuvo cuando él dejó escapar otro gemido sincero. Los ojos aturridos se aferraron a su rostro. A la luz del fuego, sus labios estaban rojos e hinchados, y su despeinado peinado se debía menos al arte que al tacto de sus manos.

—¿Te estoy haciendo daño?"—Su agarre de las nalgas se endureció mientras enviaba la decencia al Hades. Decencia, cajones y honor. No había planeado poner a prueba los límites de su control esta noche. Lo que lo convertía en un tonto. Debería haber aprendido la lección de los besos salvajes de esta tarde—. Solo porque no puedo tener lo que quiero, lassie.

—Creo que deberías bajarme. —No sonaba muy segura.

—Debería. —Sus manos se tensaron.

—¿Entonces por qué no lo haces?

—Porque no soporto dejarte marchar —admitió con voz ronca.

Volvió a besarla, un duelo de lenguas, labios y dientes que hace un momento la habría asustado. Ahora su hambre se encontraba con la de él. Dios todopoderoso, cuando por fin la llevó a la cama, incendiaron la noche.

Elspeth se apartó del beso y lo miró asombrada.

—Por Dios, Brody, parece que lo dices en serio.

—¿Qué demonios? —Frunció el ceño—. Por supuesto que lo digo en serio.

Una sonrisa de júbilo se dibujó en aquellos labios rojos y carnosos.

—Qué espléndido.

—Te estás regodeando —dijo con una pizca de resentimiento.

—Lo estoy. Ella atrapó sus dedos en el pelo de su cuello y le dio un suave tirón. Eso no debería haber aumentado su excitación, pero lo hizo. Tal vez porque ella lo tocó sin la menor

vacilación—. Estoy muy satisfecho de mí mismo.

Maldiciendo las voluminosas faldas que le impedían el acceso a ella, la enganchó hasta que sus pies colgaron en el aire.

—Estoy sufriendo.

Dos días atrás no había sido para él más que la hermana tímida y libresca de Hamish. Ahora, la mirada burlona que le dirigía bajo sus espesas y oscuras pestañas le hacía estremecer el corazón.

—Excelente.

—Pequeña bruja —gimió—. Bésame otra vez.

Se inclinó hacia ella y la levantó contra la pared, saboreando la forma en que sus muslos se enroscaban alrededor de sus caderas. Por todos los cielos, estaba casi donde él quería. La empujó con las caderas. Mientras Elspeth lo besaba como si fuera el aire que respiraba, tiró con más fuerza de su pelo. El escozor no hizo nada para calmar su palpitante excitación.

Brody la giró y la colocó en el sofá de cuero, llevando las cosas al límite pero sin prolongar más su agonía. Mucho mejor dejarla ir ahora.

Debía de gustarle el dolor, porque sus manos pasaron de su dulce trasero a sus pechos. A través del corpiño, sus pulgares acariciaron las duras puntas de sus pezones...

Al bajarle el vestido, le cubrió el escote con una lluvia de besos. Si no la veía pronto, se volvería loco. Saboreó el valle entre sus pechos, bebiendo el embriagador aroma de su piel, y luego apartó el vestido y la camisa para revelar un pecho blanco y cremoso.

—Por Dios, eres preciosa, Elspeth —murmuró, besando el pezón rosado y fruncido...

Su gemido entrecortado delató su placer antes de que ella se sacudiera debajo de él, empujándole los hombros.

—No podemos, Brody.

—Lo sé —dijo con infinito pesar, chupando ese pico perfecto para aumentar su agonía...

Ella gritó y le enterró las manos en el pelo.

—Basta ya.

—Te gusta.

—Claro que sí, pero podría entrar alguien.

—Tienes razón —dijo una voz burlona desde el otro lado de la habitación—. En efecto, alguien ha entrado.

Brody se incorporó espantado al ver que Marina les observaba desde la puerta cerrada. Incluso en aquel momento de terror, algo en Brody notó que la mujer de su primo no parecía muy sorprendida de encontrarle con Elspeth.

—Maldita sea —murmuró Elspeth. Cuando se incorporó, se toqueteó el corpiño. Brody se levantó del sofá y se apartó de ella.

Le temblaban tanto las manos que no avanzaba mucho. Se quitó el abrigo y se lo dio.

Ella se lo puso sobre los hombros con un murmullo de agradecimiento.

—Estábamos... —empezó.

Los labios de Marina se crisparon.

—Sí, acabas de hacerlo. No estoy segura de que una noche con la casa llena de gente sea el mejor momento para satisfacer tu pasión.

Elspeth se sonrojó como un tomate y se aferró a su capa como si quisiera encogerse en ella y desaparecer.

—Las cosas han ido demasiado lejos.

—No, no lo hicieron —intervino antes de que Marina pudiera malinterpretar aquella precipitada admisión.

El brusco cambio del calor y el deseo a las exigencias de la vida real le hizo retroceder. Se le apretaron las tripas de arrepentimiento y de los restos de excitación. El calor seguía recorriéndole, haciéndole sentir como si su piel fuera demasiado pequeña para contener su cuerpo...

—He venido a avisaros de que Hamish os busca a los dos. —Marina le tendió la mano—. Te llevaré arriba, Elspeth. Unos minutos con un cepillo y un peine y Sandra y yo te tendremos buscando esa cosa de nuevo en poco tiempo.

—Lo siento, Marina. —La miseria en su voz hizo que Brody quisiera golpear la pared. Odiaba ver su vergüenza mientras jugueteaba con su corpiño caído de nuevo, sin mucho efecto—. Debes estar asqueada.

El afecto tolerante calentó la risa de Marina.

—No seas gansa, Cara. Sé cómo la atracción mutua hace desaparecer el resto del mundo. Nada mejor. Por Dios, Fergus y yo tampoco podemos quitarnos las manos de encima.

—Pero no pasa nada. Estás enamorado —murmuró Elspeth, y Brody la miró con dureza. ¿Qué demonios pasaba por esa bonita cabeza? Fuera lo que fuese, no le gustaba.

—Bueno, sí —dijo Marina lentamente, mirando de Brody a Elspeth y viceversa.

Elspeth dio un paso inseguro y se acercó a Brody. Por fin había conseguido cubrirse el pecho.

—Devuélvete el abrigo o la gente se preguntará qué ha pasado.

—Sí, supongo que sí —murmuró él, aún desconcertado por lo que ella había dicho.

—Lo siento, Brody. —Se quitó el abrigo y se lo tendió con mano temblorosa—. Te animé.

—No seas tontita, Elspeth. —La miró con el ceño fruncido, aunque lo que más deseaba era estrecharla entre sus brazos y decirle que todo saldría bien—. A los dos nos atrapó la magia.

—Eres demasiado amable —dijo ella, y él detestó la forma en que se encogió de hombros cuando aceptó la capa.

Al diablo. Esto no era lo que él quería. Elspeth actuó como si hubieran matado a alguien.

Aunque, gracias a Dios, Marina había entrado. Si no lo hubiera hecho, Elspeth ya estaría comprometida. Con la mujer que deseaba tendida bajo él y su pecho en la mano, había estado dispuesto a enviar buenas intenciones al Hades.

—No soy un maldito tipo —espetó Brody.

—No tenemos tiempo para discutir. —Marina pasó el brazo por los hombros de Elspeth y la condujo hacia la puerta—. Te limpiaremos, cara, y nadie se enterará de que Brody y tú os habéis besado.

Maldita sea, habló demasiado pronto. Antes de que Marina pudiera abrir la puerta, esta se abrió de par en par dejando ver a Hamish. A Brody se le hizo un nudo en el estómago de culpa y desesperación. Un minuto más y habrían estado a salvo.

Unos ojos azules brillantes observaron rápidamente a los ocupantes de la habitación antes de detenerse para echar un vistazo más completo.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Brody?

—Todos queríamos hablar lejos de la multitud —dijo Marina, pero ya era demasiado tarde para ocultar lo que había pasado. Brody aún no se había puesto el abrigo y estaba seguro de que su pelo mostraría cómo Elspeth lo había peinado con los dedos. Peor aún, Elspeth se apartó de Marina como una ladrona sorprendida en flagrante delito. Aunque ahora tenía el pecho cubierto, sus labios hinchados por el beso, su cabellera alborotada y su vestido de seda aplastada le daban un aspecto seductor.

—Hamish, no es nada —balbuceó, retorciéndose las manos...

Ignorando su poco convincente intervención, su hermano entró en la biblioteca. Sin miramientos, apartó a Elspeth y Marina de su camino para poder enfrentarse cara a cara con Brody. Estaba indignado.

—¿Qué demonios le has hecho, bastardo? —Los puños de Hamish se cerraron a los lados—. No pudiste detenerte, ¿verdad?

Brody miró fijamente a la cara de su amigo, deseando poder reclamar la superioridad moral. En lugar de eso, la vergüenza se enroscaba en su vientre con acritud y frialdad. Hamish tenía todo el derecho a estar enfadado. Por todos los cielos, si Marina les hubiera interrumpido media hora más tarde, la virtud de Elspeth estaría hecha jirones.

—Contrólate, Hamish —dijo Brody.

—¿Controlarme? —preguntó Hamish en tono creciente—. ¿Qué demonios te da derecho a decirme eso?

—Diablo te lleve, haz lo que quieras conmigo, pero deja que tu hermana vaya primero a su habitación. —Brody se acercó para rodear con el brazo a Elspeth, que parecía al borde del colapso—. No tengas miedo, niña.

Para su consternación, ella se zafó de su brazo y su respuesta fue amarga.

—No estás ayudando.

—Elspeth... —Le dirigió una mirada de desconcierto, luego se volvió hacia Hamish y

extendió las manos—. Lo siento, viejo. Me dejé llevar.

Mientras agarraba el hombro de Brody, empujándolo más lejos de Elspeth, la voz de Hamish se hizo más grave hasta alcanzar un bajo cáustico que rebotaba en las paredes.

—Me gustaría llevarte a un buen escondite.

—Hamish, para. —Elspeth se apretó entre los dos hombres—. Estás haciendo el ridículo.

—No, tú eres el que está haciendo el ridículo —espetó.

—No si esto queda entre nosotros.

—Elspeth, por el amor de Dios... —Hamish parecía a punto de explotar, pero después de un momento sus hombros se desplomaron.

Brody respiró aliviado. Hamish seguía enfadado, pero aquel agudo cerebro había tomado el control de sus turbulentas emociones. Brody no quería pelearse con su amigo delante de Elspeth y Marina. Aparte de que una trifulca era la forma más segura de echarles encima al resto de los invitados.

El enfado de su hermano no disuadió a Elspeth. Brody admiró su valentía.

—Hamish, es Navidad, aquí todos somos familia y amigos, y yo ya no soy una niña. Unos besos inofensivos con un viejo conocido no son un pecado imperdonable. Eres un hipócrita si dices que lo son. No olvides que me has hablado mucho de lo que haces en Edimburgo y Londres.

Hamish tuvo la delicadeza de parecer avergonzado por un momento antes de que su temperamento se encendiera de nuevo.

—Es diferente para los hombres. Por el amor de Dios, Elspeth, eres mi hermana.

—Y Brody es tu amigo.

Antes de que Hamish pudiera negar la relación, Brody habló.

—Hamish, déjalo.

—¿Dejar qué? —La formidable madre de Elspeth entró en la habitación, con su llamativo rostro encendido por la curiosidad y la desaprobación—. ¿A qué viene todo este alboroto? Explícate, Hamish.

—No hay nada que explicar —se apresuró a decir Marina, pero no lo suficiente.

Hamish se volvió hacia *lady* Glen Lyon.

—Pillé a Brody seduciendo a Elspeth.

—¡Mentiroso! No lo has hecho! —protestó Elspeth antes de volverse hacia su madre—. Mamá, está haciendo una montaña de un grano de arena.

—No es nada. Solo alegría navideña desbordante —dijo Marina, aunque ya debía saber que era inevitable una escena—. Hamish, estás exagerando.

—No lo estoy. —Hamish parecía a punto de incendiarse de nuevo—. Los vi a ambos cuando entré.

—Cuando estábamos a varios metros de distancia y completamente vestidos —señaló

Elspeth. Brody alabó su persistencia.

—Yo no diría eso —respondió Hamish.

—Tienes mi palabra de que no he hecho nada que dañe la reputación de tu hermana —dijo Brody en tono enfático, sabiendo que no era cierto, y que diez minutos después lo habría sido aún menos.

—¿A qué viene tanto alboroto? —Fergus apareció en el pasillo detrás de *lady* Glen Lyon.

—¿Quieres cerrar la maldita puerta? —refunfuñó Brody—. Nadie de aquí a Glasgow necesita saber nuestros asuntos.

La madre de Elspeth corrió hacia su hija.

—Elspeth, ¿estás bien?

Brody agradeció oír alguna expresión de preocupación por Elspeth, aunque su pequeño gorrión parecía más que capaz de valerse por sí misma. Como para demostrarlo, se sacudió la mano de su madre del brazo.

—Claro que estoy bien, mamá. Como dijo Brody, no pasó nada. No hay necesidad de teatro. Volvamos todos al gran salón y sigamos con las celebraciones navideñas.

—Escucha, escucha —dijo Marina, moviéndose para cerrar la puerta por fin. Pero ya era demasiado tarde. Una multitud llenaba la sala, gritándose preguntas unos a otros. En medio del caos, Brody devolvió una mirada fulminante de Diarmid y decidió que la pelea ya había durado demasiado...

—Basta, todos ustedes —dijo con una autoridad que nunca había logrado antes, incluso en Invermackie, donde todavía se sentía como un sustituto inadecuado de su padre.

Se volvió hacia Elspeth y le cogió la mano. A pesar de su desafío, temblaba. Sabía que esta exposición pública era una prueba terrible para ella. Solo un tonto pensaría que podía ser otra cosa. En el fondo seguía siendo tímida, a pesar de su nueva ropa y de su confianza en sí misma.

—Elspeth, mi niña bonita, admito que las circunstancias no son ideales. —Suavizó su tono—. Siento tener que hacer esto delante de una chusma, pero consideraría el mayor honor si aceptaras convertirte en mi esposa.

El asombro ensanchó sus grandes ojos castaños y el color desapareció de su rostro, dejándola pálida como papel nuevo. Sus dedos se apretaron contra los de ella y, por un terrible instante, temió que se desmayara.

—Gracias por tu propuesta, Brody —balbuceó ella tras una pausa que amenazó con destrozarle el corazón. Su atención no se apartaba de él. Deseó por todos los cielos saber lo que estaba pensando.

Brody sonrió alentadoramente y habló con la voz baja y tranquilizadora que utilizaba con un caballo nervioso.

—Pediremos las amonestaciones el día de San Esteban y podremos casarnos dentro de unas semanas. Te prometo que seré un buen marido. Nunca te arrepentirás de haber dicho que sí.

—Oh, qué bonito —dijo Prudence, juntando las manos sobre el pecho y dedicándole a Elspeth una sonrisa melancólica. Diarmid parecía a punto de estallar de rabia. Todos los demás mostraron diversos grados de sorpresa y curiosidad.

Para consternación de Brody, Elspeth no parecía tan contenta con su propuesta como su hermana.

Sus vagas sospechas se confirmaron cuando ella se enderezó y le soltó la mano.

—Todavía no he dicho que sí.

Brody frunció el ceño, sin entender su vacilación.

—Tenemos que casarnos.

Ella negó con la cabeza, una terquedad que él nunca había sospechado que poseía se asentó sobre sus delicadas facciones.

—No, no debemos.

—Tu reputación...

—Agradezco tu noble sacrificio, Brody. —Su estrecha garganta se movió al tragar. Cuando continuó, su voz salió áspera pero firme—. Pero no me casaré contigo.

Capítulo 13

El estómago de Elspeth se contrajo como una nuez al ver la incredulidad en el rostro de Brody. Su propuesta resonaba en su cabeza como una distorsión desafinada de mil fantasías inmaduras y extravagantes. Su visible conmoción dejaba claro que nunca había imaginado que ella pudiera rechazarlo.

—Qué demonios... —Cuando él dio un paso adelante, ella retrocedió de rodillas. No podía culparlo por parecer confundido, considerando que ella había estado semidesnuda en sus brazos hacía unos minutos...

—Elspeth, no seas tonta. —Mamá se acercó hasta situarse junto a Marina—. Brody está intentando salvarte de un escándalo.

Su madre siempre estaba organizada, siempre en control, siempre al mando. Excepto ahora. Ella, como Brody, estaba completamente perdida. Eso habría hecho reír a Elspeth si la situación no fuera tan grave, y no se sintiera a punto de sacar a relucir su cena.

Elspeth cuadró los hombros y se dijo a sí misma que no tenía sentido llorar y lamentarse. No subestimaba la batalla a la que se enfrentaba.

—¿Por qué debería haber un escándalo? —preguntó ella, tratando de restar importancia a los acontecimientos de la noche.

—Porque te pillé con el maldito Brody. —Hamish sonaba como si se estuviera ahogando.

—No, no lo hiciste —dijo ella, luchando por mantener la voz firme. Miró a su alrededor y vio que nadie estaba de su parte.

Entonces Marina le dedicó una sonrisa. Se sintió aliviada al darse cuenta de que al menos una persona no estaba dispuesta a hacer sonar una campana sobre su cabeza. Esta silenciosa muestra de apoyo reforzó su decaído coraje, así que sonó más segura cuando habló con Hamish.

—Irrumpiste cuando estaba hablando con Brody y Marina. Difícilmente motivo de cotilleo, y mucho menos de algo más drástico.

—No me vengas con esas, Elspeth —espetó Hamish, mirándola fijamente. Su expresión decía que quería darle una buena sacudida—. Parecía que habías estado...

Sí, podía imaginarse su aspecto. Las mejillas le ardían de humillación, pero se obligó a levantar la barbilla y mirar fijamente a su hermano.

—Hamish, te agradecería que hablaras a tu hermana con respeto. —Brody puso su cuerpo entre ella y su hermano. Ella apreciaría su protección, si él no estaba tratando de protegerla en un matrimonio infeliz...

—Eres bueno para hablar de respeto —replicó Hamish—. Has tenido tus sucias manos por todo...

—Unos besos en Navidad no me convierten en una mujer escarlata, Hamish —intervino Elspeth, rompiendo la peligrosa tensión que se estaba creando entre los dos amigos—. De todas formas, aquí todos somos familia. Incluso si hubo una pequeña indiscreción, ¿por qué habría de hablarse más allá de Achnasheen...?

Elspeth reprimió una punzada de hipocresía, considerando lo cerca que había estado de entregarse a Brody. Podía decirse a sí misma que no habría llegado tan lejos. Pero tampoco había querido dejar que le tocara el culo o los pechos, y no había protestado ni un suspiro cuando lo hizo. Sus manos habían hecho magia y ella no había podido resistirse.

—Elspeth, no entiendo. ¿Estás diciendo que no quieres casarte conmigo? —preguntó Brody, y si ella no lo supiera mejor, podría preguntarse si su dolor iba más allá de un golpe a su orgullo.

Qué tontería. Claro que no.

Aspiró, esforzándose por ignorar la devastación que oscurecía los rasgos cincelados de Brody.

—No, no quiero. —Las tres palabras le atravesaron el corazón—. Aunque te agradezco que intentes salvar mi reputación.

—No es solo eso, Elspeth.

Ella negó con la cabeza e incluso forzó una sonrisa.

—Es muy amable de su parte decirlo.

—Elspeth, eres una niña tonta, desagradecida y testaruda —dijo su madre, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando a su hija menor con expresión beligerante—. Piensa en tu futuro. Si no piensas en ti, piensa en tu familia. Piensa en mí. Tengo un papel de gran influencia en este país. ¿Cómo puede alguien respetarme en política si no puedo controlar a mi propia hija?

Oh no, esto empeoraba cada vez más. Si su madre se subía lo suficiente a su caballo, sería inamovible. Elspeth maldijo la imprudencia que había creado este lío, aunque incluso ahora una parte malvada y femenina de ella no podía arrepentirse de los besos...

—La pobre muchacha... —Marina habló antes de que la perorata pudiera llegar al punto de lo imperdonable—. ¿Cómo puede Elspeth tomar una decisión con todo el mundo mirándola como si hubiera cometido un asesinato? Como ella dice, unos besos en Navidad no son pecado mortal. No hay necesidad de todas estas amargas recriminaciones. *Lady Glen Lyon*, sé que no soy de la familia, pero ¿por qué no me deja a solas con ella un rato?

—No, necesito hablar con Elspeth a solas —dijo Brody, con tono adusto.

Diarmid se abrió paso entre la multitud en el umbral de la puerta, con su impresionante mandíbula en actitud beligerante.

—Por Dios, eso es lo último que queremos.

Hasta el momento, Brody había controlado su temperamento, así que Elspeth se

sorprendió al ver cómo se encolerizaba y se volvía contra su primo.

—No te metas, cabrón entrometido.

—Ojalá te hubieras mantenido al margen y lejos de ella.

—Lo que Elspeth y yo hagamos no es asunto tuyo.

Dos hombres grandes y poderosos estaban frente a frente. El miedo se sumó a la confusión de emociones que ya se agitaban en el estómago de Elspeth. Si alguien a quien quería resultaba herido por su mal comportamiento, nunca se lo perdonaría.

—Es mi prima, y no voy a quedarme mirando cómo un libertino la corrompe —gruñó su primo.

—Diarmid. —protestó Elspeth—. ¿Quieres escucharme? Nadie ha corrompido a nadie. Estás dejando volar tu imaginación.

—Y tu maldita boca también —dijo Brody, todavía cuadrándose como si se preparara para lanzar un puñetazo.

—Basta, los dos. —Fergus se interpuso entre los dos hombres—. Todo este resoplar y resoplar no está ayudando.

—Te equivocas —dijo Diarmid con rigidez—. Me ayudaría mucho si aplastaras a este bastardo contra el suelo.

El labio de Brody se curvó en una mueca.

—Me gustaría verte intentarlo.

—No lo haría —insistió Marina.

—Yo tampoco —dijo Elspeth.

—Elspeth, eres demasiado joven para darte cuenta de lo que es capaz este patán —dijo Diarmid sin mirarla.

—Diarmid, basta. Brody es tu amigo y se merece algo mejor de ti. Ya has dicho bastante, aunque te agradezco que defiendas mi virtud. —Lo cual no era del todo cierto. Se mordió el impulso de golpear a su primo. No solo estaba empeorando una mala situación, sino que estaba a punto de llamarla ratón. Prefería ser vista como una mujer suelta que como la nulidad que solía ser.

—Elspeth... —empezó él, pero ella habló por encima de él, cansada de la batalla de egos masculinos, cansada de las miradas acusadoras, simplemente... cansada...

—Creo que ya habéis dicho bastante. —Para su sorpresa, no sonaba como si estuviera a punto de gritar.

—No puedes... —Brody no se rendía.

Ella tampoco.

—Bien. Me gustaría que me dejarais en paz. He dicho que no me casaré con Brody. No se ha hecho ningún daño. —Excepto su corazón, y tendría que vivir con eso—. El asunto ha terminado.

—Ni mucho menos —objetó Hamish—. Puede que a ti no te importe tu buen nombre,

pero a mí sí.

—Pues deja de hacer el idiota y de montar una escena tan ridícula —replicó Elspeth.

La serenidad que tanto le había costado mantener se estaba esfumando. No aguantaría mucho más -se había pasado la vida evitando los conflictos; los gritos siempre la ponían enferma-, pero si mostraba el menor signo de debilidad, la familia se abalanzaría sobre ella como chacales sobre un antílope herido. Insistirían en que aceptara a Brody como marido, y si flaqueaba ante la presión, podría seguir adelante con sus planes. Eso significaba el desastre.

—Si no te casas con Brody, serás una paria —le dijo su madre con una voz siniestra que le produjo escalofríos.

—Pero, mamá, no ha pasado nada —dijo, sabiendo que su madre ya no estaba para escucharla—. Estás exagerando.

—¿Estoy exagerando? —Los labios de su madre se apretaron con ira santurrona—. A ver si te sientes igual cuando no tengas un hogar al que venir.

El murmullo en la sala se apagó y todos se volvieron sorprendidos hacia *lady* Glen Lyon. El rostro de la madre de Elspeth estaba fijo como la piedra, lo que indicaba que los cañones no la moverían en este asunto.

—¿Me estás amenazando con repudiarme, mamá? —preguntó Elspeth, horrorizada e incrédula. ¿Cómo demonios se había llegado a esta situación?

—Per pietà, no veo por qué debería llevar las cosas tan lejos, *lady* Glen Lyon. —Marina volvió a pasar un brazo alrededor de los hombros de Elspeth—. Te prometo que cuando entré, no vi nada más que un pequeño coqueteo inofensivo.

—Entonces, ¿por qué Hamish estaba tan molesto por lo que descubrió?

Mamá tenía la mordedura entre los dientes. Quizá cediera con el tiempo, pero por el momento estaba decidida a dejar clara su postura. Se encargaría de que todos sufrieran las torturas de los condenados antes de dar marcha atrás en su ultimátum. Si se echaba atrás.

Elspeth quiso replicar que Hamish se había enfadado porque era idiota. Pero eso no era justo.

—Lo entendió mal —dijo ella, sabiendo que estaba perdiendo el tiempo.

—*Lady* Glen Lyon, su hija es tan pura como un lirio —dijo Brody—. Tiene mi palabra de caballero.

—Eso está muy bien, Brody, pero lo que cuenta son las apariencias. Yo tengo que preocuparme de mi influencia política —dijo su madre. Miraba fijamente al espacio que quedaba por encima de la cabeza de Elspeth, como si no pudiera soportar mirar a su descarriada hija...

Elspeth parpadeó y se le saltaron las lágrimas. Esta noche había sido maravillosa, hasta que dejó de serlo. Una de las partes más tristes de esta discusión era que esperaba que ella y su madre se hubieran acercado en los últimos días. Debería haberlo sabido.

Si su madre pensaba que la intimidación haría cambiar de opinión a Elspeth sobre casarse con Brody, su madre no la conocía en absoluto. Una vez que Elspeth se decidía, nada

podía cambiarla. Fíjese en su desafortunado apego a ese guapo sinvergüenza de Brody Girvan.

Había heredado esa fuerte voluntad de su madre. Si mamá hubiera decidido realmente dar la espalda a su hija, habría apartado a Elspeth de la familia. Se le había revuelto el estómago desde que Marina había entrado. Ahora se llevó una mano temblorosa a los labios y rezó para no vomitar. Esa sería la última humillación bestial...

—Elspeth, escúchame. No levantes los nervios. Si lo haces, nunca atenderás a razones —le dijo Brody—. Este asunto es entre tú y yo. Por favor, di que te casarás conmigo.

Le reconoció el mérito de haber puesto tanta desesperación en su voz. También tenía que reconocerle el mérito de conocerla lo suficiente como para comprender que bajo su modesto exterior se escondía una formidable obstinación. Su madre no parecía conocerla ni la mitad de bien.

—No es solo entre ustedes dos, ¿verdad? —Dijo Hamish—. La ruina de Elspeth es un asunto familiar.

Brody le miró enfadado.

—Si no cierras la boca ahora mismo, te la cierro yo. —Sus puños se cerraron a los lados y la amenaza de violencia incipiente volvió a vibrar en el aire.

—Esta es mi casa y no permitiré que la conviertan en la guarida de un oso —dijo Fergus con severidad.

—Elspeth, ¿por favor? —Brody se volvió hacia ella con una expresión suplicante que casi le hizo preguntarse si rechazarle había sido el mayor error que había cometido en su corta vida.

Oh Dios mío, sonaba como si ella le importara y ella sabía que no. Las cosas serían diferentes si lo hiciera.

Se preparó para responder como tenía que hacerlo.

—No, Brody. Dije que no me casaría contigo y lo mantengo.

Su madre resopló furiosa y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces estás muerta para mí, Elspeth.

—No me obligarás, mamá —dijo Elspeth, luchando contra el impulso de correr detrás de su madre y rogarle que reconsiderara su decisión.

—Sabes que no lo hará, mamá. Es como una mula cuando se propone algo —dijo Charity—. Estás haciendo todo esto mal.

Su madre se detuvo, pero no se volvió.

—Te escucharé cuando empiece a preguntarse dónde va a dormir esta noche.

—Elspeth tiene un hogar aquí todo el tiempo que quiera —dijo Marina en un tono inflexible que, para sorpresa de Elspeth, igualaba la fuerza de su madre—. No es una niña. Tiene casi veintiún años. Tiene derecho a casarse donde quiera.

Elspeth quiso abrazarla mientras una oleada de alivio la inundaba.

—Gracias, Marina —murmuró.

La amabilidad de Marina minó sus fuerzas. Se sentía más cerca de llorar ahora de lo que se había sentido desde que Hamish había llegado.

Fergus miró a Hamish, Diarmid y Brody y debió de decidir que se habían apartado del borde de una pelea. Hamish y Diarmid parecían molestos pero controlaban sus impulsos. Brody, maldita sea, aún parecía desolado, como si todas sus esperanzas se hubieran esfumado. No se lo creyó ni por un momento.

—No creo que ganemos nada continuando esta noche —dijo Fergus—. ¿Por qué no nos vamos todos a la cama? Dudo que las circunstancias parezcan tan desesperadas por la mañana como las pintan ahora.

—La voz de la razón, mi tesoro. —Marina dedicó a su marido una sonrisa de aprobación—. Por el amor de Dios, nada bueno puede salir de este ambiente de alto dramatismo. Calmémonos todos y esperemos a que se calmen los ánimos. Entonces podremos decidir qué hacer a continuación.

Brody cruzó los brazos sobre el pecho y su mandíbula se endureció en una línea inflexible.

—Quiero hablar con Elspeth antes de que suba.

—¿Piensas intimidarla para que te acepte? —Diarmid preguntó sarcásticamente.

—Como si fuera a dejar que volvieras a ponerle las zarpas encima a mi hermana —gruñó Hamish, tensándose de nuevo y llevándose las manos a los costados.

—Hamish y Diarmid, podéis parar esto ahora mismo —dijo Elspeth. Cuando había besado a Brody, se había sentido valiente y libre. Ahora se sentía sucia, desaliñada y desechada—. Por décima vez, no he hecho nada malo.

Su hermano la fulminó con la mirada, antes de lanzar una mirada de puro odio a Brody.

—No, no lo hiciste.

El ambiente, calmado por el sentido común de Marina, volvió a encenderse. Brody parecía enfadado y perseguido... y herido de una forma que ella no había esperado...

Ella le debía una explicación, supuso. Pero no ahora. Ahora estaba a punto de derrumbarse...

—Brody, ¿puedo hablar contigo mañana, por favor? —Para su disgusto, se le quebró la voz—. Esta noche, yo...

—Sobre mi cadáver —gritó Hamish.

—Deja de bramar como un elefante loco, Hamish. —Dirigió a su hermano una mirada tranquilizadora—. Si quiero hablar con Brody, lo haré.

—Soy el cabeza de familia.

Entrecerró los ojos.

—Eso está muy bien, pero como mamá acaba de repudiarme, yo diría que tu autoridad ha llegado a su fin.

—Bravo —dijo Marina, adelantándose con aire autoritario—. Estoy cansada de todas

estas ruidosas posturas masculinas.

—Permíteme posar y despejarte la sala, mi amor —dijo Fergus. Se dirigió a la multitud con la inconfundible autoridad del laird de Achnasheen—. Id todos a la cama. Todo esto parecerá una tonta disputa por la mañana.

El tono autocrático funcionó. Con algunos gruñidos, la sala se vació de todo el mundo menos de Fergus, Marina, Elspeth - y, para su consternación, Brody.

—Elspeth, no podemos dejar las cosas como están ahora —dijo tercamente.

Se cruzó de brazos, sintiéndose atormentada hasta el punto de gritar. ¿Esta terrible noche no acabaría nunca? "Solo quieres declararte otra vez.

—Al menos me gustaría saber por qué dijiste que no. —Odiaba que sonara amable y razonable, como si tuviera derecho a cuestionar su decisión...

Ella apretó sus manos temblorosas en sus faldas.

—No cabríamos.

—Pero...

—Es tarde, primo. Demasiado tarde para empezar todo esto otra vez. —Fergus se acercó y le dio una palmada en la espalda—. Ven y tómate una copita en el salón. Parece que lo necesitas.

En lugar de moverse, Brody miró fijamente a Elspeth como si intentara traspasar su piel para descubrir los secretos que acechaban en su corazón. Ella esperaba que no lo consiguiera. Había algunos secretos que no tenía intención de compartir con él... nunca.

—Te lo preguntaré otra vez, Elspeth —dijo con sombrío énfasis.

Al borde de la desesperación, negó con la cabeza y se apartó de su penetrante mirada.

—Mi respuesta no cambiará.

—Déjala en paz por esta noche, Brody. —El brazo de Marina rodeó los hombros de Elspeth—. ¿No ves que está al límite?

—Gracias, Marina —susurró Elspeth.

—Muy bien. Pero esto no ha terminado todavía —dijo Brody, su tono sombrío como él y Fergus se dirigió a la puerta de la biblioteca.

Cuando la puerta se cerró tras los primos, dejando a Elspeth a solas con Marina, respiró por primera vez en mucho tiempo. Todavía tenía náuseas y se sentía magullada e inestable, como si la hubiera aplastado un carruaje desbocado.

—Lo siento. Parece que he arruinado tu fiesta de Navidad.

Marina se encogió de hombros mientras la soltaba.

—No te pongas dramática, Elspeth. No es para tanto. De todos modos, un pequeño escándalo anima un invierno aburrido.

—No parece un pequeño escándalo —dijo Elspeth en voz baja. La serena aceptación de Marina de lo que había sucedido la hizo sentirse menos como un gusano.

Marina la miró, sus ojos negros perceptivos y, lo que es más importante, amables.

—Estoy segura de que no.

—Si no hubieras venido...

—Tienes demasiado sentido común para perder tu virginidad con Brody Girvan en el sofá de la biblioteca. Cualquiera podría haber entrado.

La sensatez de Marina empezó a reducir la gran tragedia a proporciones manejables.

—Cualquiera podría haber entrado.

—Exactamente.

Elspeth apartó la mirada, apretando las manos temblorosas sobre su vientre hinchado.

—No me sentí sensible cuando Brody me besó.

La risa de Elspeth tenía una nota de irónico afecto.

—Nunca nos sentimos razonables cuando estamos enamorados.

Elspeth emitió un sonido ahogado y miró sorprendida a su amiga.

—Nunca dije que estuviera enamorada.

Marina puso los ojos en blanco con tal teatralidad que en otro momento Elspeth se habría reído.

—No tenías por qué. Desde que te conozco, nunca has pensado en nadie más.

Elspeth creía haber dejado de sonrojarse por esa noche. La acusación de Marina echó por tierra esas esperanzas. Intentó sonar como si la idea fuera una locura.

—Oh, puede que me haya encaprichado de él, pero ya lo he superado.

—¿Es eso cierto? —preguntó Marina en tono cuidadosamente neutro.

—Por supuesto. —Con fabricada despreocupación, Elspeth imitó el característico encogimiento de hombros de su anfitriona—. Me di cuenta de que nunca me vería como otra cosa que la aburrida hermana pequeña de Hamish. Llegas a un punto en el que tienes que aceptar que no tiene sentido llorar por la luna.

Marina seguía estudiándolo con la misma concentración que ponía en un dibujo complicado.

—Pero esta noche la luna se acercó mucho a ti, *bambina*.

Lo tenía. Maldito Brody. Un poco más cerca y ella habría sido arruinada en lugar de solo acusada.

—Fue solo un poco de coqueteo.

—El flirteo puede significar un interés más serio. Ese joven y apuesto escudero te ha estado siguiendo con la mirada durante los últimos días. Es una pena que hayas superado tu interés por él, igual que él ha superado su interés por ti.

—Soy la única soltera de esta fiesta. —Elspeth no pudo contener su amargura al señalar el hecho innegable.

—Ay, Elspeth —suspiró Marina con una humillante mezcla de impaciencia y simpatía. Elspeth se encrespó.

—Es verdad.

—Sí, lo está. Pero no es por eso que está encantado. ¿No sabes que eres hermosa?

—Porque arreglaste mi aspecto —insistió.

Marina siguió estudiando a Elspeth con sus agudos ojos de artista. Ojos que veían demasiado, incluida la falsedad de sus afirmaciones de indiferencia hacia el laird de Invermackie. Otro cosquilleo de rubor sonrojó las mejillas de Elspeth, pero enderezó los hombros y levantó la barbilla, dispuesta a rebatir cualquier argumento bienintencionado.

Pero Elspeth se limitó a soltar un suave "ah.

—Lo entiendes —dijo Elspeth, aliviada.

—Certo. —Los ojos de Marina seguían siendo amables—. Temes que esta nueva y pulida versión de Elspeth Douglas le haya cegado para ver cómo eres en el fondo.

Se sentía incómoda y se movía de un pie a otro. Tal vez debería haberse ido a la cama cuando todos los demás lo hicieron. Esta conversación era casi tan difícil como la horrible escena que la había precedido.

—Sí —murmuró—. Nunca me había mirado.

—No creo que estuviera preparado para verte hasta ahora.

—Sigo siendo la misma criatura poco aventurera de siempre.

—La verdad es que no. —Los labios de Marina se crisparon—. Per pietà, esa chica nunca se habría escabullido en medio de una fiesta familiar para besar a un libertino.

A pesar de todo, Elspeth soltó una carcajada ahogada.

—No, es verdad.

Ella se resistió a señalar que ningún libertino que se preciara habría sido pillado muerto besando a la idiota que era.

Marina le cogió la mano.

—Lo de quedarme aquí iba en serio. No dejaré que te obliguen a tomar una decisión que no quieres.

Elspeth le apretó los dedos.

—Te lo agradezco. —Se apartó. Temía la amabilidad de Elspeth. Ya esta noche había amenazado con hacer aflorar sus lágrimas. Temía que una vez que empezara a llorar, nunca pararía—. Mamá lo superará. Más pronto que tarde, si tenemos suerte. Se dará cuenta de que no hay necesidad de que los chismes se extiendan más allá de la familia y afecten a su preciada influencia política. Todo es una tormenta en una taza de té.

Por el momento, los acontecimientos de la noche no le parecieron así. La proposición de Brody, cuando pronunció las palabras que ella había deseado oír durante tantos años, seguía pareciéndole el peor momento de su vida...

—Si no te perdona, recuerda que tienes amigos.

Elspeth esbozó una sonrisa temblorosa a aquella mujer que había sido tan generosa como para defenderla.

—Gracias.

—Ahora creo que quieres estar sola para llorar. —La voz de Marina adquirió un tono práctico—. Hora de dormir.

—Eres demasiado bueno conmigo.

Otro tono continental de despido.

—Me gustas.

—Tú también me gustas —dijo roncamente.

—Me alegro, bambina. —Marina le besó la mejilla y le apretó el hombro para tranquilizarla—. Ahora intenta dormir un poco. No hay nada más que hacer esta noche. Preocuparse nunca le ha hecho bien a nadie.

Elspeth se sentía tan agotada como un trapo viejo, pero a pesar de su cansancio, sabía que una noche de preocupaciones era inevitable. Volvió a esbozar otra sonrisa, aún más trémula que la anterior.

—Quién me iba a decir a mí que la familia me iba a echar de la casa por licenciosa.?

—Sí, ¿quién lo iba a decir? —Marina dejó escapar una suave risita—. Supongo que todavía tienes la capacidad de sorprendernos a todos.

—Esta noche he sorprendido a todo el mundo —dijo con la voz entrecortada por las lágrimas no derramadas. No pudo evitar recordar la frialdad de su madre y la ira de Hamish y el valiente intento de Brody de salvarla del escándalo. Eso había sido lo más difícil de soportar.

—Eso no es necesariamente algo terrible, cara. Ahora vete a la cama. Mañana es Nochebuena. Un día de cambio y esperanza.

—No me siento muy navideña —admitió.

Si pudiera, huiría de su familia, de su deber y de todos los errores que ha cometido. Huiría del horrible recuerdo de la propuesta poco convincente de Brody y, lo que era peor, de su asombro no disimulado cuando ella dijo que no. Su asombro y, peor aún, su dolor...

Sobre todo, quería escapar de la certeza de que todo lo que había dicho y hecho en los últimos días había resultado ser una sarta de patéticas mentiras. Había decidido dejar de amar a Brody Girvan. Creyó que podía coquetear sin arriesgar su corazón ni su honor...

El fiasco de esta noche demostró que ambas predicciones estaban trágicamente equivocadas.

—A ver qué nos depara mañana. —Marina la observó, todavía con esa mirada comprensiva que suavizaba sus ojos oscuros—. Te llevaré a tu habitación y lucharé contra cualquiera que pueda estar al acecho.

La respuesta de Elspeth fue más un sollozo que una risa.

—No podía aguantar otra regañina.

—Nada de regañinas, *ragazza*. Esta noche no. Mi palabra de escocesa, aunque solo sea escocesa de adopción.

Capítulo 14

Después de aquella turbulenta escena en la biblioteca, Brody no pegó ojo. No había pasado una noche inquieta por una mujer desde aquellos días de juventud en que había estado perdidamente enamorado de Polly Macrae. Si hace una semana alguien le hubiera dicho que la próxima mujer que atormentaría sus noches sería la tímida hermana de Hamish, se habría reído en su cara...

Por Dios, no se estaba riendo ahora.

De hecho, mientras bajaba las escaleras en la oscuridad, con la esperanza de alcanzar a Elspeth en el desayuno, tuvo la extraña convicción de que su única oportunidad de ser feliz dependía de persuadir a aquella muchacha testaruda, insólita y hermosa de que debía casarse con él. Y lo que era aún más humillante para un hombre que tenía fama de ser un diablo con las damas, no estaba nada convencido de que lo conseguiría.

Tal y como esperaba, y a pesar de lo temprano de la hora, Elspeth estaba sentada sola en el salón, mirando una taza de té con expresión desolada. Una tostada estaba sin tocar en un plato cerca de su codo. Brody se detuvo en el umbral de la puerta e hizo balance de lo que veía, esforzándose por encontrar la mejor manera de acercarse.

La chica parecía mortalmente triste. ¿De qué otra forma podría lucir? Porque había sido un idiota egoísta toda su vida, la había atraído a correr riesgos con su buen nombre. Ahora estaba desterrada de su familia y vilipendiada como una faltona. Anoche había ardido para protegerla de un ataque. Ella había rechazado todos sus esfuerzos como demasiado poco, demasiado tarde.

El diablo se la llevó, había sido peor que eso. Ella lo había rechazado.

Su tajante negativa aún escocía como el ácido. Nunca le había pedido a una mujer que se casara con él. Cuando lo había hecho, nunca había imaginado que su elección tendría la temeridad de decir que no. Anoche estaba enfadado, pero en el fondo estaba dolido. Y sorprendido, lo que decía demasiado de su engreimiento.

Había ocurrido lo increíble. Elspeth se había negado a casarse con él. Ni toda la persuasión ni todos los halagos del mundo la habían hecho cambiar de opinión. Él había pasado toda la noche no solo lamentando su respuesta, sino también escrutando su alma. Y la encontró tristemente desprovista.

Hasta estos últimos meses, no había tenido el hábito de reflexionar sobre sí mismo. Como la mayoría de los jóvenes de modales y apariencia aceptables, por no hablar de gran riqueza, era bien recibido allá donde iba. Nunca había encontrado ninguna razón en particular para cuestionar la opinión general de que Brody Girvan era un buen tipo...

Pero había tenido un año infeliz. Encontrar la mujer que deseaba le había dado esperanzas de que su vida avanzaba en la dirección correcta. Pero resultó que la mujer no lo

quería a él.

Cuando dejó a Fergus, se asomó a la ventana de su habitación, contemplando las colinas nevadas de Achnasheen, y se enfrentó a la desagradable realidad de que Brody Girvan no era tan buen tipo después de todo...

Era egoísta y egocéntrico, y tendía a creer que el mundo estaba hecho para su placer. La mayoría de las personas que le conocían nunca indagaron lo suficiente bajo su apariencia despreocupada para descubrir sus elementos más oscuros. Pero ahora sabía que sus tres amigos más íntimos dudaban de su carácter. Hamish, Diarmid y Fergus creían que, aunque podía ser un buen compañero para una noche de juerga, no era digno de la mano de Elspeth.

Aquello le había dolido, pero no tanto como le había dolido Elspeth Douglas cuando aquellos juiciosos ojos marrones le habían atravesado el vacío del alma. Se había empeñado en no aceptarlo como marido, aunque el matrimonio le devolviera su buen nombre y su lugar en la familia...

Pero aunque sabía que ella estaba mejor sin él, Brody no podía dejar de desearla. Nunca había deseado tanto a nadie como a Elspeth, mientras que ella había decidido que él no era digno de su tiempo ni de su afecto.

La desolación y el odio a sí mismo le dejaron un sabor frío y oxidado en la lengua mientras observaba a la mujer que lo había puesto de rodillas. La visión no era alentadora.

Se había recogido el pelo para apartárselo de la cara con el estilo severo que le era familiar; hoy no llevaba una seductora maraña de rizos caoba. Llevaba un viejo vestido marrón que Marina no habría creído conveniente cambiar. Estaba claro que su gorrión había decidido volver a las sombras, donde estaría a salvo...

Pero ya era demasiado tarde para esconderse. Brody había visto su deslumbrante belleza. La había visto antes de que ella decidiera compartirla con el mundo. Elspeth Douglas no volvería a pasar desapercibida, por mucho que se torturara el pelo o se abrochara los cuellos de la camisa hasta la barbilla.

Respiró entrecortadamente, nervioso como un colegial que se acerca a su primer amor, y cruzó la puerta. Cuando ella levantó sus pesados ojos para observarle, la falta de bienvenida en su expresión podría haber desanimado a un chico menos decidido...

La luz de la lámpara mostraba signos de lágrimas. Sus párpados rosados y sus rasgos tristes le hicieron sentir culpable. Se había propuesto hacer feliz a aquella chica tan guapa y lo único que había conseguido era causarle dolor...

—Buenos días, Elspeth —dijo con voz sombría.

—Buenos días, Brody —dijo ella sin más brío. Con cara de cazada, se levantó cuando él se atrevió a acercarse—. Llegas temprano esta mañana.

—No, no tan temprano como tú.

—Tuve problemas para dormir.

Él ya lo sabía por las sombras púrpuras bajo sus ojos.

—Yo también.

—Siento oír eso —dijo, saliendo de detrás de la mesa—. Disfruta de tu desayuno. Hasta luego.

No se movió para dejarla pasar.

—Necesito hablar contigo.

Sus esbeltas manos blancas bailaron nerviosas en el aire.

—Prefiero dejarte comer en paz.

—Gracias a ti, no he conocido un momento de paz desde que llegué a Achnasheen —dijo sombríamente—. Estoy aquí porque sabía que esta era la única oportunidad que tendría de tenerte a solas.

Algo parecido al pánico cruzó el rostro de Elspeth y dio un tembloroso paso atrás.

—Esto es una emboscada.

Frunció el ceño, no estaba seguro de qué podía hacer para que le escuchara.

—Sí, si quieres.

Cuadró los hombros y adoptó una postura beligerante que le resultaba familiar de la noche anterior, cuando se había mostrado inflexible sobre su negativa a casarse con él. Estaba en un estado tan bajo que esto le pareció una mejora. Su desafío era mejor que su miedo.

—No me gusta.

—Lástima. —Le hizo un gesto para que volviera a sentarse—. No te quitaré mucho tiempo. Me lo debes.

Ella le dirigió una mirada hostil desde debajo de las cejas bajas, de un castaño más oscuro que su frondosa cabellera. Se preguntó si insistiría en marcharse. Si lo hacía, ¿qué podía hacer él? Es poco probable que atarla a la silla ayudara a su causa.

Para su alivio, ella dejó escapar un suspiro exasperado y se hundió en su silla.

—Gracias. —Brody cruzó hacia el aparador—. ¿Quieres café?

Sus manos se enroscaron en los brazos de la silla y su respuesta fue cortante.

—Me gustaría que dijeras lo que tengas que decir para que pueda volver a mi dormitorio.

—¿Y esconderse?

—¿No tengo razón?

—No lo creo. —Llevó dos tazas a la mesa, aunque ella no había dicho que quería—. Lo que hicimos no fue tan malo.

—Mamá cree que sí.

Se sentó frente a ella.

—Si me permite decirlo, *Lady Glen Lyon* parecía disfrutar de la teatralidad de todo esto.

Para su sorpresa, las comisuras de sus labios se ensancharon y esbozaron una sonrisa. Se había preguntado si alguna vez volvería a sonreírle.

—No me importa que digas eso. No me importa que lo digas. Espero que se lo haya

pensado mejor antes de echarme de casa esta mañana. Sospecho que se enfadará durante unos días y echará una sombra sobre la Navidad de todos antes de que decida que las cosas no son tan malas como pensaba.

—Sonaba bastante convincente cuando te desheredó.

—Sí. Pero como dices, nuestro crimen no fue tan atroz. Dado que cualquier escándalo se quedará dentro de la familia, y que solo Marina vio lo peor de todo, estoy segura de que mamá se conformará con una hija díscola después de todo.

Él gruñó en desacuerdo.

—No eres una libertina.

—No, no lo soy. Soy una tonta.

La pequeña y amarga confesión reavivó su ceño.

—¿Qué diablos significa eso?

Elspeth empujó la taza de café recién hecho frente a ella y la miró con el mismo descontento que había dirigido a su té.

—Significa que debería haber sabido que no podía pensar que podía tener un breve e inofensivo flirteo con un hombre guapo sin sufrir consecuencias desagradables.

Brody aspiró entre dientes cuando el escozor de su comentario encontró su objetivo.

—¿Estás diciendo que casarte conmigo cuenta como una consecuencia desagradable?

Lentamente, levantó los ojos para estudiarle.

—¿No es cierto?

—No, por Dios que no. Quiero casarme contigo.

La sonrisa que torció sus labios le asombró e hizo que se le revolviera el estómago. Era tranquila y cansada, y carecía por completo de alegría.

—Muy galante por tu parte, Brody.

—Por el amor de Dios, *lassie*, no estoy siendo galante. Lo digo en serio.

Sus cejas se alzaron ante su fervor.

—Entonces no estás pensando con claridad. Seríamos terribles juntos.

—No fue terrible cuando nos besamos.

—Eso es porque besas muy bien. —Estaba pálida cuando él entró, pero ahora un tenue tono rosado teñía sus mejillas, recordándole a la sonrosada y apasionada criatura que tenía en sus brazos la noche anterior—. No es por nada que yo haya hecho.

—Eres muy prometedora para ser tan inexperta. —Más que prometedora. Su floreciente pasión le había encendido. Que Dios lo ayudase si ella tiene un poco de experiencia en su haber...

—Gracias, pero unos besos no son la base para una vida juntos.

A pesar de la tensión del momento, su respuesta primitiva le hizo sonreír.

—Oh, tenemos más que eso.

—No, no lo haremos —dijo Elspeth con una sombría firmeza que hizo que su corazón

se encogiera hasta el tamaño de un guijarro.

—Me gustas. —Sabía que el momento requería una declaración más contundente, pero bajo aquella firme mirada marrón le falló el valor...

—Tú también me gustas. Pero no quiero ser la mujer con la que te obliguen a casarte.

—Iba a pedirte que te casaras conmigo antes de anoche.

Por un momento, Brody se preguntó si su confesión la conmovería. La breve chispa en sus ojos se desvaneció, y ella sacudió la cabeza con una tolerancia cansada que le dio ganas de hacer polvo el caro juego de porcelana china de su primo.

—Estás siendo amable otra vez.

—No, no es verdad. Es verdad.

¿Cómo diablos podía armar tanto alboroto? Siempre había pensado que tenía un don con las chicas. A Elspeth le había gustado lo suficiente como para besarle. ¿Por qué demonios no le gustaba lo suficiente como para casarse con él?

—Gracias entonces —murmuró.

—¿Significa eso que dirás que sí? —preguntó sin muchas esperanzas.

—No, no es así. No tenemos nada en común. Yo soy un ratoncito tranquilo y tú eres un sofisticado hombre de mundo. Te aburriría hasta las lágrimas antes de que se secase la tinta del contrato matrimonial. No te dejes engañar por la obra de Marina y Sandra. Sigo siendo la hermana pequeña y aburrida de Hamish.

—Nunca pensé en ti de esa manera.

Más amargura torció sus labios.

—Nunca pensaste en mí en absoluto.

Tal vez había algo de verdad en eso. ¿Pero ella no podía ver que él había cambiado? Solo ahora, al notar su expresión cerrada, aceptó de verdad que había fracasado. Ella no sería su.

Y nunca había deseado nada más.

Sus grandes manos se cerraron en puños sobre la pulida mesa de caoba.

—¿Estás diciendo que no soy lo suficientemente bueno para ti?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Brody...

No soportaba quedarse sentado y fingir que se trataba de una discusión educada y no del fin de todos los sueños que había construido en torno a ella en los últimos días. Se levantó de un salto y empujó la silla hacia atrás con tanta fuerza que cayó con un ruido sordo.

—Tienes razón. No soy lo suficientemente bueno. —Su voz era áspera por la fuerza de su emoción—. Pero si te casas conmigo, te juro que haré todo lo posible para hacerme digno de ti.

Parecía asustada.

—Me... me siento halagada.

Hizo un gesto de desestimación.

—No quiero que te sientas halagada. Quiero que digas que te casarás conmigo.

Esa línea obstinada volvió a su barbilla, aunque podría jurar que vio verdadera angustia en sus ojos. Supuso que no quería hacerle daño.

—No puedo decir eso.

—Sí que puedes.

—Entonces no lo haré. —Con mano temblorosa, volvió a doblar la servilleta de lino blanco que había dejado junto a su plato y se levantó—. Por favor... —Su inhalación audible fue el primer signo real de vulnerabilidad que había traicionado—. Por favor, déjalo así, Brody.

Se le agolparon en la garganta mil argumentos airados y apasionados, pero se los tragó. Sabían a veneno. La noche anterior había acusado a su familia de acosarla, y ahora estaba a punto de hacer lo mismo. Cada segundo que pasaba le confirmaba que no era digno de ella, y ese conocimiento amenazaba con destrozarle el corazón...

—Sí, muy bien —dijo rígidamente y dio un paso atrás. Hizo una reverencia formal, como si fueran extraños y nunca la hubiera besado, ni se hubiera reído con ella, ni albergara la esperanza de que pudiera ser la mujer que diera peso y sentido a su destartalada existencia—. Dadas las circunstancias, me despido de usted, señorita Douglas.

Brody no esperó a que Elspeth contestara. En lugar de eso, giró sobre sus talones y salió por la puerta, preguntándose qué demonios iba a hacer con el resto de su inútil vida...

Capítulo 15

—Aquí estás. Me costó mucho encontrarte.

Ante la impaciente exclamación de Hamish, Elspeth levantó la vista de donde estaba,

acurrucada en el asiento de la ventana de la biblioteca. Como había sido el escenario de su humillación la noche anterior, suponía que era un lugar extraño para refugiarse después del insoportable encuentro con Brody durante el desayuno. Pero desde el momento en que había descubierto lo que eran los libros, había encontrado consuelo y placer -y, sí, santuario- en su compañía...

—Esa era la idea. —A pesar de sus mejores esfuerzos, su voz estaba rasposa por las lágrimas que había derramado en las últimas horas, desde que Brody le hizo aquella fría reverencia y se marchó enfadado. Rechazarlo era lo correcto. Lo sabía. Aunque solo fuera para sentirse mejor—. ¿Qué quieres, Hamish?

—He venido a disculparme. —Tuvo la delicadeza de parecer un poco avergonzado—. Anoche se me fue la mano.

—Tú lo hiciste. Si hubieras conseguido mantener la boca cerrada, nos habríamos evitado todo el drama. —Agachó la cabeza y se pasó las manos temblorosas por las mejillas húmedas—. ¿Cómo está mamá?

—No lo sé. Aún no ha bajado.

Dada la afición de su madre por el público, eso decía mucho sobre el alcance de su enfado actual.

—No me ha perdonado.

Pronto la realidad del destierro de Elspeth de la familia hundiría sus garras en su corazón. Por el momento, seguía luchando por aceptar el desastre que había hecho con Brody. Las consecuencias más amplias de su ruina aún no habían afectado a su miseria.

—Sabes lo importante que es para ella su influencia política.

—Más importante que la felicidad de su hija —dijo Elspeth antes de poder evitarlo.

Esperó a que Hamish la acusara de deslealtad y volviera a perder los estribos. Las emociones de su hermano tendían a lo volcánico, aunque con el tiempo se calmaba lo suficiente como para entrar en razón. Mira cómo se disculpa ahora por irrumpir en su casa anoche...

Hamish no reaccionó con su acaloramiento habitual. En cambio, la estudió con la aguda percepción que de alguna manera se mezclaba con su temperamento mercurial. Era intimidantemente inteligente; en los círculos científicos se hablaba de él como el próximo Astrónomo Real. Pero no siempre elegía centrar ese titánico cerebro en mezquinas preocupaciones terrenales en lugar de en el vasto universo que tenía sobre la cabeza.

—Tal vez pensó que una unión con Brody Girvan promovería la felicidad de su hija.

La humillación provocó otro cosquilleo de rubor.

—Supongo que todos en la familia suponían que estaba loca por él —dijo en tono agrio.

—Sí, lo hicimos. Por eso nos sorprende que rechazaras su propuesta.

Se puso en pie, apartando el libro de Elspeth Edgeworth que no había leído.

—Él no me quiere.

Las cejas de Hamish se alzaron, haciéndole parecer un vikingo escéptico.

—A mí no me lo pareció.

—No quiso decir nada más que una tontería en Navidad. Sería cruel hacerle pagar una pequeña indiscreción con toda una vida de infelicidad. Hasta que me cambié el pelo y la ropa, ni siquiera sabía que existía.

Hamish frunció el ceño mientras analizaba lo que ella había dicho.

—Eso no es verdad.

La risa de Elspeth no le hizo gracia.

—No trates de engatusarme ahora, Hamish. Nunca lo has hecho.

—Podría jurar... —Cruzó para colocarse ante el fuego ardiente—. Me pidió permiso para cortejarte.

La conmoción la invadió y se hundió en el asiento de la ventana, mientras las malditas rodillas se le doblaban. Brody le había dicho que intentaba cortejarla, pero ella no le había creído. ¿Se había equivocado?

—¿Cortejarme?

Hamish levantó la vista y habló con seguridad.

—Sí, había decidido casarse contigo antes de todo el alboroto de anoche.

Aún le costaba creer que pensara en ella como en su futura esposa. Por no mencionar que cortejar no era una actividad que asociara con el desenvuelto Brody Girvan. Parecía demasiado aburrido para un mujeriego como él.

—¿Qué le dijiste?

—Que no era lo bastante bueno para ti. —Su expresión se endureció—. No voy a ponerte al tanto de todos los cotilleos que hay sobre él...

A pesar de su confusión, a Elspeth se le escapó una risa despectiva.

—Ya estoy al tanto de esos cotilleos.

Su hermano parecía incómodo.

—Diarmid podría haber...

—Diarmid es silencioso como la tumba cuando se trata de chismes, y lo sabes.

—Sí, lo es. —Como era su costumbre cuando perdía una discusión, Hamish cambió de postura—. Es bueno que sepas de Brody. No permitiré que mi hermana se case con un libertino.

—¿Le has negado el permiso para acercarse a mí?

Fue el turno de Hamish de expresar desdeñosa diversión.

—Le dije que no tenía ninguna influencia sobre ti y que decidirías por ti mismo. La gente que no te conoce confunde tu calma con maleabilidad, mientras que eres terco como una mula cuando te decides. —Sus oscuras cejas doradas se volvieron a juntar mientras consideraba la situación—. No entiendo por qué no quieres casarte con Brody. Decidiste que lo querías hace años y nunca has vacilado. Él te propone matrimonio, contra todo pronóstico, y tú te metes un duende en la cabeza y dices que no. Nunca entenderé a la hembra de la especie. Dame una

constelación cualquier día.

Elspeth seguía dándole vueltas a la cabeza cuando se enteró de que Brody le había pedido la mano a Hamish. ¿Acaso todos aquellos besos apasionados eran el preludio de una pedida de mano, y no solo una forma de pasar el tiempo cuando estaba aburrido?

—¿Por qué no dijiste nada de ello anoche?

La mandíbula de Hamish se tensó.

—Pensé que el bastardo estaba tratando de forzar la situación comprometiéndote.

—No habríamos ido tan lejos —dijo, avergonzada por no estar segura...

Hamish tampoco parecía muy convencido.

—Brody tiene un don con las damas. No has visto cómo trabaja cuando tiene la seducción en mente. Es imparable.

Ella no quería pensar en ello, aunque él nunca había querido casarse con ninguna de sus anteriores amantes. Mientras que parecía que podría querer casarse con ella.

—Pensé que era tu amigo.

—Lo es, pero maldita sea, eres mi hermana. No quiero que te hagan daño.

—Gracias. —A cada minuto que pasaba, su resentimiento hacia su hermano se hacía más difícil de mantener. Ella podía adivinar lo que esta declaración de lealtad le había costado. Hamish no era demostrativo, pero Elspeth sabía que amaba a su familia, incluida ella—. Brody no es un mal hombre. Creo que solo es un poco salvaje. Y la muerte de su padre lo ha desconcertado.

Hamish la miró con asombro.

—Maldita sea, sigues enamorada de él.

Su rubor se había desvanecido. Ahora volvía a encenderse.

—He superado mi adoración infantil al héroe.

—Sí, lo has hecho —dijo, pero lo estropeó continuando—. Ahora estás realmente enamorado. Hasta que la muerte os separe. Por los siglos de los siglos. Amén.

El impulso de negar la afirmación de su hermano brotó, pero quedó atrapado detrás de sus dientes. Se dio la vuelta para ocultar su terrible secreto, aunque para Hamish ya no lo era.

—Claro que sí -murmuró ella, apretando sus manos temblorosas sobre el regazo-.

¿De qué serviría negar la verdad? Siempre había querido a Brody. Tenía el mal presentimiento de que siempre lo querría. Su decisión de renunciar a su cariño por él no era más que pique y orgullo y aire caliente.

No podía dejar de querer a Brody como no podía dejar de tener los ojos marrones. Él era parte de ella, tanto si la amaba como si no.

—Que Dios me dé fuerzas —mordió Hamish, furioso y confuso—. ¿Entonces por qué demonios no te casas con la bahía?

Desde la noche anterior, Elspeth debe haber derramado suficientes lágrimas como para llenar el lago de fuera. Seguramente ya no le quedaba nada que llorar. Sin embargo, la humedad

caliente le escocía los ojos y levantó las manos temblorosas para secársela.

—Porque no me quiere —dijo con voz entrecortada.

—¿Estás seguro? —Hamish dejó la chimenea y se acercó—. Anoche, cuando lo rechazaste, parecía como si hubieras disparado a su perro. Y Fergus y los suyos quieren mucho a sus perros.

—Incluso si él piensa que me ama... —Aunque no podía imaginar que lo hiciera. Se tragó un sollozo—. Es porque me visto mejor, y llevo el pelo diferente, y...

—Y habla, y levanta la cabeza de tu libro de vez en cuando, y demuestra que hay una mujer de espíritu debajo de tu timidez. —Hizo una pausa y la miró pensativo—. De hecho, no has sido nada tímida estas Navidades.

—No es mi verdadero yo.

—Claro que sí. —Hamish volvió a molestarse. Ella no podía culparlo. Incluso a sus propios oídos sonaba confusa—. Si tu nueva ropa hace que Brody se fije en ti, bien. Nunca se iba a enamorar de alguien que se pasaba la vida arrastrándose por los bordes de la habitación como un ratoncito.

Elspeth se mordió un gemido. Otra vez la palabra del ratón. Dirigió a su hermano una mirada de renovado disgusto.

—Solo empezó a prestarme atención después de que Marina me dejara en manos de Sandra.

—¿Importa mientras preste atención?

—Sí, así es —insistió ella, aun cuando se preguntaba si su orgullo la estaba condenando a una vida de soledad...

—Lo diré otra vez. Nunca entenderé a las mujeres —dijo Hamish, poniendo los ojos en blanco con disgusto masculino—. ¿Dices que por fin tienes lo que siempre has querido, pero no lo aceptas porque no puedes aceptar que el hombre al que amas piense que eres guapa?

—Eso no es justo, Hamish —dijo con voz áspera—. Quiere casarse con una impostora.

—No, no lo tiene. —Hamish seguía frunciendo el ceño, como si estuviera instando a su enorme cerebro a apartarse de los asuntos cósmicos y concentrarse en los puramente humanos—. Me pidió permiso para cortejarte antes de que te convirtieras en la Bella de Achnasheen. Fue tres días después de su llegada, cuando todos pensaban que eras un tímido gorrión. Me habló justo antes de que bajaras y nos deslumbraras. Apuesto a que tengo razón sobre el momento.

A través de su niebla de miseria, Elspeth no estaba segura de haberle oído bien. Parecía demasiado bueno para ser verdad, demasiado bueno y demasiado terrible, porque desde entonces había hecho todo lo posible por arruinar sus posibilidades con Brody Girvan. Decir que no a su proposición anoche y esta mañana había estado a punto de matarla. De hecho, esta mañana había sido aún peor, porque aunque la lógica insistía en que sus sentimientos más profundos no estaban involucrados, ella no podía confundir su genuina molestia por su negativa.

Se volvió para mirar a su hermano, preguntándose si se había vuelto loco. O si lo

estaba ella.

—Repite eso —dijo lentamente.

—Brody pidió permiso para cortejarte en su tercera noche aquí, justo después de que Ugolino y Giulia llegaran y antes de que bajaras con tu vestido nuevo. —Hamish no parecía darse cuenta de que con unas pocas palabras había cambiado todo su mundo. En su excitación, ni siquiera le importó que le hablara como si se dirigiera a alguien de mente débil—. Podrías haberme derribado con una pluma cuando hizo eso. Nunca pensé que sería tan listo como para darse cuenta del tesoro que escondes.

El insólito cumplido de su hermano le pasó desapercibido.

—¿Te pidió mi mano antes de verme con mi ropa nueva?

Hamish gruñó irritado.

—¿No acabo de decir eso?

—Sí, lo hiciste.

—No veo que importe mucho si preguntó.

Después de tanta miseria, la alegría golpeó con fuerza dolorosa.

—Sí importa.

—¡Mujeres! —le espetó su hermano—. Ahora estás llorando otra vez, cuando por un momento parecías casi feliz. ¿Qué demonios te ha hecho hacer eso?

Bufó mientras buscaba su pañuelo en el bolsillo.

—Estoy contenta.

—Bien —dijo Hamish, mirándola dubitativo y entregándole un immaculado cuadrado de lino blanco. Ella estaba en tal estado que no había encontrado su propio.

Elspeth se sonó la nariz, obligando a su mente a procesar la asombrosa verdad de que Brody había hablado en serio cuando dijo que quería casarse con ella. Ella, Elspeth Douglas, no una muñeca pintada que Marina y Sandra habían creado entre ellas.

—Necesito ver a Brody. ¿Sabes dónde está?

—Creo que ha vuelto a Invermackie —dijo Hamish como si no importara.

Su corazón, que había empezado a bailar con una mezcla de excitación y esperanza, volvió a sumirse en una desesperación absoluta. Se puso en pie tambaleándose.

—¿Se ha ido?

—Creo que después de lo ocurrido la pasada noche, decidió que ya no era bienvenido.

—Pero es Nochebuena.

—Dudo que se sintiera muy festivo.

—Oh, no. —Tenía mucho que compensar—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Hamish se encogió de hombros, y ella se dio cuenta de que su tolerancia a los altibajos femeninos estaba disminuyendo rápidamente.

—No lo sé. Una hora, tal vez.

—¿No intentaste pegarle otra vez? —preguntó horrorizada.

—No, claro que no. —Hamish empezó a parecer seriamente malhumorado—. Tuvo la decencia de disculparse por lo que pasó anoche.

—No había hecho nada malo.

—Lo había hecho, pero también había hecho todo lo posible para arreglarlo. No es que su caballerosidad le hiciera ningún bien. Lo rechazaste de todos modos.

—No voy a rechazarle ahora —dijo, agarrándose las faldas—. Si corro, puede que le alcance antes de que se vaya.

—¿Y si no?

—Si no, cabalgaré tras él. —Había determinación en su voz—. Todo el camino a Invermackie si tengo que hacerlo.

—¿Qué? —La extravagancia de Hamish se desvaneció en asombro... y disgusto—. Elspeth, ¿qué demonios te pasa? Vuelve aquí!

Pero ella había corrido más allá de él. Con las faldas volando, corrió por el pasillo hacia los establos.

Capítulo 16

Elspeth no iba vestida para el aire libre, pero se moría de ganas de ponerse algo más abrigado. El frío y la desesperación se combinaron para acelerar su alocada carrera por el patio helado y despejado de nieve hasta los lujosos establos de Fergus.

—Jock, ¿has visto a Brody? —le preguntó al fornido escocés que estaba acicalando a la yegua gris de Fergus, Banshee.

La pausa antes de que el montañés hablara amenazó con partirle el corazón en dos. Se preparó para la noticia de que Brody ya estaba de camino a casa.

—Sí, lassie. Está atrás, preparándose para salir. Aunque le he dicho que es una tontería

salir solo en un día de nieve como este. Y ningún cristiano debe dejar a su familia en Nochebuena.

—Estoy de acuerdo. —Una vertiginosa oleada de alivio la hizo agarrarse al borde de la cabina. Gracias al cielo, no era demasiado tarde para hacer las paces con Brody. Tampoco tenía que cumplir su promesa a Hamish de galopar por las colinas invernales en busca del hombre que amaba...

—¡Brody! —llamó, corriendo por el pasillo que dividía los establos—. Brody, ¿dónde estás?

—Al diablo contigo, ¿qué te pasa? —Asomó una cabeza morena despeinada por el último puesto—. Deja de gritar, chica. Estás asustando a los caballos.

No se hacía el gracioso. Los nerviosos relinchos de los caballos de alta raza marcaban su ruidoso y frenético avance. Los establos estaban llenos de caros caballos para la fiesta de Navidad.

Se había imaginado arrojándose a los brazos de Brody y declarando sin ceremonias que sería su esposa. Pero su expresión adusta y su tono poco acogedor la hicieron detenerse ante el establo. No se trataba del hombre que la había conquistado la noche anterior en la biblioteca, sino de alguien más fuerte y belicoso...

Había colgado su capa sobre la verja para poder trabajar en mangas de camisa. Sus ojos absorbieron la visión de aquel pecho grande y poderoso vestido con lino blanco suelto, mientras una timidez paralizante atrapaba en su garganta su gozosa aceptación sin palabras.

—¿Qué haces aquí, Elspeth? —le preguntó en un tono llano que ella no había oído nunca.

Había imaginado que se alegraría de verla, pero sus ojos verdes eran más chatos que su voz. Se estremeció y se rodeó el torso con los brazos, a pesar de que una hilera de braseros mantenía los establos calentitos...

—Hamish dijo que te ibas. —Elspeth despreció su tono inseguro. Esperaba que le hubiera crecido un poco la columna vertebral en los últimos días, pero volvía a sonar como la tímida señorita Douglas...

Se encogió de hombros y volvió a atar su mochila a la silla de montar.

—No tiene sentido quedarse. Y está bastante claro que la mayoría del grupo agradecería mi ausencia.

—Yo no lo haría —se atrevió a decir, entrando en el establo y colocándose justo detrás de él, aunque algo en la tensa figura de aquellos impresionantes hombros le advirtió que no debía tocarlo...

Dio un brusco tirón de la correa que sujetaba su maleta.

—Tú más que nadie.

Quería discutir, pero sabía que él no la creería.

—Es Nochebuena. No puedes irte.

—Sí, claro que puedo —dijo entre dientes, sin mirarla.

—Pero estarás solo en Navidad.

—Tengo que acostumbrarme a estar sola.

Hizo un gesto de dolor.

—¿Por qué?

Sus hombros, anchos y rectos, se alzaron con un gran suspiro que expresaba una irritación infinita.

—¿Por qué demonios crees?

Se retorció los dedos y parpadeó para contener más lágrimas. Había sido un día aguado. Haciendo acopio de todo el coraje que pudo, levantó la barbilla y se dijo a sí misma que podía hacerlo. Lo que Hamish le había dicho sugería que los sentimientos de Brody podían ser más profundos que la mera vanidad masculina. Rezó para que su hermano tuviera razón, o haría el ridículo.

—Por favor, no te vayas, Brody.

—Dios todopoderoso —murmuró salvajemente, dándose la vuelta para fulminarla con la mirada—. ¿Aún no lo entiendes, Elspeth? Te deseo. Te deseo más que un moribundo a su próximo aliento. Porque no puedo tenerte, me duele. Ahora mismo no soy buena compañía.

Jadeó, horrorizada ante la corrosiva infelicidad de sus ojos. Mordiéndose el labio con tanta fuerza que le hizo sangrar, se obligó a enfrentarse a aquella mirada ardiente sin inmutarse...

Mientras lo estudiaba y leía su hirviente angustia, se sintió atravesada por el asombro y el remordimiento. ¿Cómo era posible que la pequeña Elspeth Douglas hubiera provocado aquella tormenta de pasión en el elegante y sofisticado Brody Girvan?

—Puedes —dijo, con la voz tan baja que apenas se oían las palabras.

Se incorporó y la miró con desprecio.

—¿Qué estás tramando, Elspeth?

Ella luchó por un poco más de convicción.

—Dije que podías tenerme.

Un silencio de rabia y confusión y, sí, de anhelo, se abatió entre ellos como una avalancha. El castrado alazán de Brody relinchó y se movió, captando la tensión que zumbaba entre las dos personas que compartían el estrecho establo con él.

Brody volvió a suspirar, esta vez con pesar más que con rabia. La beligerancia desapareció de su rostro y el cuerpo alto y fuerte se hundió mientras se pasaba la mano por los mechones negros, dejándolos aún más despeinados que cuando ella había entrado. Lo cual ya era mucho decir. Parecía que se hubiera pasado el día tirándose del pelo...

—Elspeth, cariño, no tienes por qué tener miedo. No tienes por qué entregarte a un hombre que no quieres solo para asegurarte un techo. Marina y Fergus dejarán que te quedes, y estoy seguro de que tu madre te perdonará. —Sonaba amable y razonable y, para su disgusto, distante—. Sospecho que ella ya está a mitad de camino. Después de todo, solo nos besamos.

Eres tan pura como siempre.

Su empeño en malinterpretar lo que quería decir le dio ganas de patalear. Aunque, dada la rotundidad con la que le había rechazado -dos veces-, supuso que no podía culparle por no haberle entendido.

—¿Por qué eres tan obtuso, Brody?

La confusión le hizo hacer una mueca.

—¿Obtuso?

—Sí, obtuso. —Al menos había dejado de chillar, aunque discutir con el hombre al que amaba no parecía una gran mejora—. Estoy tratando de decirte que me voy a casar contigo.

Lo había dicho. Tan claro como el agua. Ella esperó a que él la agarrara y la besara como lo había hecho la noche anterior...

En lugar de eso, cruzó los brazos sobre el pecho y le miró la nariz altiva como si fuera una criada torpe que hubiera derramado agua sucia sobre sus mejores botas.

—No hay necesidad de asustarse por tu futuro. He dicho que tu madre vendrá.

—No tengo pánico —respondió ella, apretando los puños a los lados—. Pensé que te alegraría que aceptara tu propuesta.

—Solo si quieres casarte conmigo.

Dejó escapar un gruñido de frustración.

—¿Qué pasa con todo eso que acabas de decir? ¿Sobre cómo me deseas y no puedes vivir sin mí?

—¿Y eso?

—Estoy aquí para decirte que me tienes.

—¿Yo? —Arqueó una ceja escéptica—. ¿O solo tengo la oportunidad de restaurar tu buen nombre?

—Eso es lo que intentaste hacer anoche.

—Sí, bueno, eso fue anoche. —Otro suspiro pesado se le escapó—. He decidido desde entonces que no quiero una novia obediente que se case conmigo solo por convención.

—Te prometo que no seré obediente. —Cuando su pequeña broma no consiguió divertirla, extendió las manos confundida—. Brody, hace solo unas horas me propusiste matrimonio otra vez.

—Y me rechazaste en términos inequívocos.

Elsbeth quería darle una buena sacudida. ¿No podía ver que ya nada de eso importaba y que ella era suya?

—Entonces, ¿se trata de Piqué?

Se le cayó la boca.

—No. Sí. Tal vez. —Apoyó su mano grande y elegante en la cruz de su caballo y su tono se agudizó—. ¿Qué quieres, Elspeth? Quedan pocas horas de luz y prefiero no cabalgar por las colinas en la oscuridad.

Él había declarado que la deseaba y, a pesar de su carácter irascible en ese momento, ella le creía. No debería ser tan difícil para ella decirlo.

—Tú. —Elspeth luchó por estabilizar su voz temblorosa, dándose cuenta de que tenía una batalla por delante para conseguir que él volviera a confiar en ella—. Te deseo.

Por un momento se preguntó si eso era suficiente. Algo brillante brilló en sus ojos, convirtiéndolos en una esmeralda resplandeciente. Luego, a su pesar, se desvaneció y él pareció tan hosco e infeliz como siempre.

—Tendrás que explicármelo, muchacha. Anoche creí que me deseabas, y todos sabemos cómo me hundió mi engreimiento.

—Te deseo y me gustaría ser tu esposa —murmuró.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

El resentimiento se enroscó en su vientre, junto con el anhelo y la incertidumbre más familiares. Eso la hizo sentirse más valiente.

—Ahora solo estás jugando conmigo.

—Tal vez —dijo Brody con amargura—. Llevas jugando conmigo desde el día que llegué a Achnasheen. —La rabia subió en su voz mientras continuaba—. ¿Qué demonios querías decir besándome así si no me querías?

Se le escapó una carcajada incrédula, aunque estaba lejos de divertirse.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! Tú eres el maldito libertino. ¿Acaso el país no ha jugado con los afectos del libertino y le ha engañado sobre sus intenciones?

Su sarcasmo hizo que la piel de su rostro se tensara de ira, y le dio una repentina idea de cómo sería él en su vejez.

—Bueno, puedes burlarte. Hasta yo me doy cuenta de lo absurdo que es. Pero es verdad. Me has engañado, Elspeth. Me has hecho creer que tus sentimientos estaban comprometidos cuando no lo estaban.

La culpa quebró su rebeldía y la apuñaló como cien agujas. Cómo le había hecho daño. No tenía ni idea.

—Estaban comprometidos, Brody —admitió, mirándole fijamente. Estaba claro que nada que no fuera la rendición incondicional rompería la coraza de orgullo herido -y de emoción- que había construido a su alrededor...

—¿Entonces por qué me rechazaste?

Necesitaba estar segura de él antes de confesar. Casi lo estaba, pero no del todo.

—¿Por qué me lo preguntaste? ¿Fue solo para salvar mi buen nombre?

Brody volvió a pasarse la mano por el pelo y ella leyó en su rostro una indefensión desconocida.

—Eso fue parte de ello.

Se lamió los labios. Qué tonta había sido al pensar que sería fácil atraer de nuevo a Brody.

—¿Pero no es la única razón?

La mano en la cruz del caballo se cerró en un puño.

—No, no es la única razón.

Su confianza aumentó un poco.

—¿Y estabas coqueteando conmigo porque estabas aburrido?

—Por supuesto que no. —Parecía ofendido—. Coqueteé contigo porque no pude resistirme.

Eso sonó aún más alentador. Elspeth se acercó un paso vacilante.

—¿Y no me besaste porque Marina me hacía parecer guapa?

—Siempre fuiste guapa. Marina solo hizo más fácil para el mundo ver lo que ya estaba allí.

—Pensé que no te habías fijado en mí antes.

Volvió a suspirar.

—Es difícil de explicar, al menos sin confirmar que soy el idiota descuidado que ya crees que soy.

—Inténtalo.

El gesto de impotencia era nuevo, al igual que el aire de derrota que flotaba sobre él.

—Fui un joven salvaje. No tiene sentido mentir sobre ello.

—No.

Por primera vez, un humor real, aunque oscuro, iluminó su expresión.

—Hamish y su maldita bocaza.

—Sí.

—Pero desde hace un año, no hago más que seguir la rutina. Jugar a ser un libertino se ha convertido en más trabajo del que vale. Me he sentido sin rumbo, inútil y perdido.

—Lo siento. —Ella sabía, sin que él se lo dijera, que nunca había confiado su infelicidad a nadie más...

—Allí estaba yo, harto del mundo, harto de mí mismo y, sobre todo, harto de mi maldita autocompasión, presentándome en Achnasheen para pasar las Navidades con gente a la que conozco de casi toda la vida.

—¿Sin grandes expectativas de que ocurriera algo especial?

—Ninguna en absoluto. Pero entonces te vi. No pensé que te había visto antes. En realidad, no.

—¿Qué... qué has visto? —se atrevió a preguntar, acercándose más.

Su leve sonrisa la calentó de tal manera que su corazón aleteó como un saltamontes. Una poderosa ráfaga de esperanza le robó el aliento. Después de toda la confusión y el dolor, ella y Brody podrían tener un final feliz.

—Una chica interesante que no parecía muy impresionada por mí, signo inequívoco de inteligencia. Una chica que flotaba en las sombras mientras el resto de su familia monopolizaba

la luz del sol. Una lassie dulce y de corazón puro que no tiene ni idea de lo hermosa que es.

—Oh, cielos —dijo Elspeth, con voz ronca—. No me extraña que las damas de Edimburgo estuvieran locas por ti. No deberías decir esas cosas si no las sientes.

La irritación por su continua falta de fe tensó sus facciones.

—Maldita sea, lo digo en serio. —Tomó aire y habló con más calma—. Pero lo que vi más claro aquel día fue que yo no era ni de lejos digno de esta exquisita criatura.

Tragó saliva para mover la piedra de emoción que bloqueaba su garganta.

—Eso no te impidió besarme.

Se encogió de hombros.

—Solo soy humano, mi amor.

El cariñoso gesto amenazaba con deshacerla. Seguro que ahora volvería a besarla. En lugar de eso, se volvió hacia su caballo y comenzó a desabrochar la bolsa que acababa de atar a su montura.

—¿Qué haces? —preguntó confundida.

—Hoy no voy a ninguna parte. —Brody dejó la bolsa en el suelo.

Volvió a tragar saliva.

—Me alegro.

—¿Lo eres? —dijo, todavía frente a su caballo.

—Sí. —Respiró entrecortadamente y se preparó para su respuesta a la pregunta que tenía que hacerle. Aunque, después de lo que acababa de decir, ya no estaba tan nerviosa como antes—. Brody, deja la silla, el caballo y las correas un momento y mírame.

Lentamente lo hizo, sus ojos verdes tan oscuros y profundos que desmentían su afirmación de ser un hombre superficial. Pero, por supuesto, no era ni la mitad de superficial de lo que pretendía ser. Nunca lo había sido.

—Por favor, deja de evitar la verdad. Dime por qué te declaraste.

Ella esperaba que él se mostrara evasivo o molesto, pero en lugar de eso sus hombros se hundieron. El valiente y radiante Brody Girvan parecía más vulnerable que nunca.

—Och, *mo chridhe* —dijo él con ese hermoso acento de barítono que siempre hacía que ella quisiera derretirse en un charco de placer a sus pies—. Eso es fácil de responder. Te pedí que te casaras conmigo porque te quiero.

Capítulo 17

Brody vio cómo el asombro, la sorpresa y la incredulidad bañaban las facciones de Elspeth. Vio que no había alegría inmediata. Pudo ver que su explicación no había cambiado sus

sentimientos hacia él...

Con una sombría precisión de movimientos, volvió a desensillar a Perseo. Esta frustrante y dolorosa conversación significaba que había perdido toda posibilidad de llegar a la siguiente posada antes de que cayera la noche invernal. Podía estar desesperado por escapar, pero no era tan mezquino como para hacer pasar a Perseo por un viaje helado...

—¿Eso es... eso es todo? —preguntó inestablemente desde detrás de él—. 'Te amo, Elspeth', ¿y luego vuelve a la vida como siempre?

No se dio la vuelta. Un acre brebaje de deseo, miseria e inútil anhelo se agitaba en su vientre. Mirándola a los ojos, no se atrevió a no agarrarla, aunque sabía que ella no correspondía a su amor...

—No hay vida como siempre desde que pusiste mi mundo patas arriba. —Se movió para desabrochar la brida y acarició a Perseo cuando hubo terminado. El caballo relinchó y chocó su noble cabeza contra el hombro de Brody—. Buen chico. Seguro que te alegras de que no vayamos a ninguna parte.

—Yo también —dijo Elspeth en voz baja.

Como Brody no se imaginaba que lo dijera en serio, no contestó mientras la empujaba para ir a buscar un cubo de avena. Se tomó su tiempo. Esperaba que se hubiera ido para cuando él regresara. Tenerla cerca pero fuera de su alcance era una tortura.

Elspeth le estaba esperando. Junto con un resurgimiento de su humor militante. Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y bajó las cejas en señal de reproche.

—Brody, sé que es importante cuidar de tu caballo, pero ¿crees que podrías parar el tiempo suficiente para hablar conmigo?

—Hemos hablado. Anoche. Esta mañana. Ahora. —Llenó el pesebre de Perseo y volvió a acariciar el lustroso cuello del alazán mientras el caballo enterraba el hocico en la avena—. No me ha servido de nada.

—Yo no diría eso —dijo en voz baja.

Esta vez, algo en su tono atravesó su espeso velo de infelicidad y por fin le prestó toda su atención. Por Dios, le dolía mirarla. Le dolía muchísimo. Era un amargo recordatorio de todo lo que quería, pero que nunca tendría.

—Te dije que te quería. —Maldijo el tono de su voz.

—Sí, lo hiciste. —No podía leer su expresión, pero su postura sugería que estaba indecisa entre huir o quedarse a luchar. Al menos no parecía William Wallace dirigiéndose a sus tropas antes de que atacaran a los invasores sassanachs.

Una cosa era cierta. No parecía una chica que había descubierto que su amor había sido correspondido.

Se mordió el labio.

—¿Lo decías en serio?

Brody reprimió una respuesta airada. Al fin y al cabo, su mala fama con las chicas no

era culpa de nadie más que suya. No tenía ninguna razón en particular para confiar en él, aunque él quisiera que lo hiciera.

—Sí.

Algo cambió en sus ojos marrones, aunque su expresión seguía siendo cautelosa. Se sorprendió cuando ella le tendió la mano. La pequeña Elspeth rara vez iniciaba el contacto, pero cuando él la tomó en sus brazos, ella siguió su ejemplo con una presteza pasmosa...

Su tacto le atravesó como un disparo, haciendo que su dolorido corazón se agitara erráticamente. Estar con ella cuando no lo amaba era insoportable. Comenzó a desear haberla ignorado y haber salido a la nieve cuando tuvo la oportunidad...

—Ven aquí y habla conmigo —murmuró—. Estoy cansada de pelear con Perseo por tu atención.

—Estás jugando con fuego, chica. —Sus labios se apretaron, aunque no intentó apartarse. El orgullo le dijo que la mandara al infierno, pero no le hizo caso. Podría ser la última vez que Elspeth le cogiera de la mano. Que le condenaran si rompía el contacto—. Estoy a un centímetro de arrojarte sobre mi montura y llevarte a Invermackie.

Esperaba que se indignara, pero, para su sorpresa, ella se echó a reír. Ante el dulce sonido, la agitación de su alma se redujo a una mera tormenta, en lugar de un huracán que prometía destruir todo lo que estuviera a su alcance.

—Puede que me guste.

¿Qué demonios? Casi sonaba prometedor.

—¿Lo harías? —preguntó con escepticismo.

Ella le apretó los dedos.

—Tal vez podrías probarlo, después de que haya hablado contigo.

Las últimas veinticuatro horas habían dejado a Brody demasiado maltrecho para el optimismo, pero una cautelosa esperanza empezaba a brotar en su interior. Esa tímida esperanza y su curiosidad lo mantuvieron cooperativo mientras ella lo conducía hacia un fardo de heno en un nicho cerca del guadarnés.

Elspeth se sentó y lo acercó a ella. Apenas se atrevía a hablar, por miedo a que aquella frágil tregua se rompiera...

Cómo había caído el poderoso. Antes de enamorarse de Elspeth, nunca se había sentido inseguro con las chicas. Pero entonces, ninguna otra mujer había significado tanto para él como su pequeño gorrión. Un movimiento en falso y ella se alejaría para siempre.

Por primera vez desde aquella tensa escena en la biblioteca, empezó a preguntarse si la situación era tan irreparable como había creído. A estas alturas ya esperaba estar camino de las colinas, con frío por fuera y por dentro. Un corazón roto hiela la sangre de un hombre. Sin embargo, seguía aquí porque ella le había suplicado que no se fuera. Ahora ella sostenía su mano en el regazo, jugando distraídamente con ella como si tuviera todo el derecho a tocarla.

En el extremo más alejado de los establos, Jock silbaba mientras trabajaba, este rincón

oculto le ofrecía un remanso de intimidad. La mayoría de los días los establos eran un hervidero de actividad, pero en esta Nochebuena nevada su primo había dado a los mozos de cuadra un día libre.

Brody esperaba que cumpliera su promesa de hablarle, pero ella parecía contentarse con sentarse a su lado y cogerle de la mano. La tensión había llegado a tal punto que ya no podía permanecer en silencio.

—Elspeth lassie, si me has traído aquí solo para abandonarme de nuevo, prefiero estar en la nieve con la única compañía del viento.

Ella miró fijamente la mano de él entre las suyas, con expresión pensativa. Con dolorosa nostalgia, su mirada se posó en el delicado perfil de ella. Qué guapa era. La chica más hermosa que había visto nunca. Debía de estar ciego para no ver que la tranquila hermana pequeña de Hamish era una joya esperando a ser descubierta.

—Tengo una confesión que hacer —dijo suavemente.

—Oh?

—Más una explicación que una confesión. —Ella seguía sin mirarle, aunque se relamió los labios, traicionando su incertidumbre.

Se mordió un gemido. Lo que quería era tomarla en sus brazos y besarla hasta dejarla inconsciente. Entonces le diría que dejara de torturarle y admitiera que era suya.

Hace una semana, incluso ayer, podría haber dejado de lado sus dudas y haberlo hecho. Pero había aprendido mucho sobre ella, y sobre sí mismo, desde la discusión de la noche anterior en la biblioteca. Una muestra de pasión podría persuadir a Elspeth para que se rindiera temporalmente, pero si quería una rendición permanente, tendría que dar un paso atrás y dejar que ella se acercara a él en sus propios términos.

Brody no era un hombre paciente por naturaleza, pero podía esperar a Elspeth. Demonios, ahora que ella le había dado un rayo de esperanza, cuando toda esperanza estaba muerta, esperaría hasta el día del juicio final si tenía que hacerlo.

Cuando él no dijo nada, ella continuó en voz baja y firme.

—Trata de una quinceañera muy estúpida que pone sus ojos en un joven inalcanzable.

—No tan inalcanzable —no pudo evitar decir.

Recibió una mirada admonitoria por las molestias.

—Por favor, no interrumpa.

Brody ocultó una sonrisa. Lo cual también era sorprendente. Cuando había ensillado a Perseo, había estado convencido de que nunca volvería a sonreír.

—Le ruego me disculpe, mi señor.

—Concedido. —Sus labios se crisparon.

—Continúa con tu historia. —Esperaba por Dios que no acabara con la niña tonta creciendo y decidiendo que su interés por el joven no era más que un capricho infantil.

—Esa chica tonta suspiraba en vano, porque estaba claro que nunca atraería la atención

del joven. —Ella le dirigió otra mirada escalofriante mientras él se movía en señal de protesta—. Era tímida y anticuada, y nadie la veía como algo especial, ni siquiera su familia. El joven nunca se fijó en ella ni en lo mucho que le quería.

La palabra «amor» atrapó su corazón como un anzuelo.

—Elsbeth...

—No fue culpa suya. —Ella continuó antes de que él pudiera corregirla sobre la descripción poco halagadora—. A la chica se le trabó tanto la lengua en su presencia que apenas pudo articular palabra.

—Ella resolvió ese problema en particular —Brody no pudo evitar señalar.

—Lo ha hecho. —Tomó su mano entre las suyas con una ternura que él rogó que no fuera el preludio de un adiós definitivo—. Durante cinco años, la chica anheló al chico en silencio, viviendo para las pocas veces que lo veía. Mientras el chico se hacía cada vez más guapo, extendiendo su encanto por todas partes.

Sí, lo había hecho. Para su vergüenza. La incomodidad le hizo moverse de nuevo, pero esta vez fue lo suficientemente prudente como para no hablar...

—Se pasaba el tiempo persiguiendo a chicas guapas de toda Escocia y no dedicaba ni un momento de atención a la chica que más le quería.

Cada vez sonaba mejor. Su corazón saltó.

—Entonces, justo antes de Navidad del año en que cumplió veinte años, la chica vio el error de sus caminos. Su chico guapo nunca la amaría. La verdad era ineludible. Podía revolcarse en sueños imposibles que la hacían infeliz, o podía ser sensata y dejar de amarlo.

—Maldita seas, Elspeth —gruñó, arrancando la mano de la suya y mirándola consternado—. ¿Me estás haciendo pasar por todo esto solo para rechazarme otra vez?

Finalmente se giró hacia él, con sus ojos marrones y brillantes buscándole.

—Aún no he llegado al final de la historia.

—No me gusta la dirección que está tomando.

—Quédate conmigo, Brody. —Sus pestañas se agitaron de nuevo—. A partir de ahora, el apuesto laird no sería para ella más que el amigo de su hermano. Juró que ya no anhelaría desde las sombras.

—Hiciste bien —dijo malhumorado—. Hablarme era una buena forma de llamar mi atención.

Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de sus labios.

—Había decidido que ya no quería que el joven se fijara en ella. Recuerda: había renunciado a su amor.

Suspiró con impaciencia.

—El joven se fijó en ti.

—Sí, lo hizo. —Siguió mirando su regazo—. Pero por aquel entonces, la chica tenía un aspecto bastante diferente, gracias a un astuto amigo. Cuando el joven intentó ligar con ella, se

sintió lo suficientemente halagada como para sucumbir a algunos besos. Sobre todo ahora, que era inmune a cualquier sentimiento más profundo.

—Por el amor de Dios, Elspeth...

Volvió a callarse cuando ella levantó la mano.

—Después de que él la había ignorado todos estos años, ella quería ver cómo se sentía que un libertino la persiguiera.

—¿Cómo fue?

—Oh, fue maravilloso. —Esta vez ella lo miró, y la expresión derretida de sus ojos color café revivió la esperanza que había muerto cuando dijo que había renunciado a su amor—. Besaba muy bien y la hacía reír. Se sentía una muchacha tan atractiva y sofisticada por tener a ese chico salvaje bajo su esclavitud, solo para su propio placer y no con miras a la eternidad.

—Habla por ti.

Elspeth lo ignoró.

—Sin embargo, este encantador interludio tuvo un desagradable final cuando su inofensivo flirteo se hizo público.

—¿Asqueroso? —Cada músculo de su cuerpo se tensó. Ella había usado esa palabra antes. No le había gustado entonces. No le gustaba ahora—. ¿Te refieres a mi propuesta?

—Sí —dijo ella, cogiéndole la mano de nuevo. Si quería que siguiera su camino, no debía tocarle. Pero no pudo resistirse a rodear sus dedos con los de ella—. El libertino resultó ser un hombre de honor, y le pidió a la chica tímida que se casara con él porque pensaba que había comprometido su reputación.

—Y ella le dijo que no. —La herida todavía dolía.

—No podía ver por qué un poco de alegría navideña debía decidir todo su futuro.

—Decidió la mía —dijo rotundamente.

Ella le apretó la mano.

—Sabía que el joven la había elegido porque era la única mujer soltera de la fiesta, e incluso entonces, solo porque su inteligente amiga había cambiado su apariencia.

Le dirigió una mirada furiosa.

—Debes saber que eso no es verdad.

—Ahora sí.

—Elspeth...

—Por favor, déjame terminar.

—Muy bien. Se aferró a su mano como un hombre que se ahoga a un trozo de madera, tratando de recuperar el aliento antes de hundirse...

A lo lejos oyó cómo Jock conducía al caballo de Fergus al patio. Él y Elspeth estaban ahora solos en los vastos establos, los únicos testigos equinos de si los próximos minutos acabarían en desamor o en una vida con la mujer que amaba.

—Fue peor que eso. —Por primera vez, su firme calma vaciló...

—¿Cómo podría ser peor? —murmuró.

Se quedó boquiabierta.

—Fue peor porque la chica se había estado mintiendo a sí misma todo el tiempo.

—¿Lo había hecho?

—Sí. Resulta que el amor no es tan fácil de desterrar después de todo.

Su pulso empezó a acelerarse, se sentó erguido y la miró fijamente a la cara.

—¿No es cierto?

Sacudió la cabeza.

—No. Se había dicho a sí misma que lo que sentía por el apuesto muchacho era amor de cachorro.

—¿No lo era?

—No. Nuestra heroína estaba realmente enamorada.

¿Elspeth le quería? ¿Era eso lo que decía? Lo hacía de una manera tan indirecta que él aún no estaba seguro.

—Mo chridhe... —Él la alcanzó, pero ella le soltó la mano y se levantó.

—Brody, necesito decirte algo. —Le tendió la mano—. Anoche me preguntaste por qué dije que no a tu proposición.

La tentación de estrecharla contra él era casi abrumadora. Bajó los brazos y se obligó a ser paciente. Después de todo lo que habían pasado, sabía que no debía obligarla a hacer lo que él quería. Ni siquiera con besos. Y ella aún no había dicho las palabras que él se moría por oír, por muy cerca que estuviera de decirlas...

—¿Entonces por qué demonios me rechazaste? —Su historia lo dejó más confundido que antes—. Parece una estupidez cuando yo te deseo y tú me deseas.

—Pensaba que solo te estabas divirtiendo un poco antes de volver a tus entretenimientos habituales.

La miró con incrédulo desagrado.

—¿Porque no puedo resistirme a mi costumbre de ligar, aunque sea unos días, y tú eras la única candidata? ¿Aunque no cumples mis estándares habituales, estaba tan desesperado que tuve que conformarme?

Ella hizo una mueca ante su sarcasmo y un bonito rubor coloreó sus mejillas.

—Suenas absurdo cuando lo dices así.

—Sí, suena absurdo porque lo es. —Suspiró y estiró las piernas sobre el suelo de madera—. Y pensar que todo el mundo me dice que eres inteligente.

Sus ojos se clavaron en su alma. Antes de enamorarse de Elspeth, nunca había pensado mucho en su alma. Ahora esperaba que a ella no le faltara tanto como él temía.

—Brody, no soy inteligente contigo —dijo ella con voz apagada—. Nunca lo he sido. Siento haber sido tan mala contigo en el desayuno.

Ocultó un escalofrío.

—No estabas tan mal - si querías que un hombre te dejara, le cortabas el cuello a toda prisa.

Hizo una mueca y se acercó un paso.

—Entonces no sabía que te importaba.

—Me importa —dijo en voz baja—. Más de lo que nunca me ha importado nada en toda mi despreciable y autocomplaciente vida.

Ella lo estudió, como si hubiera descubierto en él profundidades ocultas que nadie más había descubierto.

—Hamish dice que te importaba antes de que Marina me pusiera guapa.

—Dios mío, Elspeth, ¿de eso se trata todo esto? Te lo dije: eras guapa incluso antes de ponerte guapa.

Se tocó el pelo severo.

—¿No te gustó?

Se le escapó una risa sin gracia.

—Solo porque el resto del mundo también te vio. No necesitaba la competencia.

La tensión desapareció de su expresión y la calidez suavizó sus ojos castaños. Volvió a sentarse a su lado y le cogió la mano.

—Oh, Brody, eso es maravilloso.

La miró fijamente, frustrado. Ya le había hecho esperar bastante. Sobre todo ahora que estaba seguro, o casi seguro, de que le quería.

—Sería aún mejor si me sacaras de mi miseria y me dijeras que me amas.

Parecía sorprendida.

—Pero lo he hecho.

—Solo de pasada, y solo en términos que te hacían parecer avergonzado de lo que sentías.

Le levantó la mano y le besó los nudillos. El breve contacto de sus labios le estremeció, haciendo que su corazón chocara contra sus costillas en una tormenta de anhelo.

—Te quiero, Brody.

La había acosado para que se lo dijera, pero las palabras que ansiaba oír le hicieron un agujero en forma de Elspeth.

—¿En serio?

—Siempre te he querido. —Su sonrisa vaciló y le miró a los ojos con una tímida sinceridad que le recordó a la chica que había conocido—. El milagro es que creo que podrías corresponderme.

El peso del fracaso y la miseria que le habían perseguido durante todo el día empezó a disiparse. Se levantó y tiró de ella hacia él.

—Si piensas lo contrario, no eres la chica lista que creo que eres.

—No me he sentido muy inteligente estos últimos días. —Aquellos ojos grandes y

brillantes escudriñaron su rostro, y por primera vez leyó la luz como amor. Por fin, una esperanza invencible se desplegó en su interior como un estandarte de victoria.

Brody le agarró la mano con fuerza y se inclinó para besarla. Cuando sus labios se encontraron con los suyos, resistió el impulso de profundizar el beso. Siempre habían tenido el deseo, pero ahora solo las palabras tenían el poder de unirlos. Cuando él se apartó, ella emitió un pequeño sonido de queja.

—Te quiero, Lassie —murmuró.

La primera vez que se lo dijo, ella no le creyó. Con cada repetición, él veía cómo la aceptación calaba en su piel, se asentaba en sus huesos, reclamaba un lugar en su valiente corazón. Cuando hubieran pasado cincuenta años juntos y él se lo hubiera dicho diez mil veces, su amor sería una parte indeleble de ella.

—Te quiero, Brody —respondió ella con un tierno fervor que desvaneció lo último de su infelicidad. No solo de los últimos días, sino de los difíciles meses anteriores. Ahora sabía que había estado inquieto por una buena razón. Había superado las actividades de su juventud y había empezado a buscar un propósito para toda la vida...

En Elspeth había encontrado ese propósito. La gratitud convirtió su tono en reverencia.

—Cuánto he deseado oírte decir eso.

Un leve fruncimiento de ceño cruzó su rostro.

—¿Por qué no me dijiste anoche que me querías?

Hizo una mueca.

—¿Delante de esa multitud - y contigo pareciendo que tu mundo se había acabado?

—Mi mundo se había acabado. —Su boca se torció en una sonrisa irónica—. Acababa de darme cuenta de que seguía enamorada de un hombre que nunca se preocuparía por mí, pero que se sentía honrado de unirme de por vida. No podía imaginar una receta más segura para un futuro miserable.

—¿Todavía te sientes así?

La sonrisa se transformó en una sensual invitación.

—Si me besas otra vez, puede que te responda.

Él le devolvió la sonrisa.

—Todavía no, *mo chridhe*. Quiero hacerlo bien esta vez. La última vez que lo intenté, lo estropeé todo. —Se arrodilló sobre el suelo de madera que tenía debajo.

—Brody... —susurró ella, agarrándole la mano. Tenía los ojos redondos y el color teñía sus pómulos rasgados mientras le miraba fijamente.

Se esforzó por expulsar la emoción de su garganta. No debería ser difícil. Después de todo, ella lo amaba y él la amaba a ella. Pero las palabras eran demasiado importantes para decirlas con facilidad.

—Elspeth Douglas, te amo con todo mi corazón, y aunque no soy lo suficientemente bueno para ti...

Ella se movió como si no estuviera de acuerdo, pero él continuó antes de que pudiera interrumpirla.

—Aunque no soy lo bastante bueno para ti, mi única esperanza de ser feliz es tenerte a mi lado el resto de nuestra vida. En los buenos y en los malos momentos. A través de los años en los que haré todo lo posible por ser un buen marido. Di que te casarás conmigo, Elspeth, porque estoy perdido sin ti.

Las lágrimas iluminaban sus hermosos ojos, mientras que la alegría iluminaba sus delicadas facciones. Parecía una criatura diferente de la chica triste del desayuno.

Cuando ella no respondió inmediatamente, él apretó con más fuerza su mano.

—Esta es mi tercera proposición, mi amor. Por favor, esta vez di que sí.

Su garganta se movió al tragar y su voz se convirtió en un susurro ronco.

—Oh, Brody, me haces tan feliz. Esta mañana pensé que nunca volvería a ser feliz.

La miró fijamente a la cara y la reconoció como su destino.

—Haré todo lo posible para que seas feliz el resto de tu vida.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que expresaba un universo de alegría. Por primera vez, creyó de verdad que le quería.

—Me encantaría.

—Te quiero.

—Y te quiero.

—¿Y?

Ella se rio, y el cálido sonido le recorrió la espina dorsal y se instaló en su corazón.

—Por supuesto que me casaré contigo, Brody.

En cuanto ella le había declarado su amor, él había sabido que lo tendría, pero oír esas palabras desplazó los últimos vestigios de incertidumbre que habían pesado sobre su corazón como un yunque.

—Oh, mi amor —suspiró, llevándose las manos a los labios—. Gracias. Nunca te defraudaré. Te lo juro.

—Ahora estoy convencida de que deberías besarme, Brody.

La emoción le hizo ponerse en pie con torpeza. La rodeó con los brazos y tiró de ella hacia sí, deleitándose en la suave exuberancia de su cuerpo y en cómo acogía su tacto.

—Sí, recuerdo la última vez que nos interrumpieron con brusquedad.

—Puede que esta vez también nos interrumpan con brusquedad —dijo ella, tan incandescente de placer que brillaba como mil estrellas...

Mientras Brody contemplaba su rostro vivo, no se sintió triunfante. En cambio, se sintió bendecido.

Nunca había imaginado tener el poder de hacer que alguien se sintiera así. Era una responsabilidad que pensaba cumplir mientras le quedara aliento. Apretó con fuerza su cintura.

—Si eres mi esposa, te tendré para mí solo.

—Me casaría contigo mañana mismo. —Una chispa del delicioso humor que había descubierto en los últimos días iluminó sus ojos—. Bueno, quizá mañana no. Es Navidad.

—Qué raro regalo de Navidad ha puesto el destino en mis manos. —Le sonrió—. Y tenemos suerte, querida. Marina ha colgado esa impresentable hierba *sassenach* por todo el castillo. Mientras estemos bajo ella, podré besarte siempre que quiera.

Elspeth se rio y le enterró los dedos en el pelo.

—Deja de hablar, Brody.

La miró fijamente, cegado por la felicidad, cegado por ella.

—Pero no...

Su tímida amante le dio un fuerte tirón del pelo. Incluso cuando él se estremeció, ella se puso de puntillas y tiró de su cabeza hacia abajo para darle un beso que no era nada tímido...

Epílogo

Elspeth descansaba en los fuertes brazos de Brody mientras Perseo se dirigía hacia el pequeño edificio situado bajo la cresta de la colina, abriéndose paso sobre la nieve firme con sus pulcros cascos negros.

—¿Estás cansado? —murmuró Brody mientras conducía al bayo a los sombríos establos de la parte trasera del aislado pabellón de caza, en lo profundo de las colinas detrás del castillo de Achnasheen.

Elspeth emitió un sonido somnoliento y frotó la mejilla contra el hombro de Brody. La lana de la tela escocesa que se había echado sobre el hombro era suave bajo su cara. Respiró hondo el heno, los caballos y el delicioso aroma del hombre con el que se había casado.

—Un poco. Sobre todo feliz.

Él no se movió para desmontar inmediatamente, solo apretó su agarre sobre ella.

—Eras una novia preciosa, *mo chridhe*. No sabes lo que sentí cuando esta mañana te dirigiste al altar y prometiste ser mi esposa.

Sonrió al recordarlo. Había sentido como si su corazón hubiera estado bailando todo el día. Había sido una boda perfecta, con familia y amigos y todo el mundo feliz por los novios. Los malos sentimientos que le había dejado la escena de la biblioteca se habían desvanecido en las últimas semanas. Incluso Hamish y Diarmid habían expresado su aprobación del enlace, una vez que habían visto que Brody estaba profundamente enamorado y que seguiría estándolo.

Elspeth y su madre se habían reconciliado poco después de que ella aceptara la proposición de Brody. Hoy, Elspeth se había emocionado al ver a la temible *lady* Glen Lyon derramar una lágrima cuando su hija salió de la sacristía con su nuevo marido para recorrer la iglesia como marido y mujer.

—Podrías intentar decírmelo —dijo ella, adorando esta habilidad para burlarse de él.

En los días en que lo había amado de lejos, siempre se había sentido totalmente inadecuada en comparación con el magnífico Brody Girvan. En el último mes, se habían

convertido en iguales. Él ya no era el dios de escayola, inalcanzable en su pedestal, y ella ya no era la acólita adoradora, adorando en su altar...

De hecho, en los rincones ocultos del castillo, habían conseguido superar la distancia que los separaba con tanta eficacia que a ella le sorprendió que hoy hubiera venido virgen a la iglesia.

Brody era mucho más interesante y complejo que la cifra que había creado en su imaginación. Tenía por delante toda una vida para descubrir todas las facetas de su naturaleza. Lo que sabía hasta ahora era que era cariñoso, divertido y apasionado, con una vena caballeresca tan amplia como el mar de Irlanda. Estaba deseando saber más sobre esa pasión esta noche.

Qué suerte tenía.

—Oh, tendría que ser poeta para hacer justicia a este momento. —Cuando ella no habló para liberarle de la obligación, él suspiró y le besó la parte superior de la cabeza. Incluso a través del pañuelo de cachemira que le cubría el pelo, sintió la ternura de sus labios—. Eres una mujer exigente, Elspeth Girvan.

Su nuevo nombre aún la excitaba. Colocó sus manos enguantadas sobre las de él, donde se aferraron a su cintura, sujetándola firmemente al gran caballo.

—Eso te gusta.

Sus encuentros desde que le propuso matrimonio habían sido frustrantes, pero también instructivos. El deseo sin límites que él sentía por ella le había hecho creer que era una mujer deseable y, lo que era aún mejor, que el hombre al que amaba la deseaba hasta la locura...

—Sí, así es. —Hizo una pausa—. Cuando te casaste conmigo, pensé que sentiría que había ganado una gran victoria.

—¿No lo hiciste?

—Sí. Sí, lo hice. Pero eso no era lo importante.

—¿Qué era?

—Sobre todo, me sentía agradecido. Y decidido a hacer lo correcto por este tesoro que la vida había tenido a bien darme. Y amor. Sobre todo sentí amor. —Su abrazo se estrechó y su voz bajó al hermoso bajo-barítono que siempre la hacía temblar de anhelo—. Te quiero, Lassie. Te querré hasta el día de mi muerte.

Hizo una pausa y luego continuó con una impaciencia cariñosa que le arrancó una risa ahogada.

—No me digas que estás llorando otra vez.

—¿Cómo lo has sabido?

—Siempre lo sé.

—Eres un poeta. Eso fue encantador.

—Oh —dijo él con encantadora timidez—. Eres una cosita tonta.

Brody se deslizó hasta el suelo y levantó las manos para tirar de ella desde la silla de montar. Con su falda escocesa verde y azul, parecía un elegante Highlander. Después de la

ceremonia se había puesto un elegante abrigo negro que adornaría cualquier salón de Londres. Su vestido de novia había sido una de las creaciones de Sandra, un sencillo vestido de seda gruesa color champán. También se había cambiado para el largo viaje a las colinas. Ahora llevaba el hábito de montar de color púrpura que Marina y Fergus le habían regalado.

Cuando Brody dejó a Elspeth frente a él, ella captó el brillo de la risa en sus ojos verdes.

—Desde luego, lo que más siento ahora mismo es calentura. Tenemos una noche de bodas por delante, y Dios sabe por qué estamos en un establo cuando podríamos estar dentro haciéndonos cosas desagradables.

Sus comentarios terrenales la hicieron reír de nuevo y se puso de puntillas para besarle. Sus labios eran una deliciosa mezcla de calor y frío, con sabor a aire invernal y a Brody.

—No tardes mucho en acomodarte, Perseo.

—Quédate ahí. Volveré pronto.

—¿Quedarme aquí?

—Sí. Ya verás por qué.

Con un resplandor de expectación, Elspeth observó cómo conducía al caballo a un establo. Mientras él realizaba las tareas mundanas de cuidar de su montura, ella se abrazó a sí misma. Estaba a punto de estallar de alegría. Nadie en la historia del mundo había sido tan feliz como ella en ese momento.

A través de la puerta abierta vio que la luz se desvanecía en las colinas salvajes y que entraba una noche estrellada. Una noche que prometía alegrías indecibles.

Ella y Brody pasarían los próximos tres días solos aquí en Achnasheen antes de que él la llevara a su nuevo hogar en Invermackie. Aunque estaba ansiosa por ver el lugar del que él hablaba con tanto cariño, ahora estaba aún más ansiosa por la transición de novia a esposa. Su apetito por su marido había crecido hasta tal punto que temía estallar en llamas en el momento en que él la tocara...

—¿En qué estás pensando? —Brody cruzó el suelo hacia ella, sus largas piernas comiéndose el espacio entre ellos.

—Tú. Yo. Nosotros. —Su rubor ardía en el aire frío—. El hecho de que es una larga noche de invierno y vamos a pasarla juntos.

Su suave risa expresaba anticipación y agradecimiento a partes iguales.

—Tengo planes para cada hora. Empezando ahora.

La abrazó. Cuando sus pies abandonaron el suelo, su corazón dio un gran salto.

—¡Brody!

—Sh..., *mo chridhe*. Da buena suerte llevar a la novia al otro lado del umbral.

Ella le puso una mano posesiva alrededor del cuello.

—¿Lo es?

Se inclinó y la besó rápidamente.

—Oh, será para nosotros.

Murmuró decepcionada cuando él se apartó sin profundizar el beso. Luego apoyó la cabeza en su pecho mientras él la llevaba en brazos por el corto trayecto nevado hasta el pabellón de caza. Para abrir la puerta tuvo que hacer unos deliciosos malabarismos con su carga antes de entrar.

—Dios mío, es como un sueño —dijo mientras contemplaba la opulenta habitación, con su cama con dosel, sus cómodos muebles y su crepitante chimenea. Un rápido vistazo confirmó que los criados de Fergus habían hecho del pabellón de caza el lugar perfecto para su luna de miel.

—Sí, lo es. Fergus no me dejó entrar el día que me trajo para enseñarme el camino y preguntarme si quería usar la cabaña para nuestras primeras noches juntos.

—Marina y Fergus se portaron muy bien con nosotros.

—Sí, lo han hecho. —Suavemente, Brody la ayudó a ponerse de pie frente al fuego—. Y tengo la intención de ser muy bueno contigo ahora.

Cuando levantó la mirada hacia sus brillantes ojos verdes, la luz decidida que había en ellos la hizo temblar de anhelo... y de nervios. Le quería, le deseaba, ya había tocado la mayor parte de su cuerpo. Pero aquí, en este lujoso refugio, era plenamente consciente de que nunca antes se había entregado a un hombre.

—¿Quieres descansar? —Se quitó la tartana Girvan del hombro y la tiró sobre una silla. Se dejó caer en uno de los sofás de cuero y, con una rapidez impresionante, se quitó las botas...

Atónita, Elspeth se paró sobre la alfombra turca roja y azul en el centro de la habitación y se quedó mirándolo mientras él empezaba a desvestirse. Hasta sus pies eran hermosos. Fuertes, gráciles y largos.

—¿Elspeth? —preguntó con humor, profundizando las atractivas líneas alrededor de sus ojos.

Se llevó una mano al corazón y se movió de un lado a otro en una espuma de impaciencia y excitación.

—No.

Se puso en pie y la miró con una fijeza que le produjo escalofríos.

—¿Tienes hambre?

—No —dijo ella, aunque no había hecho justicia al extravagante desayuno de bodas que había surgido en el castillo.

—¿Quieres un poco de privacidad?

Se quitó los guantes con humor. El brillo dorado de su alianza la llenó de orgullo.

—¿Quieres volver a la nieve?

No sonrió. Había mantenido el hambre a raya durante las últimas semanas, pero ella se daba cuenta de que estaba perdiendo el control. Volvió a estremecerse.

—Supongo que estás un poco nervioso.

Se le escapó una suave carcajada.

—Claro que estoy nerviosa.

—Pensé...

Se puso al abrigo de su cuerpo y apoyó las manos en su ancho pecho. Bajo su palma, el corazón de él retumbaba tan rápido y fuerte como el suyo. Inspiró un aliento con sabor a Brody. A caballo. A cuero. A aire libre. A hombre sano. Un leve toque de almizcle que delataba su deseo.

—Vuelves a hablar demasiado, mi amor. —Le quitó la camisa blanca suelta del grueso cinturón negro de la cintura.

Le cogió las manos mientras se levantaba la camisa.

—Elspeth, muchacha, ¿estás segura?

Se le escapó una carcajada incrédula.

—Brody, llevo cinco años segura. Te deseo. —Ella le lanzó una mirada coqueta bajo las pestañas—. Me hiciste creer que tú también me deseabas. ¿O me has engañado, guapo mío?

Se rio, quitándole la camisa de las manos y poniéndosela por encima de la cabeza.

—Que nunca se diga.

Se detuvo para contemplar su pecho desnudo, duro y delgado, cubierto de sedosos rizos negros. Con manos temblorosas, desabrochó su elegante chaqueta y, mostrando poco respeto por la habilidad y el duro trabajo de Sandra, la arrojó sobre la desechada chaqueta de cuadros escoceses de Brody.

Brody cayó de rodillas frente a ella.

—Levanta el pie.

Le quitó hábilmente las medias, las botas y la falda y las tiró por la alfombra. La cogió por las nalgas y tiró de ella hacia delante, enterrándole la cara en el vientre. Lo había amado durante mucho tiempo, pero los apetitos adultos eran nuevos para ella. Con todos los besos y caricias febriles de las últimas semanas, había creído comprender lo que era desear a un hombre. Pero fue ahora, en ropa interior, abrazada a su marido, cuando se dio cuenta del poder de la necesidad femenina...

—Eres tan hermosa —gimió en las enaguas que cubrían la suave curva de su vientre.

Algo en lo más profundo de su ser se aflojó y se licuó, y el calor empezó a palpar en los huecos secretos de su cuerpo. Le peinó el pelo con los dedos mientras temblaba con una agonizante mezcla de ternura y deseo por aquel hombre con el que se había casado. La cama se cernía tras ellos, la cama en la que pronto le arrebataría su inocencia.

—Te quiero, Brody —le susurró ella, inclinándose para besarle la oscura coronilla erizada. Él inclinó la cabeza y se encontró con sus labios. Sin dejar de besarla, se puso en pie. Al principio fue dulzura antes de que la pasión se apoderara inevitablemente de ella. Una pasión alimentada por cien encuentros fugaces en los que lo único que la había mantenido casta era la posibilidad de ser descubierta...

Con una impresionante habilidad, le quitó la última prenda, tirando al suelo el corsé, la camisa, las enaguas y los calzoncillos. Cada roce de sus manos sobre su piel avivaba su inquieto deseo de más.

—Madre mía —suspiró mientras intentaba cubrirse el sexo y los pechos.

Se rio con el afecto que había sido una de las primeras señales del cambio de sus sentimientos; eso, y su tendencia a besarla siempre que tenía ocasión.

—¿Te he hecho tímida?

Ella se sonrojó como el fuego, evitando esos ansiosos ojos verdes.

—Lo siento.

Brody dio un paso atrás, con las manos sueltas en la cintura de ella, y la examinó con una minuciosidad que no hizo sino intensificar el calor en sus mejillas... y en otros lugares.

—No lo estés. Es encantador. —Volvió a reír—. Necesitas manos más grandes.

Con tristeza, miró hacia abajo. No podía ocultar mucho de su amplio pecho. Maldito bizcocho...

—Maldita sea.

—¿No me dejas verte? —Su acento era más grueso que nunca, siempre un signo de emoción abrumadora—. He soñado con tenerte desnuda entre mis brazos.

Elsbeth levantó sus ojos inseguros para encontrarse con los suyos y no encontró más que asombro y deseo. Gracias a Dios, él ya había dejado claro que estaba loco por sus voluptuosas curvas.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Ese pudor debe de parecer una locura cuando me has tocado tan a menudo.

Como si no pudiera apartar la mirada, volvió a estudiar sus pechos.

—Esto está mejor.

Unas cuantas veces, después de aquellos impactantes momentos en la biblioteca, él le había acariciado y besado los pechos. Se estremeció al recordar la emoción de sus dedos jugando con sus pezones, unos pezones que ahora estaban duros y doloridos. Incluso el roce de su propia mano sobre los duros pezones le hacía pensar en el pecado...

—Parece como si quisieras comerme —dijo inestablemente, los músculos de la base de su vientre apretándose en un vacío doloroso. Cómo lo deseaba.

—Me moría de hambre por ti, Elspeth. Eres preciosa y te adoro.

Las palabras calmaron las mariposas que hacían acrobacias en su estómago. Lentamente, separó las manos de su cuerpo y se enderezó hasta colocarse orgullosa frente a él.

Elsbeth descubrió lo glorioso que era que un hombre la mirara como si fuera una diosa. Una inhalación temblorosa expandió aquel imponente pecho cuando él dio un paso atrás para verla mejor. Los nervios se agitaron cuando su mirada devoró su desnudez, pero ella inclinó la barbilla y se quedó quieta como una estatua.

—Suéltate el pelo, mi amor —dijo roncamente, con las manos abriéndose y cerrándose a los lados.

Mientras sus torpes dedos le arrancaban las horquillas del pelo, observó su rostro. Su miedo se desvaneció. Aunque veía un calor titilante, también veía una cruda necesidad. Debido a su experiencia mundana, Brody siempre había parecido estar por delante de ella en este juego. Esta noche, el amor que sentían el uno por el otro los ponía al mismo nivel...

Mientras las ondas de su largo cabello castaño caían en cascada sobre sus hombros, no necesitó ningún acto de valor especial para coger la mano de él y colocarla sobre su pecho.

—Tócame, Brody.

Él gimió de acuerdo, y en un instante todo se convirtió en placer y excitación.

Le acarició los pechos, apretándolos y acariciándolos, llevándose a la boca las duras puntas de los pezones. Ella gritó cuando una sensación tras otra la atravesaron, y el anhelante dolor entre sus piernas se agudizó hasta el borde del dolor...

El asombro se desvaneció y ella comenzó su propio viaje de descubrimiento, pasando las manos por la piel caliente del pecho, los hombros y la espalda de él. Él la empujó hacia atrás con un par de empujones y ella cayó sobre la cama, formando una maraña de brazos, piernas y cabellos alborotados.

—Hazme tuya, Brody. —Aturdida, embelesada, le miró fijamente mientras él permanecía de pie junto a la cama—. No me hagas esperar más. He esperado siempre.

—Elsbeth... —El rostro orgulloso y feroz se suavizó de tal manera que si alguna vez había dudado de su amor, ya no podría volver a dudarlo. La miró como si ella hiciera salir el sol cada día. El amor la estremeció. Amor y curiosidad por saber cómo ese amor encontraría una expresión física.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de bienvenida y, para su asombro, la mano que le tendía era firme.

—Muéstrame, mi amor. Muéstramelo todo.

A Brody le temblaban las manos cuando se desabrochó el cinturón y se quitó la falda escocesa de la cintura. Era dura y pesada y estaba lista para su mujer. Vio cómo los ojos de Elspeth se agrandaban tanto que amenazaban con tragárselo entero.

Sus labios se crisparon.

—Och, di algo, chica, o pensaré que te he asustado para que guardes silencio.

Su mirada seguía fija en la gruesa columna de carne que se alzaba entre sus muslos. Ella se lamió los labios con una sensualidad inconsciente que hizo que la excitación retumbara en su interior.

—Madre mía. —Sus ojos parpadearon para encontrarse con los de él y luego volvieron a su polla—. ¿Encajarás?

Se rio con placer y se arrodilló sobre ella en la cama.

—Sí, *mo chridhe*. Con un poco de habilidad y mucho cuidado sí que me quedará bien.

—Espero que tengas razón —dijo ella, dubitativa, mientras le hundía las manos en el pelo y tiraba de él para darle un beso urgente que le aceleró el corazón.

A pesar del calor que le hacía arder la sangre, Brody seguía siendo consciente de que él era un hombre grande y su novia una mujer pequeña y, además, virgen. Estaba orgulloso de ser el primer hombre en poseerla, pero le debía a Elspeth que su primera experiencia con un hombre fuera todo lo que ella había esperado...

Aunque su boca era exigente con la de ella, su tacto mantenía una pizca de dulzura mientras exploraba las colinas y valles de su voluptuoso cuerpo. Cuando llegó entre sus piernas, ella temblaba y jadeaba. La excitación femenina impregnaba el aire de un aroma sugerente.

Estaba húmeda y suave bajo sus dedos y, cuando tocó el centro de su placer, dejó escapar un ronco gemido de aliento. Se tomó su tiempo, aunque contenerse casi le estaba matando. Sus pelotas estaban tensas y pesadas y cada latido de su corazón le pedía a gritos que la penetrara.

Utilizó sus dedos para penetrarla, introduciéndola en el ritmo del amor. Ella se tensó y sus manos se clavaron en sus bíceps. Su hermoso rostro estaba enrojecido, sus ojos negros de deseo y sus pequeños dientes blancos hundidos en su carnoso labio inferior.

—Por favor... —dijo con voz tensa—. Por favor, Brody. No me tortures más.

—No quiero hacerte daño —le espetó, raspándole el cuello con los dientes mientras ella palpitaba alrededor de los dedos que había introducido en su interior...

—Me duele desearte tanto. No me hagas rogar.

Elspeth estaba a punto de llorar. Él no era rival para su dolor. Casi con brusquedad, le separó las piernas y se movió hasta colocarse entre sus muslos. La besó una vez más con todo el amor que sentía antes de que la ternura se hundiera bajo su abrumadora necesidad de reclamarla como esposa...

Le levantó las rodillas, esperando que eso le facilitara lo que estaba por venir. Luego tensó las caderas, retrocedió un poco y empujó hacia delante con una firmeza implacable que contradecía la tormenta de emociones turbulentas de su corazón.

Ella gimió y se puso rígida bajo su invasión. Por Dios, estaba muy apretada. Siguió penetrándola, sintiendo su fuerte sacudida al reclamar su virginidad. Ella no gritó, pero sus gemidos temblorosos le hicieron estremecerse. La necesidad de penetrarla era un tamborileo detrás de sus ojos, pero se obligó a proceder lenta y cuidadosamente...

—Respira, Elspeth —dijo en un jadeo entrecortado. Se levantó sobre los codos para mirarla. La piel cremosa se le pegaba a los huesos de la cara y tenía los labios finos por la incomodidad.

—Si crees que te ayudará —dijo con voz tensa.

—Sí, quiero.

Cerró los ojos y soltó un suspiro antes de volver a respirar. Sus músculos se relajaron

alrededor de él, atrayéndolo aún más hacia su interior. Con un murmullo incoherente, se movió e inclinó las caderas hacia arriba. El cambio de ángulo le abrasó como un relámpago.

—Mejorará —dijo, bajando la cabeza para besarla.

Tras una vacilación que le acalambro el corazón, le devolvió el beso.

—No es tan malo —murmuró contra sus labios.

—Pequeña mentirosa —le dijo, besándola de nuevo, esta vez durante más tiempo. El agarre mortal de ella en sus brazos se suavizó, se convirtió en una caricia. Ella cerró los ojos con un suspiro y él sintió que su cuerpo se relajaba. Él se deslizó hacia delante hasta que ella ocupó toda su longitud...

La satisfacción le inundó, satisfacción y un indescriptible sentimiento de vuelta a casa. Poseer a Elspeth era algo nuevo, excitante y fresco, pero también se sentía como un acto ordenado desde el principio de los tiempos. Mientras ella se retorció de placer exuberante, él se acomodó mejor. Ella abrió los ojos, brillantes de placer y amor.

—Tienes razón. —Ella le acarició la nuca con un suave fervor que lo invadió como un incendio—. Se pone mejor.

—Te lo dije. —Enterró la cabeza en su hombro, sintiendo cómo su cuerpo se adaptaba al suyo. Se apretó a su alrededor con más fuerza que un puño. La conexión iba más allá de dos cuerpos unidos en una cama, hacia algo trascendente que él nunca había conocido. Era la alquimia del amor, supuso.

—Hay más —dijo él, y lo demostró retirándose lentamente, saboreando cómo ella se aferraba a cada centímetro...

—Oh, Brody... —dijo asombrada—. Eso me gusta.

Se rio, a pesar de su desesperación furiosa, y volvió a deslizarse dentro de ella, el movimiento más fácil esta vez. De nuevo encontró esa bienvenida inolvidable.

Elspeth volvió a retorcerse, encendiendo un hambre feroz que él había contenido hasta ahora, por el bien de su inocencia. No pudo contenerse más. Con un gemido gutural, empezó a moverse con movimientos decididos que la hundían profundamente en el colchón. La áspera sierra de su respiración era como música mientras él luchaba por retenerla hasta que alcanzara el clímax...

A cada segundo que pasaba, su control se volvía más frágil. A través de la sangre que le rugía en los oídos, la oyó dar un agudo grito de éxtasis y su cuerpo lo aferró con fuerza en un clímax palpitante...

Mientras ella caía sobre el borde, él empujó con fuerza y sintió cómo su semilla se derramaba en su interior. Durante un largo rato vagó, perdido en una oscuridad palpitante y un placer carnal incomparable. El poder de su liberación lo cegó, dejándolo tembloroso y exhausto. Y completo de una forma que nunca antes había recordado.

Al entregarse tan completamente a Elspeth, había ganado una nueva vida.

Brody se desplomó sobre su mujer, sobrecogido por la gloria de lo que acababan de

compartir. Respiró entrecortadamente, teñido del aroma de la satisfacción sexual...

—Te quiero, Elspeth —le susurró en el cuello. Su mundo nunca volvería a ser el mismo.

Sus brazos rodearon su espalda.

—Y te quiero.

Sin soltarla, rodó hacia un lado para no aplastar a su exquisita, apasionada y desnuda novia. Sonrió contra su piel cálida y húmeda. El sencillo y profundo intercambio de votos fue el final perfecto para esta unión sublime.

El abrazo de Brody se estrechó. Elspeth era suya, ahora y para siempre. Pronto, él y esta chica maravillosa volverían a casa, a Invermackie, donde una vida de alegría y propósito se extendía ante ellos como un largo camino dorado. Cada día, el amor guiaría sus pasos hacia un futuro brillante. Apenas podía esperar.

La Navidad de este año en Achnasheen le había traído un regalo incomparable. Y, como sabe cualquier buen escocés, los tesoros están hechos para ser atesorados. Para seguir atesorándolos, atrajo hacia sí a su hermosa esposa y la besó hasta que ninguno de los dos pudo ver con claridad.

FIN

Índice

[El beso de Navidad del Highlander](#)

[Anna Campbell](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)

Sobre la autora

Anna Campbell es una autora de romance histórico australiana, cuyas novelas han recibido numerosos galardones, como el Ella, (Australian Romantic Novella of the Year Award), concedido por The Australian Romance Readers Association, además de muchos otros premios y nominaciones. Como autora independiente, ha publicado más de treinta novelas superventas. Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas. Cuando no está viajando por el mundo en busca de inspiración para sus historias, vive cerca del mar en la hermosa costa este de Australia.

A Anna le encanta recibir noticias de sus lectores. Puedes contactar con ella en:

www.annacampbell.com
www.facebook.com/AnnaCampbellFans

twitter.com/AnnaCampbelloz
contacto@coraliapress.com

Créditos

Edición digital: septiembre de 2023

© 2023, Anna Campbell

© 2023, Coralia Press

© de la traducción, Rosa María Calvo Luque, 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

<https://coraliapress.com/>

[1]

[2] Partido conservador y liberal, respectivamente, del parlamento inglés.

[3] Prenda masculina típica escocesa, consistente en una falda de tartán.

[4] «Mi corazón», en gaélico.

[5] Danza popular de Escocia e Inglaterra.

[6] «Coraje, querida».

[7] «Buenos días, señorita».

[8] Viaje que solían emprender por Europa los jóvenes de la alta sociedad británica.

[9] Del gaélico. Significa «inglés» o «forastero».

[10] «Muchacha», en gaélico.